

Prefacio

Robert Barclay (1648-1690) fue un cuáquero escocés, y uno de los escritores más eminentes de la primitiva Sociedad de los Amigos. Su *Apología de la Verdadera Teología Cristiana* fue publicada por primera vez en 1675, y llegó a considerarse la exposición y la defensa definitivas de los principios de los Cuáqueros durante los siguientes 200 años.

Barclay nació rodeado de abundancia y fue educado en algunas de las mejores escuelas de la época, en las que su ingenio natural ganó la admiración de maestros y compañeros. Además del inglés, cuando era muy joven ya era un experto en los idiomas griego, hebreo, francés y latín, y se destacó tanto en sus estudios que su tío (el Rector de la Universidad de los Escoceses de Paris) le ofreció hacerlo su heredero. Pero a los diecisiete años de edad, al entrar a una reunión del pueblo llamado Cuáqueros, Robert Barclay dijo, “Sentí un poder secreto entre ellos que tocó mi corazón.” Y continuando con ellos, llegó “a recibir y a dar testimonio de la Verdad,” no siendo convencido, dijo, “por la fuerza de argumentos, o por una discusión particular de cada doctrina, sino por ser secretamente alcanzado por la Vida. Y a medida que le abría paso, sentía que el mal se debilitaba en mí y que el bien se levantaba, y así llegué a estar ligado y unido a este pueblo, deseando, cada vez más, experimentar el aumento del Poder y la Vida de Cristo por los cuales podría sentirme perfectamente redimido.”

La *Apología de la Verdadera Teología Cristiana* (de la cual se extrajo este libro) fue escrita por primera vez en latín cuando Barclay tenía solo veintisiete años de edad, y después él mismo la tradujo al inglés. En el prefacio de la edición original encontramos los siguientes comentarios:

“Tal vez mi método de escribir pueda parecer no solo diferente, sino incluso contrario, a aquel que es comúnmente usado por los hombres que se llaman teólogos; pero esto no me preocupa. Pues confieso que no solamente no soy un imitador ni admirador de los académicos, sino que también estoy en contra y desestimo a aquellos por cuya labor la religión cristiana está tan lejos de ser mejorada, que más bien es destruida. Tampoco he tratado de acomodar mi obra para los que tienen comezón de oír, quienes desean comprender en su cabeza los conocimientos sublimes de la Verdad, en lugar de abrazarlos en su corazón. Porque lo que he escrito procede más de mi corazón que de mi cabeza; surge de lo que he escuchado con los oídos de mi alma y visto con los ojos de mi corazón, y de lo que mis manos han tocado de la Palabra de Vida. Yo declaro eso que se me ha revelado internamente acerca de las cosas de Dios; no preocupándome mucho por la elocuencia y excelencia de mis palabras, sino deseando demostrar la eficacia y la operación de la Verdad. Y si erro algunas veces en lo primero, no es gran cosa; porque aquí no hago el papel del gramático o del orador, sino del cristiano; y por lo tanto en esto he seguido la regla segura de la Luz Divina y de las Sagradas Escrituras. De hecho, lo que he escrito no está escrito para alimentar la sabiduría, el conocimiento y el orgullo vano de este mundo, todo lo contrario, para matar de hambre y contradecir estas cosas.”

“A ustedes les ofrezco las siguientes proposiciones; por las cuales (si son leídas y consideradas en el temor del Señor) podrán percibir esa verdad simple y evidente que el hombre, por su sabiduría, ha hecho tan oscura y misteriosa. Por desgracia, el hombre ha agobiado al mundo con grandes y voluminosos tratados y comentarios, y ha hecho la verdad cien veces más oscura y complicada de lo que es en sí misma. Todo el

aprendizaje escolar del hombre, que toma casi toda la vida aprender, no lo acerca ni un poco más a Dios, ni hace que sea menos impío o más justo de lo que era. Por lo tanto, Dios ha desechado al sabio, al entendido y a los disputadores de este mundo, y ha escogido a unos pocos instrumentos despreciables y sin estudio (como lo hizo con los pescadores de la antigüedad), para publicar su Verdad pura, y para liberarla de las neblinas y las brumas con las que el clero la ha nublado. Y entre muchos otros que Dios ha escogido para dar a conocer estas cosas—viendo que también he recibido, en medida, gracia para ser un administrador del mismo Evangelio—me pareció bien, de acuerdo a mi deber, ofrecerles las siguientes proposiciones. Aunque son cortas, sin embargo, son muy importantes. Abarcan mucho y declaran cuál es el verdadero fundamento del conocimiento, sí, de ese conocimiento que conduce a la Vida Eterna. De esta Vida doy testimonio, y deseo que dicho testimonio sea considerado en la Luz de Cristo en todas sus consciencias. Adiós.

—ROBERT BARCLAY

Ury, Escocia, 25 del mes 9, 1675

Las siguientes páginas contienen cinco de las quince proposiciones originales de la *Apología* de Barclay, que tratan de la caída, redención, justificación y perfección del hombre. En la traducción de este libro al español, se tuvo mucho cuidado para preservar el significado e intención original de sus palabras. Todas las citas de la Escritura en inglés son tomadas de la versión King James (KJV) 1611, por lo tanto, han sido usadas diferentes versiones de las Escrituras en español, con el fin de comunicar la misma idea y conservar la fuerza de sus argumentos. Cuando no se especifica la versión al pie de página, quiere decir que ha sido usada la Reina Valera 1960. Sin embargo, algunas veces la Reina Valera de Gómez (RVG), Reina Valera 1602 Purificada (RV1602P), La Biblia de Las Américas (LBLA), y otras traducciones han sido escogidas, porque concuerdan con más exactitud con la KJV o con los manuscritos originales.

—JASON HENDERSON

Noviembre, 2019

Capítulo I

La Condición del Hombre en la Caída

Ahora vamos a examinar el estado y la condición del hombre tal como se encuentra en la caída—cuál es su capacidad y poder, y qué tanto puede, por sí mismo, avanzar en relación a las cosas de Dios. En verdad, un entendimiento correcto de este asunto es de gran utilidad y servicio, porque a partir de la ignorancia y los debates que lo han rodeado, han surgido errores grandes y peligrosos, tanto por un lado como por el otro. Algunos han exaltado la luz natural, o las facultades del hombre natural, creyéndose capaces (por medio de la voluntad, luz y poder propios del hombre) de seguir lo que es bueno y hacer un progreso real hacia el cielo. Otros, sin embargo, han corrido al otro extremo, no solo confesando (correctamente)

que los hombres son incapaces de hacer bien por sí mismos y que son propensos al mal, sino también insinuando que los bebés aun en el vientre de su madre, antes de cometer alguna transgresión real, están contaminados y son verdaderamente culpables, por lo cual merecen la muerte eterna. De hecho, muchos no han tenido temor de afirmar que los pobres bebés están condenados eternamente y que deben sufrir los tormentos del infierno para siempre. Pero el Dios de la Verdad, habiendo revelado nuevamente Su Verdad mediante Su propio Espíritu, nos ha enseñado a evitar estos dos extremos.

En este capítulo, por lo tanto, propongo mostrar, primero—la condición del hombre en la caída, y cuán incapaz es de entrometerse en las cosas de Dios; y segundo—que Dios no le imputa el mal al hombre hasta que realmente se una a él.

La Naturaleza y Extensión de la Caída del Hombre

En cuanto a lo primero, no es mi deseo entrar en detalles con respecto a las diversas nociones y suposiciones que muchos han afirmado acerca de la condición de Adán antes de la caída. Todos están de acuerdo con lo siguiente: que debido a la transgresión Adán sufrió una pérdida muy grande, no solo en las cosas que se relacionan con el hombre exterior, sino con respecto a esa unidad y comunión verdadera que disfrutaba con Dios. Esta pérdida le fue expresada en el siguiente mandato: “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.”¹ Esta muerte no pudo haber sido una muerte externa, o la disolución del hombre exterior, porque el cuerpo de Adán no murió sino hasta muchos cientos de años después. Así que la muerte de la que se habla aquí debe necesariamente referirse a la pérdida inmediata de la vida y comunión espiritual con Dios.

La consecuencia de esta caída también se expresa en estas palabras: “Eché, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.”² Ahora bien, cualquiera que sea el significado literal o externo que esto pudiera haber tenido, también podemos, sin ningún riesgo, atribuirle a este paraíso un significado espiritual, y entenderlo correctamente como esa comunión y unidad espiritual que los santos obtienen con Dios por medio de Jesucristo. Estos querubines solo le dan paso a Cristo, y a todos los que entren por Aquel que se llama a Sí mismo la Puerta. Entonces, aunque no le atribuimos ninguna parte de la *culpa* de Adán a los hombres, hasta que la hagan suya por actos similares de desobediencia; sin embargo, no es posible que los descendientes de Adán tengan algo bueno en su naturaleza, como perteneciente a ella, porque aquel de quien derivan su naturaleza no tenía nada bueno en sí mismo que transmitirles.

Por lo tanto, sí podemos afirmar que Adán no retuvo en su naturaleza (como algo propio de ella) ninguna

1 Génesis 2:17

2 Génesis 3:24

voluntad o luz capaces de darle conocimiento o experiencia en cosas espirituales, entonces su posteridad tampoco. Así que, cualquier cosa verdaderamente buena³ que cualquier hombre haga, no procede de su naturaleza como hombre, o como hijo de Adán, sino de la Semilla de Dios en él, de una nueva visitación de la vida que le es concedida para sacarlo de esta condición natural. Pero, aunque este don o Semilla esté *en* el hombre, no es *de* él, y esto lo declaró el Señor claramente; porque cuando hablaba del hombre caído, testificó “que toda imaginación de los pensamientos de su corazón era solamente mala todos los días.”⁴ Estas palabras son muy claras y comprensivas. Observen el énfasis de ellas: Primero, Él dice que “toda imaginación de los pensamientos de su corazón;” de modo que esto no admite la excepción de ningún pensamiento del corazón del hombre. En segundo lugar, que “es solamente mala todos los días;” no dice ‘parcialmente mala todos los días,’ ni ‘completamente mala en algunos momentos:’ sino que es *solamente* mala y esto *itodos los días!* Esto ciertamente excluye la posibilidad de que algo bueno le pertenezca naturalmente al corazón del hombre; porque aquello que es solamente malo, y siempre malo, no puede por su propia naturaleza producir algo bueno. El Señor un poco después expresó nuevamente lo mismo, diciendo, “la imaginación del corazón del hombre es mala desde su juventud,”⁵ demostrando nuevamente cuán natural e inherente es el mal para cada hijo e hija de Adán. De manera que, si los pensamientos del hombre son malos solamente y siempre, y eso desde su juventud, es cierto e innegable que los pensamientos del hombre le son completamente inútiles e ineficaces en las cosas de Dios.

Además, esto se manifiesta de manera clara en aquel dicho del profeta Jeremías, “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso.”⁶ Porque, ¿quién puede pensar seriamente que un corazón como éste tenga algún poder en sí mismo, o de alguna manera sea apto, para guiar a un hombre a la justicia, viendo que su propia naturaleza es directamente lo opuesto? Esto es tan contrario a la razón, y tan imposible naturalmente, como decir que una piedra, por su propia naturaleza y capacidad, podría volar hacia arriba.

El apóstol Pablo trata la condición del hombre en la caída de manera general, tomando varias descripciones del Antiguo Testamento: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos.”⁷ ¿Qué más podría decirse? Pablo parece ser particularmente cuidadoso de que

3 Nota del Editor: Barclay no habla de cosas que se consideran buenas por la perspectiva caída, entenebrecida y egoísta de la criatura, sino aquello que es verdaderamente bueno, porque viene de la Fuente de la bondad Misma, y tiende hacia Su propósito eterno.

4 Génesis 6:5 RV1602P

5 Génesis 8:21

6 Jeremías 17:9

7 Romanos 3:10-18

no se le atribuya ningún bien al hombre natural, mostrando cuán contaminado está en todos sus caminos, sin justicia, sin entendimiento y sin conocimiento de Dios, fuera del camino correcto y completamente inútil. Y si esta es la condición del hombre natural cuando está en la caída, sin ninguna duda es incapaz de dar un paso verdadero hacia el cielo.

Objeción: Si alguien propone que este texto del apóstol no habla de la condición de todos los hombres en general, sino solo de algunos en particular, respondo:

Respuesta: El texto dice claramente lo contrario en el verso anterior, en el que el apóstol aplica estas cosas a sí mismo (en su condición natural) y a todos los judíos y gentiles, diciendo: “¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado. Como está escrito:” y entonces continua, mostrando que habla de la humanidad en general.

Objeción: Si objetan que el mismo apóstol dice en el capítulo anterior que los gentiles “hacen por naturaleza lo que es de la Ley,”⁸ y, por lo tanto, hacen por naturaleza lo que es bueno y aceptable ante los ojos de Dios, respondo:

Respuesta: Aquí la palabra “naturaleza” no debe entenderse como la naturaleza propia del hombre, la cual es corrupta y caída, sino como aquella naturaleza espiritual que procede de la Semilla de Dios en el hombre, a medida que recibe la visitación del amor de Dios y es vivificado por dicha Semilla. Esto se muestra claramente por las palabras que siguen, donde Pablo dice, “Éstos, aunque no tengan ley” (es decir, la ley escrita) “son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones.” Así que cualquier obra buena que se manifieste, es fruto del efecto de la ley de Dios escrita en el corazón. Y viendo que la Escritura declara claramente que la ley escrita en el corazón es parte de la dispensación del Nuevo Pacto, esto no puede ser ninguna consecuencia o parte de la naturaleza caída del hombre.

Además, si la “naturaleza” mencionada aquí pudiera entenderse como la naturaleza propia del hombre, entonces el apóstol inevitablemente se contradiría a sí mismo, puesto que en otro lugar declara positivamente, que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender.”⁹ Ahora bien, espero que todos confiesen que la Ley de Dios debe considerarse como una de las cosas de Dios, en especial cuando es escrita en el corazón. Y el apóstol, en el séptimo capítulo de la misma epístola, dice que “la Ley es santa, justa y buena;” y que “la Ley es espiritual; mas yo soy carnal.” Ahora ¿En qué sentido es carnal, sino según se encontraba en un estado no regenerado en la caída? Vemos entonces que Pablo hace una clara distinción entre la Ley que es espiritual, y la naturaleza del hombre que es carnal y pecaminosa. Por lo tanto, así como Cristo dice que “no se puede esperar recoger uvas de los espinos, o higos de los abrojos,” tampoco la ley (que es espiritual,

8 Romanos 2:14

9 1 Corintios 2:14

santa y justa) puede ser cumplida por una naturaleza que es corrupta, caída y no regenerada.

De todo esto concluimos (y con buena razón), que la “naturaleza” de la que se habla aquí (Romanos 2:14) por la que se dice que algunos gentiles han hecho lo que es de la Ley, no es la naturaleza común y caída de los hombres, sino la naturaleza espiritual que surge de la ley justa y espiritual escrita en el corazón por el dedo de Dios.

La Culpa es Imputada a los Transgresores

Ahora voy a hablar de la otra parte, a saber, que esta semilla maligna y corrupta no se imputa a los bebés hasta que realmente se unan a ella. Porque Pablo relata en Efesios 2, que los que son “por naturaleza hijos de ira,” son “*los que andan* conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.” Aquí el apóstol nos dice la razón por la que son hijos de ira es, que andan conforme al mal. Y esto concuerda con todo el tenor del Evangelio, donde ningún hombre jamás es amenazado o juzgado por la iniquidad que en realidad no ha cometido. Pero en el caso de aquellos que continúan en la iniquidad, y que de esta manera aprueban los pecados de sus padres, Dios visitará la maldad de los padres sobre los hijos.

Pero ¡Ay!, como ha sido declarado; muchos entre los protestantes y católicos no se avergüenzan de declarar abiertamente que los bebés, incluso en el vientre de su madre, están contaminados y son verdaderamente *culpables*, y que, por lo tanto, merecen la muerte eterna. Ahora bien, ¿no es extraño que los hombres sostengan una opinión tan absurda en sí misma, y tan cruel y contraria a la misericordia y a la justicia de Dios, acerca de la cual la Escritura no dice absolutamente nada? ¿No es manifiesto que el hombre ha inventado esta opinión a partir del amor propio, y de esa raíz amarga de la cual brotan todos los errores? Porque la mayoría de los protestantes que sostienen esta opinión piensan que ellos y sus hijos descansan seguros en el decreto absoluto de la elección de Dios; y puesto que se consideran incapaces de perder la salvación, no les es difícil designar a todos los demás, tanto adultos como jóvenes, al infierno. Porque viendo que el amor propio (que siempre es propenso a creer lo que desea) los llena de la esperanza de que su parte está segura, ellos no están muy preocupados por cómo esto afecta a sus prójimos, que resultan ser la mayor parte de la humanidad.

Los católicos, por otro lado, usan esta opinión como un medio engañoso para aumentar la estima de su iglesia y la reverencia de sus sacramentos, puesto que ellos pretenden que la culpa de Adán solo se limpia mediante su ceremonia del bautismo de niños. Estos, tal vez, parecen un poco más misericordiosos, ya que no dicen que los niños no bautizados van al infierno, sino al *limbo*—sobre lo cual las Escrituras tampoco dicen absolutamente nada.

Además de no ser encontradas en las Escrituras, estas ideas son contrarias a la tendencia evidente de

ellas. El apóstol dice claramente, “Donde no hay ley, tampoco hay transgresión,”¹⁰ y nuevamente, “Pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado.”¹¹ Ahora bien, es obvio que para los bebés no puede haber ninguna ley, ya que son absolutamente incapaces de recibirla y comprenderla. La ley solo puede alcanzar a aquellos que tienen, en alguna medida, el ejercicio de su entendimiento. Pero los que están bajo una imposibilidad física ya sea de escuchar, conocer o entender alguna ley—cuando dicha imposibilidad no vino sobre ellos por algún acto de ellos mismos, sino de acuerdo al orden de la naturaleza designado por Dios—para tales no hay ninguna ley.

Además, ¿qué podría ser más evidente que las palabras de Dios a Ezequiel?—“El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo.”¹² El profeta aquí muestra primero la verdadera causa de la muerte eterna de los hombres, la cual es su propio pecado. Luego, como si se hubiera propuesto expresamente a excluir tal opinión, nos asegura, “el hijo no llevará el pecado del padre, etc.” De lo cual argumento de esta manera: Si el hijo no lleva la culpa de su padre, o de sus padres inmediatos, mucho menos llevará la culpa de Adán.

Habiendo demostrado hasta ahora cuán absurda es esta opinión, examinaré brevemente las razones por la que algunos la defienden.

Objeción: Primero, insisten que Adán fue la cabeza de la raza humana, y, por lo tanto, todos los hombres pecaron en él, como estando todavía en sus lomos. Y para respaldar esto alegan Romanos 5:12, donde el apóstol dice, “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.”

Respuesta: a esto respondo: No negamos que Adán es la cabeza de la raza humana, ni que a través de él se haya propagado una semilla de pecado a todos los hombres, la cual en su propia naturaleza es pecaminosa e inclina a los hombres a la iniquidad. Sin embargo, de esto no se debe concluir que los bebés, quienes no se unen voluntariamente a esta semilla, son considerados culpables. Y en cuanto a estas palabras de Pablo en su carta a los romanos, la razón de la culpa es declarada ahí claramente, “por cuanto todos pecaron.” Pero que los bebés no pueden ser contados entre los culpables se muestra evidentemente en el siguiente versículo: “Pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado.”

Objeción: Su segunda objeción es del Salmo 51:5, “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” Por lo tanto, dicen, es evidente que los bebés son culpables incluso desde su concepción.

Respuesta: Por mi parte, no veo como llegan a esta conclusión. La iniquidad y el pecado aquí parecen ser

10 Romanos 4:15

11 Romanos 5:13

12 Ezequiel 18:20

mucho más atribuibles a los padres que al hijo. David dijo, “en pecado me concibió mi madre;” No dijo que, “Mi madre me concibió pecador.” Pero inclusive si el pecado mencionado aquí se debiera atribuir al hijo, nosotros confesamos libremente que una semilla o naturaleza de pecado es transmitida a todos los hombres desde Adán, en cuya semilla a todos les es dada la ocasión e inclinación a pecar, y esto es el origen de todas las malas acciones y pensamientos en los corazones de los hombres. Pero, nuevamente, insistimos (de acuerdo a las claras afirmaciones de las Escrituras) que este mal no es imputado o acreditado a ninguno, hasta que, por su propio pecado, se una voluntariamente a él.

Objeción: Tercero, objetan, que “la paga del pecado es muerte;” y viendo que los niños están sujetos a enfermedades y a la muerte, deben, por lo tanto, ser culpables de pecado.

Respuesta: Confesamos que la muerte y la enfermedad son una consecuencia de la caída y del pecado de Adán; pero negamos que esto necesariamente implique una culpa en todos los que las experimentan. Porque, aunque la creación entera sufrió corrupción por la caída de Adán, según lo que fue dicho en Job que “ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos;”¹³ sin embargo, esto no implica que por eso las hierbas, la tierra y los árboles son pecadores.

Objeción: Por último, algunos son tan tontos como para objetar lo siguiente: si el pecado de Adán no es imputado a aquellos quienes realmente no han pecado, entonces eso significaría que todos los bebés son salvos.

Respuesta: Estamos dispuestos a que esta conclusión sea la consecuencia de nuestra doctrina, en lugar de aceptar la inevitable consecuencia de la de ellos, a saber, que incontables bebés perecen eternamente, no por ningún pecado propio, sino solo por la iniquidad de Adán. Aquí estamos dispuestos a detener la controversia, encomendando todo al entendimiento iluminado del lector cristiano.

Capítulo II

La Oferta Universal de Redención

Habiendo considerado el estado caído, perdido, corrompido y degenerado del hombre, ahora debemos inquirir cómo, y por qué medio, puede ser librado de esta condición miserable y depravada.

13 Job 15:15

Reprobación Absoluta—Una Doctrina de Demonios

Debemos empezar atacando la doctrina de *la elección y la reprobación absoluta*, por la cual muchos no temen afirmar que Dios, por un decreto eterno e inmutable, ha predestinado a la condenación eterna a la mayor parte de la humanidad, sin tener en cuenta su desobediencia o pecado, sino solo para la demostración de la gloria de Su justicia. Ellos dicen que estas almas miserables están destinadas a caminar en sus propios caminos perversos, hasta que la justicia de Dios finalmente los alcance. Dicen que Él no solo ha retenido la predicación del Evangelio y el conocimiento de Cristo en muchas partes del mundo, sino que incluso en aquellos lugares donde se predica el Evangelio y se ofrece la salvación por medio de Cristo, Dios condena justamente por desobediencia a grandes multitudes, a quienes les ha negado la gracia por la cual podrían haber sido salvadas. Esto (se dice) es porque Él tiene predeterminado y decretado (sin tener en cuenta la desobediencia o el pecado) por una voluntad secreta, desconocida para todos los hombres, que muchos no obedezcan y que la oferta del Evangelio nunca sea efectiva para su salvación, sino que solo sirva para ocasionar su mayor condenación.

Ahora bien, con respecto a esta horrible y blasfema doctrina, nuestro punto de vista es el mismo de muchos otros, quienes la han refutado de manera sabia y entendida, de acuerdo a la Escritura, la razón y la antigüedad. Y viendo que ya se ha escrito tanto contra esta doctrina (que muy poco se puede añadir), seré breve en este respecto. Sin embargo, debido a que se interpone en mi camino, no puedo dejarla pasar completamente.

En primer lugar, sin duda alguna podemos llamar a esta doctrina una novedad, ya que durante los primeros cuatrocientos años después de Cristo no se hizo ninguna mención de ella. Porque, siendo contraria tanto al testimonio de la Escritura como al tenor del Evangelio, todos los escritores, maestros y padres antiguos de la iglesia la pasaron por alto con profundo silencio. Sus primeros fundamentos fueron establecidos en los últimos escritos de Agustino, quien, en su contienda contra Pelagio, dejó caer algunas expresiones que algunos desafortunadamente tomaron para establecer este error. Posteriormente, esta doctrina fue promovida por Domingo, un fraile, y los monjes de su orden; y, por último, fue lamentablemente tomada por Juan Calvino (un hombre admirable en algunos otros aspectos), para la gran mancha de su reputación y la difamación del Cristianismo Protestante. Y aunque fue confirmada por los decretos del Sínodo de Dort, desde entonces ha perdido terreno y está siendo desacreditada por la mayoría de los hombres de conocimiento y piedad en todas las iglesias protestantes. Sin embargo, no contendemos contra ella por el silencio de los antiguos, ni por los pocos que la afirman, ni por la sabiduría de sus opositores, sino porque creemos que no tiene ningún fundamento real en los escritos o palabras de Cristo y los apóstoles, y la encontramos sumamente ofensiva con respecto a Dios mismo, a Jesucristo nuestro Mediador y Redentor, al poder, virtud, nobleza y excelencia de Su bendito Evangelio, y, por último, a toda la humanidad.

En primer lugar, es sumamente ofensiva con respecto a Dios, porque lo convierte en el autor del pecado,

que de todas las cosas es lo más contrario a Su naturaleza. Yo sé que los que afirman este principio niegan esta consecuencia; pero su negación es pura ilusión, puesto que esto se deduce muy naturalmente de su doctrina. Porque si Dios ha decretado que ciertas personas reprobadas perezcan, sin que esto tenga nada que ver con sus malas obras, sino solo porque en Su propia voluntad lo ha determinado; y además, si esto fue decretado mucho antes de que tuvieran un ser, o alguna capacidad de hacer el bien o el mal, de modo que no pueden evitar andar en sus caminos de iniquidad, por los cuales son llevados a la condenación; yo les pregunto: ¿Quién, entonces, es el primer autor y causa de esto sino Dios, que así lo quiso y lo decretó? Esta es la conclusión más natural y, de hecho, la única que puede existir. Y a pesar de que muchos de los predicadores de esta doctrina han buscado diversas, extrañas, torcidas y engañosas distinciones para defender su opinión y evitar esta horrible conclusión, sin embargo, algunos de los más eminentes entre ellos han sido tan francos en el asunto, que lo han puesto más allá de toda duda. Daré algunos ejemplos entre muchos de estos:

Lo siguiente son expresiones de Juan Calvino: “Por la ordenación y voluntad de Dios, Adán cayó. Dios quiso que el hombre cayera.”¹ “El hombre está cegado por la voluntad y el mandamiento de Dios.”² “Atribuimos la causa de nuestro endurecimiento a Dios.”³ “La causa más alta o fundamental del endurecimiento es la voluntad de Dios.”⁴ “Se concluye que el consejo secreto de Dios es la causa del endurecimiento.”⁵

Theodor Beza escribe: “Dios no solo ha predestinado a la condenación, sino también las causas de ella, a quien sea que vio apropiado.”⁶ “El decreto de Dios no puede ser excluido de las causas de la corrupción.”⁷

“Es cierto,” dice Jerome Zanchi, “que Dios es la primera causa de la dureza del corazón.”⁸ “Los reprobados están sujetos tan firmemente bajo el decreto del Dios todopoderoso, que no pueden evitar pecar y perecer.”⁹

“Es la opinión,” dice David Pareus, “de nuestros maestros, que Dios inevitablemente decretó la tentación y la caída del hombre. De hecho, la criatura peca necesariamente, por el más justo juicio de Dios. Nuestros hombres afirman con toda razón que la caída del hombre fue necesaria e inevitable, debido al decreto de Dios.”¹⁰

“Dios,” dice Ulrich Zwingli, “mueve al ladrón a matar. Él mata, Dios forzándolo a ello. Pero ustedes dirán que es forzado a pecar; confieso que en verdad es forzado.”¹¹

1 Calvino en el capítulo 3 de Génesis.

2 Id. 1 Inst. c. 18. s. 1.

3 Id. dib. de praed.

4 Idem. lib. de provid.

5 Id. 3 Inst., cap. 23. s. 1.

6 Beza, lib. de praed.

7 Id. de praed. ad art. 1.

8 Zanchi, de excaecat. q. 5.

9 Idem, lib. 5 de nat. Dei cap. 2. de praed.

10 Pareus, lib. 3. de amiss. gratiae. C. 2. Ibid., c. 1.

11 Zwingli, lib. de prov. c. 5.

“Las personas reprobadas,” dice Piscator, “están destinadas de manera absoluta a este doble fin: experimentar el castigo eterno, y necesariamente pecar; y la razón por la que están destinadas a pecar es para que puedan ser castigadas con justicia.”¹²

Tales dichos clara y evidentemente hacen a Dios el autor del pecado. Algunos han tratado de evadir esta consecuencia inevitable, afirmando que los hombres pecan *voluntariamente*; pero esto no los ayuda en lo absoluto, ya que la voluntad y la propensión del hombre al mal, según su propio juicio, son necesariamente impuestas sobre él por la voluntad y el decreto de Dios. Este artificio es como si yo tomara a un niño que es incapaz de resistirme y lo arrojara desde un gran precipicio. El peso del cuerpo del niño ciertamente lo hace descender con rapidez, y la violencia de la caída lo mata de inmediato. Ahora bien, les pregunto, aunque el niño desciende voluntariamente debido al peso de su cuerpo, y no por un golpe directo de mi mano (quien quizás esté a una gran distancia cuando él muera) —¿soy yo o el niño la causa verdadera de su muerte? Por tanto, que cualquier hombre de razón juzgue, si las citas anteriores no solo hacen a Dios el autor inmediato del pecado, sino también más injusto que el más injusto de los hombres.

En segundo lugar, esta doctrina es sumamente ofensiva con respecto a Dios porque lo hace complacerse en la muerte de los pecadores, sí, y desear que muchos mueran en sus pecados, contrario a muchas escrituras, tales como: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no me complazco en la muerte del malvado, sino en que se vuelva el malvado de su camino y viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué habéis de morir, oh casa de Israel?”¹³ Y, “Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.”¹⁴ Y, “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”¹⁵ Pero si Dios ha creado a los hombres para mostrar Su justicia y poder en ellos (como estos hombres afirman) y si para efectuar esto no solo les ha negado los medios para hacer el bien, sino también ha predestinado el mal para que cayeran en él—ciertamente debe complacerse en su muerte y desear que mueran, puesto que no hace nada en contra de Su propia voluntad.

En tercer lugar, es sumamente ofensiva con respecto a Cristo nuestro mediador, y con respecto a la eficacia y la excelencia de Su Evangelio; porque hace que Su mediación sea ineficaz—como si no hubiera derribado por completo la pared intermedia con sus sufrimientos, ni quitado la ira de Dios, ni comprado Su amor para toda la humanidad—si realmente estuviera predeterminado que Su muerte no sería de ningún servicio para la mayor parte de la humanidad.

En cuarto lugar, hace que la predicación del Evangelio sea una mera burla e ilusión, si es que realmente

12 Resp. ad Vorst. part 1, p. 120.

13 Ezequiel 33:11 RV2009

14 1 Timoteo 2:3-4

15 2 Pedro 3:9

ha sido decretado de manera irrevocable que muchos de aquellos a quienes se les predica están excluidos de su beneficio. Hace que la predicación de la fe y el arrepentimiento, junto con todas las promesas y advertencias del Evangelio no tengan ninguna utilidad. Porque, ¿de que servirían, si todo depende de un previo decreto por el cual un hombre elegido no puede evitar ser salvo en el tiempo señalado (aunque sea en la última hora de su vida), y un hombre reprobado no puede evitar ser condenado, aunque busque y espere en el Señor con diligencia?

En quinto lugar, es sumamente ofensiva con respecto a la venida de Cristo y Su sacrificio propiciatorio, que las Escrituras afirman que ha sido el fruto del amor de Dios para el mundo y ejecutado por los pecados y para la salvación de todos los hombres. Porque, si fue predeterminado que la venida de Cristo salvara a muy pocos, y que además sirviera para endurecer y aumentar la condenación de la mayor parte de los hombres que no creen en ella (al no poder creer en ella por causa de la predestinación), entonces la cruz más bien serviría como un testimonio de la ira de Dios para el mundo, y como un acto de indignación hacia la mayor parte de la humanidad.

En sexto lugar, esta doctrina es sumamente ofensiva con respecto a la humanidad, ya que los deja en una condición mucho peor que los demonios en el infierno. Porque los demonios estuvieron una vez en su estado correcto, y tenían la capacidad de permanecer así; estos, pues, sufren por su propia rebelión y culpa. Pero, según esta doctrina, muchos millones de hombres son atormentados para siempre por el pecado de Adán, del cual no saben nada, ni son responsables del mismo. De hecho, esta doctrina los hace peores que las bestias del campo, de quienes sus maestros no requieren más de lo que pueden hacer. Y cuando una bestia es asesinada, la muerte es el final de su dolor; pero los elegidos para condenación son atormentados para siempre por no hacer lo que nunca pudieron hacer. Sí, esto pone al hombre en una condición mucho peor que la condición en que Faraón puso a los israelitas; porque a pesar de que les negaba la paja, con mucho trabajo y dolor existía la posibilidad de obtenerla. ¡Pero esta doctrina hace que Dios niegue todos los medios de salvación, de modo que el hombre de ningún modo puede alcanzarla!

La Muerte de Cristo Por Todos los Hombres

Después de haber removido de manera breve esta falsa doctrina que se interponía en mi camino, he llegado al tema de nuestra proposición, el cual es, “Que Dios, que no se complace en la muerte del pecador, sino en que todos vivan y sean salvos, por Su infinito amor, ha enviado a Su Hijo unigénito al mundo, para que todo aquel que en Él crea sea salvo.” La verdad de esta declaración, siendo prácticamente las palabras expresas de la Escritura, no requerirá mucha prueba. Y debido a que tenemos en común esta afirmación con muchos otros que, según la Escritura, han abogado de manera ferviente y sana por la oferta universal de redención de Dios,¹⁶ seré breve hasta llegar a esas afirmaciones que son

¹⁶ Nota del Editor: Ha habido muchos malentendidos y conclusiones falsas derivadas del uso del término “universal” por los

más particularmente nuestras.

La verdad de que Cristo murió por todos los hombres es tan evidente en el testimonio de la Escritura, que difícilmente se encuentre algún otro artículo de la fe cristiana que sea afirmado tan frecuente, clara y positivamente. Esto es lo que hace que la predicación de Cristo sea verdaderamente llamada el Evangelio, o el anuncio de buenas nuevas para todos. Por lo tanto, el ángel declaró el nacimiento y la venida de Cristo a los pastores, diciendo, “he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para *todo el pueblo*,”¹⁷ noten que no les dice ‘para unas cuantas personas.’ Ahora bien, si esta venida de Cristo no hubiera traído una posibilidad de salvación para todos, este anuncio debería más bien haber sido considerado malas noticias de gran tristeza para la mayoría de las personas; tampoco el ángel habría tenido razón para cantar, “en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”¹⁸, si la mayor parte de la humanidad inevitablemente hubiera sido excluida de recibir algún beneficio de ella. Y ¿para qué Cristo enviaría a Sus discípulos a “predicar el Evangelio a toda criatura?”¹⁹ De hecho, les mandó a predicar el arrepentimiento, la remisión de pecados y la salvación a cada hijo e hija de la humanidad, amonestando y exhortando *a todo hombre*, como Pablo hizo en Colosenses 1:28.

Ahora bien, ¿cómo podrían estos ministros de Cristo haber predicado el Evangelio a todo hombre, “en plena certidumbre,”²⁰ si la salvación por dicho Evangelio no fuera posible para todos? Qué si alguno les hubiera preguntado, “¿Ha muerto Cristo por mí?” Los que niegan la muerte universal de Cristo no pueden responder nada a esto, y solo dan vueltas en círculos. Pero está escrito que “los pies de los que traen alegres nuevas del Evangelio de la paz son hermosos,”²¹ porque predicán una salvación común, arrepentimiento para todos, la oferta de una puerta de misericordia y esperanza para todos a través de Jesucristo “el cual se dio a sí mismo en rescate por todos.”²² Sí, el Evangelio invita a todos; y ciertamente Cristo no tenía la intención de engañar a la mayor parte de la humanidad, ni de burlarse de ellos, cuando los invitó y clamó, diciendo, “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”²³ Si todos, entonces, deben buscarlo y esperar Su salvación, Él tuvo que haberla

Cuáqueros en relación a la redención. Esta palabra era utilizada por los Amigos para establecer un contraste intencional contra la idea prevaleciente de que Dios ofrece el conocimiento salvador de Cristo *solo a unos pocos predestinados*. Los Cuáqueros rechazaban la idea de la predestinación individual y de una “expiación limitada,” insistiendo en que Cristo murió por todos los hombres, y que una oferta de redención se extiende a todos los hijos de Adán. Es esta invitación misericordiosa e interna la que es universal. Cuando la luz de Cristo es recibida, seguida y obedecida se convierte en la vida y la salvación del alma. Cuando es rechazada, la misma luz se vuelve la condenación eterna del hombre. Véase Juan 3:19-21. Los primeros Cuáqueros nunca creyeron ni enseñaron la doctrina del universalismo o la reconciliación universal.

17 Lucas 2:10

18 Lucas 2:14

19 Marcos 16:15

20 1 Tesalonicenses 1:5

21 Isaías 52:7, Romanos 10:15

22 1 Timoteo 2:6

23 Mateo 11:28

hecho posible para todos. Ciertamente, sería una mera burla pedirles a los hombres que busquen lo que es imposible de obtener. Y por eso, los que niegan que por la muerte de Cristo la salvación se hizo posible para todos los hombres, injuriosamente hacen que Dios se burle del mundo; porque ellos admiten que Dios les ha dado a Sus siervos una comisión de predicar el Evangelio de salvación a todos, y, sin embargo, sostienen que Él ha decretado previamente que es imposible que la mayoría lo reciba.

Pero viendo que Cristo, después de resucitar y perfeccionar la obra de nuestra redención, dio la comisión de predicar el arrepentimiento, la remisión de pecados y la salvación a todos, es evidente que Él en verdad murió por todos. Porque Aquel que ha mandado a Sus siervos a predicar así, es el Dios de la Verdad, y no un burlador de la pobre humanidad, además, Él no exige de ningún hombre lo que simplemente le es imposible hacer.

Además, si consideramos el testimonio de la Escritura en este asunto, no hay ni una sola escritura, que yo sepa, que afirme de manera clara que Cristo no murió por todos, mientras que hay muchas que afirman positiva y expresamente que lo hizo, como, por ejemplo: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres... Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad... el cual se dio a Sí Mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo.”²⁴ Nada podría confirmar más claramente lo que hemos afirmado; porque primero el apóstol les recomienda “orar por todos los hombres,” y luego, como si tratara de evitar cualquier objeción con respecto a la voluntad de Dios en este asunto, les dice que “esto es bueno y agradable delante de Dios, el cual quiere que todos los hombres sean salvos.” Luego manifiesta la razón de Su voluntad de que todos los hombres sean salvos, en estas palabras: “El cual se dio a sí mismo en rescate por todos.” Es como si dijera: ‘Puesto que Cristo murió por todos, y puesto que se dio a sí mismo en rescate por todos, Él por lo tanto desea que todos los hombres sean salvos.’ Y Cristo mismo muestra el amor de Dios para con el mundo en estas palabras, “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Esta frase “todo aquel” es un término indefinido del cual ningún hombre es excluido.

Esto mismo se afirma de manera muy positiva en las siguientes palabras: “Pero vemos a Aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.”²⁵ Es evidente que si “gustó la muerte por todos” entonces no hay hombre por quien no haya gustado la muerte, ni hay quien no pueda volverse un participante de su beneficio; porque Él no vino “para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él.”²⁶ “Él no vino a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo.”²⁷ Pero según

24 1 Timoteo 2:1, 3-4, 6

25 Hebreos 2:9

26 Juan 3:17

la doctrina de nuestros adversarios, Él no vino con la intención de salvar, sino al contrario, para juzgar y condenar a la mayor parte del mundo, contrario a Su propio y claro testimonio.

Y tal como el apóstol Pablo (en las palabras citadas arriba) afirma positivamente que Dios *quiere* la salvación de todos, asimismo el apóstol Pedro afirma lo mismo negativamente—que Dios “*no quiere* que ninguno perezca.” Él escribe, “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”²⁸ Esto coincide con las palabras de Ezequiel: “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva.”²⁹ Por lo tanto, si es seguro poner nuestra confianza en Dios, no podemos creer que tiene la intención de engañarnos con todas estas claras expresiones de Sus siervos. Y si Su manifiesta voluntad por nuestra salvación no ha tenido efecto, la culpa debe ser nuestra, como se mostrará después.

Aparte de estas cosas, ¿cómo deberíamos entender la multitud de invitaciones fervientes, de acusaciones serias y de lamentaciones dolorosas que llenan las páginas de las Sagradas Escrituras? Tales como, “¿Por qué moriréis, casa de Israel?”³⁰ “¿Porque no queréis venir a mí para que tengáis vida?”³¹ “Aguardaré para otorgaros mi gracia,”³² “Yo quise reunirlos”³³ “He tocado la puerta de sus corazones;”³⁴ “Te destruiste a ti mismo, oh Israel”³⁵ “Te extendí mis manos todo el día.”³⁶ Si aquellos, que de esta manera son invitados por el Señor, no realmente tienen la capacidad de ser salvos, entonces debemos suponer que Dios es como el autor de un romance o comedia, quien se entretiene a Sí Mismo despertando los afectos y las pasiones de los hombres, a veces llevándolos a la esperanza y a veces a la desesperación, mientras que desde siempre ha predeterminado cual será la conclusión.

Además, esta doctrina es confirmada ampliamente por las palabras del apóstol Juan: “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.”³⁷ La manera por la que nuestros adversarios intentan evitar este claro testimonio es muy tonta y ridícula: ellos dicen que “mundo” aquí, se refiere solo al mundo *de los creyentes*. Para respalda esto, no tienen nada más

27 Juan 12:47

28 2 Pedro 3:9

29 Ezequiel 33:11

30 Ezequiel 18:31, 33:11

31 Juan 5:40

32 Isaías 30:18 RV 1977

33 Mateo 23:37

34 Apocalipsis 3:20

35 Oseas 13:9 RVG

36 Isaías 65:2

37 1 Juan 2:1-2

que su propia afirmación; porque, muéstrenme, si pueden, en toda la Escritura, donde la frase “todo el mundo” da a entender los creyentes solamente. Yo puedo mostrarles donde muchas veces significa lo contrario.³⁸

Es más, el apóstol, en este mismo lugar, hace una distinción entre el mundo y los santos, diciendo “y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” ¿Qué quiere decir el apóstol con “nuestros” aquí? ¿No está hablando claramente de los pecados de los creyentes? ¿Y no es necesariamente “todo el mundo” una referencia a aquellos fuera de la iglesia, por quienes Cristo también murió, y a quienes se extiende la invitación del Evangelio? Pero no necesitamos mejor intérprete para el apóstol que él mismo, porque él usa la misma expresión en el quinto capítulo de la misma epístola, diciendo, “Sabemos que somos de Dios y que todo el mundo yace en la maldad.”³⁹ Viendo entonces que el apóstol Juan nos dice claramente que Cristo no solo murió por los santos y miembros de la iglesia de Dios a quienes escribió, sino también por todo el mundo, entonces sostengámosla como una verdad certera e indudable, a pesar de las disputas de aquellos que se oponen.

Lo mismo también podría probarse de muchos más testimonios de las Escrituras, si fuera necesario. Y, de hecho, todos los Padres de la iglesia (así llamados) durante los primeros cuatro siglos predicaron esta doctrina. Estos declaraban con audacia el Evangelio de Cristo y la eficacia de Su muerte, invitando y suplicándoles a los paganos que vinieran y participaran de sus beneficios. Ellos no les dijeron que Dios había predestinado a algunos de ellos para la condenación, o que les había hecho imposible la salvación, al negarles el poder y la gracia necesarios para creer; sino al contrario, declararon que una puerta se había abierto para que toda la humanidad viniera y fuera salva a través de Jesucristo.

Viendo entonces que esta doctrina de la universalidad de la muerte de Cristo es tan cierta, estando de acuerdo tanto con el testimonio de las Escrituras como con la antigüedad cristiana, alguien podría preguntarse ¿cómo es posible que tantos (algunos de los cuales no solo han sido estimados sabios, sino también piadosos) han sido capaces de caer en un error tan grande y extraño? Ciertamente hay unos pocos textos difíciles que la mente no regenerada puede torcer fácilmente y malinterpretar, pero la causa principal surge de un malentendido general del modo o método mediante el cual la virtud y eficacia de la muerte de Cristo se ofrece a todos los hombres. Aquí los hombres han tropezado, y recurrido a varias invenciones teológicas. Algunos se han alejado del testimonio claro de la Escritura, por no haber entendido este camino, y (como hemos visto) han limitado la expiación de Cristo a unos pocos predestinados. Otros se han equivocado hacia la otra dirección, afirmando que aquellos que nunca han escuchado la proclamación externa acerca de Cristo, no están obligados a creer en Él, o que todos son salvos independientemente de su fe y obediencia al evangelio.

³⁸ Nota de Barclay: Tales como, “El mundo no me conoce.” “El mundo no me recibe.” “Yo no soy de este mundo.” Además de todas estas escrituras: Salmos 17:14; Isaías 13:11; Mateo 18:7; Juan 7:7, 8:26, 12:19, 14:17, 15:18-19, 17:14, y 18:20; 1 Corintios 1:21, 2:12, y 6:2; Gálatas 6:14; Santiago 1:27; 2 Pedro 2:20; 1 Juan 2:15, 3:1, y 4:4-5, y muchas más.

³⁹ 1 Juan 5:19

Capítulo III

La Semilla, Luz y Gracia de Dios

Así como la oscuridad de la gran apostasía no vino sobre el mundo cristiano toda a la vez, sino más bien en varios grados, una cosa dándole paso a otra, hasta que ese velo grueso y pesado se extendió (con el cual las naciones fueron cubiertas y dejadas en gran parte ciegas desde el séptimo y octavo siglo, hasta el dieciseisavo); y así como la oscuridad de la noche no cae sobre la creación externa toda a la vez, sino por grados, a medida que declina el sol en el horizonte; así tampoco la luz y conocimiento pleno y claro de la gloriosa dispensación del Evangelio de Cristo han vuelto a aparecer en el mundo todo de una vez. De hecho, la labor de los primeros testigos en la reforma tenía más que ver con testificar contra los abusos de la apostasía, y descubrirlos, que establecer la Verdad en pureza. Él que quiere construir una nueva ciudad, primero debe remover los viejos escombros antes de que pueda ver cómo poner un nuevo fundamento; y el que llega a una casa que está muy contaminada y llena de basura, primero barrerá y removerá la suciedad antes de poner sus propios muebles buenos y nuevos. La luz en el amanecer es suficiente para despejar las tinieblas y hacernos ver las cosas más obvias; pero el claro descubrimiento y discernimiento de las cosas, como para hacer observaciones certeras y perfectas, está reservado para el levantamiento del sol y su brillo en pleno resplandor.

Ahora bien, a partir de cierta experiencia, podemos afirmar con confianza, que muchos de los lamentables y perjudiciales errores entre los protestantes han surgido por el hecho de no haber esperado a que este sol saliera más; y así han construido con y entre muchos viejos escombros católicos, antes de que el fundamento fuese completamente purificado. Pero ahora, en esta nuestra era, a nuestro Señor Dios le ha complacido comunicar y dar a conocer nuevamente un conocimiento más completo, evidente y perfecto de Su Verdad eterna y de la dispensación de Su Evangelio (a pesar de que se han dado varios testimonios de lo mismo, por personas notables en distintas épocas, como se verá más adelante). Y con el fin de magnificar la gloria de Su gracia y de excluir toda causa de jactancia, ha levantado a unos pocos hombres despreciables y sin educación, en su mayor parte obreros, para que sean Sus mensajeros. Mediante este Evangelio, todos los escrúpulos, dudas, confusiones y objeciones mencionados anteriormente, se responden de manera fácil y evidente, y tanto la justicia como la misericordia de Dios (según su armonía divina y celestial) son exhibidas, establecidas, y confirmadas. Es de acuerdo a esta Luz o Evangelio veraz, conforme se nos ha manifestado el conocimiento del mismo, por la revelación de Jesucristo en nosotros, fortalecido por nuestra propia experiencia viva y sellado por el testimonio del Espíritu en nuestros corazones, que podemos afirmar con confianza, y declarar claramente, de acuerdo al testimonio de las Sagradas Escrituras, los siguientes puntos:

I. Que Dios (quien por su infinito amor envió a Su Hijo, el Señor Jesucristo, al mundo para gustar la muerte por todo hombre) ha dado a cada hombre—sea judío o gentil, turco o escita, indio o bárbaro,

de cualquier nación, país o lugar—un cierto día o tiempo de visitación, durante el cual les es posible ser salvos y participar del fruto de la muerte de Cristo.

II. Que Dios, para este fin, ha comunicado y dado a cada hombre una medida de la Luz de Su propio Hijo, una medida de gracia, o una medida del Espíritu, que la Escritura describe con varios nombres: como a veces “la semilla del reino;”¹ “la Luz que manifiesta todo;”² “la Palabra de Dios;”³ o “manifestación del Espíritu dada para provecho;”⁴ “un talento, o mina”⁵ “una pizca de levadura;”⁶ “el Evangelio predicado en toda criatura”⁷

III. Que Dios, en y por medio de esta Luz y Semilla, invita, llama, exhorta y contiene con cada hombre con la intención de salvarlo. A medida que esta obra de gracia es recibida, y no es resistida, es capaz de efectuar la salvación de todos—incluso de aquellos que no conocen la historia de la muerte y sufrimientos de Cristo, y de la caída de Adán—al llevarlos a un sentido de su propia miseria, y a la comunión con los padecimientos de Cristo internamente, y al hacerlos partícipes de Su Resurrección, llegando a ser santos, puros y justos, y libres de sus pecados. Por esta misma Luz y Semilla, también se obra la salvación en aquellos que sí tienen el conocimiento externo e histórico de Cristo, abriendo su entendimiento para usar y aplicar correctamente las cosas descritas en las Escrituras, y para recibir el beneficio salvador de ellas. Sin embargo, este don de gracia puede ser resistido y rechazado en ambos, en los cuales se dice que Dios es resistido⁸ y oprimido,⁹ y que Cristo es crucificado de nuevo y expuesto a vituperio en y entre los hombres;¹⁰ y para aquellos que lo resisten y rechazan de esta manera, Él se vuelve su condenación.¹¹

Ahora bien, de acuerdo con esta doctrina: *Primero:* La misericordia de Dios se exhibe magníficamente, ya que ninguno queda necesariamente excluido de la salvación; y Su justicia se demuestra, en que Él no condena a nadie excepto a aquellos a quienes realmente les hizo una oferta de salvación, habiéndoles proporcionado los medios suficientes para obtenerla.

Segundo: Esta doctrina, si se considera debidamente, se hallará como el fundamento del cristianismo, la salvación, y la confianza verdaderos.

1 Mateos 13:18-19

2 Efesios 5:13

3 Romanos 10:17, Santiago 1:21

4 1 Corintios 12:7

5 Mateos 25:15, Lucas 19:11

6 Mateos 13:33

7 Colosenses 1:23, Traducción Literal “εν παση τη κτισει”

8 Véase Hechos 7:51; Hebreos 2:3; Gálatas 2:21, etc

9 Amos 2:13 “He aquí, yo estoy oprimido debajo de vosotros como está oprimida una carreta llena de gavillas.” LBLA

10 Hebreos 6:6

11 Juan 3:19

Tercero: Concuerda y encaja con todo el tenor de las promesas y las amenazas del Evangelio, y con la naturaleza del ministerio de Cristo, de acuerdo al cual se ordena que el Evangelio, la salvación y el arrepentimiento se prediquen a toda criatura, sin acepción de naciones, tribus, familias o lenguas.

Cuarto: Magnifica y exalta los méritos y la muerte de Cristo, ya que no solo los considera suficientes para salvar a todos, sino que establece que han sido puestos tan cerca de todos los hombres que los pone en una capacidad real de ser salvos.

Quinto: Exalta la gracia de Dios sobre todo, como la fuente de todo lo que es verdaderamente bueno—desde el más mínimo y pequeño movimiento del bien, hasta la conversión y salvación completa del alma.

Sexto: Contradice, invalida y anula la falsa doctrina de aquellos que exaltan la luz de la naturaleza del hombre y la fuerza de su voluntad, porque excluye por completo al hombre natural de tener algún lugar o porción en su propia salvación, por cualquier tipo de acto, movimiento u obra por su cuenta, hasta que primero sea vivificado, levantado y movido por el Espíritu de Dios.

Séptimo: Y así como hace que la totalidad de la salvación del hombre dependa única y completamente de Dios, también hace que la condenación del hombre sea totalmente, y en todos los aspectos, por causa de sí mismo. Porque el hombre que niega y resiste el don de Dios que lucha y contiene con su corazón, al final se ve forzado a reconocer el justo juicio de Dios cuando después lo rechaza y abandona.

Octavo: Quita todo motivo de desesperación, y le da a cada hombre un motivo de esperanza y una confianza firme de que puede ser salvo. Sin embargo, no alimenta a nadie con una seguridad falsa, ya que ninguno sabe con certeza cuán pronto puede expirar su día. Por lo tanto, es una constante incitación y provocación, y un estímulo vivo para cada hombre, a abandonar el mal y volverse a aquello que es bueno.

Noveno: Exalta maravillosamente la religión cristiana entre los incrédulos, manifestando su verdad a todos, ya que esta doctrina es confirmada y establecida por la experiencia de todos los hombres. Porque nunca se ha encontrado un hombre en algún lugar de la tierra (sin importar cuán bárbaro o salvaje sea), que no haya sentido y reconocido (en algún momento u otro, y en alguna medida) algo en su corazón que lo reprende por causa de algunas cosas malas que ha hecho. Este testigo interno es el mismo en todos—tanto amenazando con cierto horror mientras el hombre continúe en el mal, como también prometiendo y comunicando cierta paz y dulzura a medida que se le dé paso a la gracia, y no la resista.

Décimo: Muestra maravillosamente la excelente sabiduría de Dios, ya que por ella ha hecho que los medios de salvación sean tan universales y completos. Él, por lo tanto, no está obligado a hacer uso de milagros externos, ni del ministerio de los ángeles, ni de otros medios inusuales, puesto que, según esta doctrina verdadera, el Evangelio alcanza a todos, independientemente de la condición, edad o nación que sean.

Onceavo: Es real y efectivamente establecida y confirmada por todos los predicadores y promotores del

cristianismo en todo el mundo (aunque quizás no en sus palabras, pero sí en sus hechos). Porque a pesar de que según su opinión se opongan a esta doctrina, ellos, sin embargo, le predicán a cada individuo que pueden ser salvos, implorando y deseando que crean en Cristo, quien murió por ellos, diciéndoles que Jesucristo los llama y quiere que crean y sean salvos, y que, si se niegan, serán condenados, y que su condenación es de ellos mismos. De hecho, tal es la evidencia y virtud de la Verdad, que constriñe a sus adversarios, incluso contra su propia voluntad, a abogar por ella.

Consideraciones Adicionales sobre las Proposiciones Anteriores.

I. En primer lugar, cuando hablamos de que Dios le ha dado un día y tiempo de visitación a todos los hombres, durante el cual pueden ser salvos, no nos referimos al tiempo completo de vida de cada hombre —aunque para algunos se pudiera extender incluso hasta la misma hora de su muerte, como vemos en el ejemplo del ladrón que se convierte en la cruz. Mas bien, entendemos este tiempo de visitación como una temporada en la que el Espíritu contiene con el hombre por la salvación de su alma (para algunos más corta, y para otros más larga, de acuerdo a lo que el Señor en Su sabiduría considere apropiado), lo cual más que suficientemente exonera a Dios de la condenación de cada hombre. Además, es evidentemente posible que los hombres vivan más tiempo que este día o tiempo de visitación, después del cual no tienen ninguna posibilidad de salvación. A estos Dios justamente permite que sean endurecidos como el debido castigo de su incredulidad, y en ocasiones hasta los utiliza como instrumentos de ira, y los convierte en un azote el uno contra el otro.¹²

El apóstol expresa esta doctrina de manera clara en Romanos 1, desde el versículo 17 hasta el final, pero especialmente en el versículo 28, “Y como a ellos no les pareció bien tener a Dios en su conocimiento, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen.”¹³ Y por el ejemplo de Esaú se muestra que muchos pueden vivir más tiempo que este día de la visitación misericordiosa de Dios para con ellos, porque él tuvo una vez la primogenitura, y ciertamente pudo haberla conservado; pero después, cuando deseó heredar la bendición, fue rechazado.¹⁴ Esto también se evidencia del llanto de Cristo sobre Jerusalén, diciendo, “¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos.”¹⁵ Esto demuestra claramente que hubo un tiempo en el que podían haber conocido estas cosas, cuyo tiempo ahora les había sido removido, aunque todavía estaban vivos.

II. En segundo lugar, nosotros decimos que hay una Semilla, o medida de Gracia, una Palabra de Dios, o

¹² Nota de Barclay: A los hombres en esta condición se les puede aplicar apropiadamente aquellas Escrituras que a menudo se usan erróneamente, para probar que Dios incita necesariamente a los hombres a pecar.

¹³ Romanos 1:28 RV1602P

¹⁴ Hebreos 12:16-17

¹⁵ Lucas 19:42

Luz, por la cual todo hombre es iluminado (habiendo recibido una medida de ella), que contiene contra ellos con el fin de salvarlos, y que esta Luz puede, por la dureza e iniquidad de la voluntad del hombre, ser apagada, ahogada, herida, oprimida, inmolada y crucificada. Ahora bien, nosotros no entendemos que esta Semilla sea la esencia y naturaleza propia de Dios, hablando estrictamente, la cual no es divisible en partes ni medidas, puesto que Él es un ser sumamente puro y singular, sin ninguna composición ni división; y en este sentido no puede ser resistido, golpeado, herido, crucificado o asesinado por los esfuerzos y la fuerza de los hombres. Pero nosotros entendemos que esta Semilla es una emanación espiritual, celestial e invisible en la cual Dios (como Padre, Hijo y Espíritu) habita—una medida de cuya vida divina y gloriosa es sembrada en todos los hombres, y que, de su propia naturaleza, atrae, invita e inclina hacia Dios. Y a esto lo llamamos la carne y sangre espiritual de Cristo, que descendió del cielo, de la cual todos los santos se alimentan y se nutren para vida eterna. Y así como esta Luz y Semilla testifica contra cada pensamiento o acción injusta, y los reprueba, asimismo, por esas acciones inicuas se dice que es herida, crucificada o asesinada, y por lo tanto se retira o huye de ellos.

Ahora bien, debido a que esta Semilla nunca se separa de Dios, sino que donde sea que esté, Dios y Cristo están envueltos en ella, en este sentido decimos que cuando la Semilla es resistida, entonces Dios es resistido; y donde es oprimida, se dice que Dios es oprimido, como una carreta que está llena de gavillas,¹⁶ y se dice que Cristo es asesinado y crucificado en los hombres.¹⁷ Y, por el contrario, a medida que esta Semilla se recibe en el corazón, y se le permite producir su efecto natural y propio, Cristo llega a ser formado y resucitado. La Escritura frecuentemente hace mención de esto, llamándolo “el nuevo hombre,”¹⁸ “Cristo formado en vosotros,”¹⁹ o “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”²⁰ Y este es ese Cristo dentro del alma de quién tan a menudo hablamos y declaramos, a quien anunciamos, exhortando a las personas a creer en la Luz y obedecerla, para que puedan conocer a Cristo dentro de ellos, librándolos de todo pecado.

Pero al predicar esta Luz o Semilla interna, no pretendemos en absoluto igualarnos al Señor Jesucristo, que nació de la virgen María y en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, ni destruir la realidad de Su existencia presente. Porque, aunque afirmamos que Cristo mora en nosotros, Su presencia en nosotros se experimenta en parte, según nuestra medida, y a través de la mediación de Su Semilla. Pero en ese Hombre santo, el Señor Jesucristo, la Palabra eterna (que estaba con Dios, y era Dios) mora en plenitud y sin mediación. Él, por lo tanto, es como la cabeza, y nosotros somos como los miembros; Él es la vid y nosotros los pámpanos.

16 Amos 2:13 LBLA, y H. B. Pratt (1929)

17 Hebreos 6:6

18 Efesios 4:24; Colosenses 3:10

19 Gálatas 4:19

20 Colosenses 1:27

III. En tercer lugar, entendemos que esta Semilla, Luz o Gracia es una sustancia espiritual y real, que el alma del hombre es capaz de sentir y percibir, y de la cual surge un nacimiento real, espiritual e interno en los creyentes, lo cual en la Escritura es llamado la nueva criatura, o el nuevo hombre en el corazón. Esto parece extraño para los hombres de mente carnal debido a que no están familiarizados con ello, pero nosotros lo conocemos, y lo discernimos por una experiencia verdadera y certera. De hecho, es imposible que un hombre en su sabiduría natural lo comprenda hasta que llegue a sentirlo en sí mismo, y entonces se da cuenta que sostenerlo como una mera noción le es de muy poco provecho. Sin embargo, aunque los hombres lo nieguen, somos capaces de demostrar que es la verdad, y de mostrar que nuestra fe al respecto no carece de un fundamento sólido. Porque es en y por medio de esta Semilla interna y substancial en nuestros corazones, conforme ella recibe alimento y nace en nosotros, que llegamos a tener esos sentidos espirituales desarrollados por los cuales somos capaces de saborear, oler, ver y tocar las cosas de Dios. Porque el hombre no puede alcanzar estas cosas con su espíritu y sentidos naturales, como se ha declarado anteriormente.

IV. En cuarto lugar, al insistir en estas cosas, no pretendemos, de ninguna manera, restarle importancia a la expiación y sacrificio de Jesucristo, ni menospreciarlo; sino al contrario, lo magnificamos y exaltamos. Porque, así como creemos todas las cosas que están registradas en las Sagradas Escrituras respecto al nacimiento, vida, milagros, sufrimientos, resurrección y ascensión de Cristo, también creemos que es el deber de todos aquellos, a quienes les han sido declaradas estas verdades, creer en las mismas. De hecho, consideramos que es una incredulidad digna de condenación, *no creer* cuando estas cosas han sido presentadas correctamente. Porque la Semilla santa que es sembrada en el hombre, cuando se le presta atención, lleva e inclina a cada corazón a creer en las verdades de la Escritura conforme se les dan a conocer. Porque, aunque no revela el conocimiento externo e histórico de Cristo en todo corazón, sin embargo, siempre asiente a ello cuando es declarado.

Y así como firmemente creemos que era necesario que Cristo viniera, para que a través de Su muerte y padecimientos se ofreciera a Sí mismo como un sacrificio a Dios por nuestros pecados, “quien llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero;”²¹ asimismo creemos que nadie puede participar de la remisión de los pecados de ninguna otra manera más que en y por la virtud de ese sacrificio, que fue sumamente satisfactorio; porque es “por la justicia de uno que vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida.”²²

Nosotros además afirmamos, que así como todos los hombres participan del fruto de la caída de Adán debido a esa semilla maligna que les es comunicada a través de él, haciéndolos propensos e inclinados al mal, a pesar de que millones no saben nada acerca la caída de Adán, ni jamás han oído que comió del fruto prohibido—así también, muchos pueden llegar a sentir la influencia de esta Semilla y Luz santa y

21 1 Pedro 2:24

22 Romanos 5:18 RV1602P

divina, y por medio de ella convertirse del mal al bien, a pesar de que no sepan nada de la venida de Cristo en la carne, por cuya obediencia y sufrimientos les es comprado este don. Y, así como afirmamos que es absolutamente necesario que aquellos a quienes Dios le ha placido darles el conocimiento de la historia de la aparición externa de Cristo, crean en ella; asimismo confesamos libremente, que el conocimiento externo es muy reconfortante, pero solo para aquellos que en alguna medida están sujetos a la Semilla y Luz interna, y son guiados por ella. Porque escuchar sobre el amor y los sufrimientos de Cristo, no solo tiende a humillarlos, sino que también los fortalece en su fe y los alienta a seguir ese excelente patrón que Él nos ha dejado, “quien padeció por nosotros,” como dice el apóstol Pedro, “dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas.”²³ De hecho, muchas veces somos grandemente edificados y animados por los dichos piadosos que han procedido de Su boca. Por lo tanto, la historia es verdaderamente provechosa y reconfortante cuando se conoce junto con el misterio, y nunca sin él; pero el misterio puede ser provechoso sin el conocimiento explícito y externo de la historia.

V. Pero, en quinto lugar, esto nos lleva a otra pregunta, a saber—si Cristo, por lo tanto, está en todos los hombres. Hemos dicho antes que una Luz divina, espiritual y sobrenatural ha sido dada a todos los hombres; que Dios y Cristo moran en ella y nunca se separan de ella; y también que a medida que esta Luz es recibida en el corazón, y se le cede paso, Cristo llega a ser revelado y formado en ellos. Pero estamos muy lejos de haber dicho alguna vez que Cristo es *recibido* por todos los hombres, y mucho menos *formado* en todos los hombres; porque eso es un gran logro, por el cual el apóstol sufría dolores de parto para que fuera formado en los Gálatas. Tampoco Cristo está en todos los hombres en el sentido de estar unido a ellos, ni, para hablar estrictamente, en el sentido de habitar o morar en ellos, porque este habitar implica una unión, o la manera en que Cristo reside en los santos. Como está escrito “*Habitaré y andaré* entre ellos.”²⁴

Sin embargo, en un sentido más general, viendo que Cristo nunca está (ni puede estar) separado de esa Semilla y Luz pura que testifica en todos los hombres, se puede decir que Él está en todos. Es en este sentido (como se observó anteriormente) que la Escritura dice que Dios está oprimido como una carreta llena de gavillas (Amos 2:13),²⁵ y que Cristo está crucificado en los impíos (Hebreos 6:6)—aunque si hablamos de manera correcta y estricta, Dios no puede ser oprimido, ni Cristo (siendo Dios) puede ser crucificado. Pero en este respecto, podemos dirigir a todos los hombres a buscar a Cristo dentro de sí mismos, quien yace crucificado en ellos por causa de sus pecados e iniquidades, para que puedan “mirarlo a Él, a quien traspasaron,”²⁶ y arrepentirse. Entonces, Aquel que ahora yace crucificado y enterrado en ellos (por así decirlo), pueda ser resucitado, y tener dominio sobre todo en sus corazones. De esta manera también, el apóstol Pablo le predicó a los Corintios y Gálatas acerca de “Cristo crucificado en ellos,”

23 1 Pedro 2:21

24 2 Corintios 6:16

25 Amos 2:13 LBLA, y H. B. Pratt (1929)

26 Zacarías 12:10

(*en humin* como lo tiene el griego.)²⁷ Este Jesucristo era el que el apóstol deseaba conocer en ellos, y manifestarles a ellos, para que pudieran llegar a ser conscientes de cómo habían estado resistiendo y crucificando a Cristo, y entonces se arrepintieran y fuesen salvos. Y debido a que Cristo es llamado “la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre,”²⁸ y “la Luz del mundo,”²⁹ se puede decir, por lo tanto, que esta luz es Cristo, quien verdaderamente es la fuente de toda luz, y tiene Su morada en ella para siempre. Así la Luz de Cristo algunas veces es llamada Cristo, es decir, aquello en lo que Cristo está, y de lo que nunca se separa.

VI. En sexto lugar, por lo que ha sido dicho anteriormente, se muestra claramente que no vemos esta Semilla o Luz divina como algo que sea parte de la naturaleza del hombre, ni como alguna reliquia que haya quedado del bien que Adán perdió por su caída; porque sabemos que es una cosa distinta y separada del alma del hombre y de todas sus facultades. Sin embargo, tal es la malicia de nuestros adversarios, que no dejan de reprocharnos diciendo que predicamos una luz natural, o la luz de la conciencia natural del hombre. Pero nosotros sabemos con certeza que la Luz de la cual hablamos no solo es distinta, sino de una naturaleza diferente al alma del hombre, y a todas sus operaciones y capacidades.

No negamos que el hombre, como una criatura racional, tiene la razón como una facultad natural de su alma, mediante la cual puede discernir cosas que son racionales. De hecho, esta es una propiedad natural y esencial para él, por la cual puede conocer y aprender muchas artes y ciencias, más allá de lo que cualquier otro animal puede hacer con sus meras facultades animales. Tampoco negamos que el hombre, por este principio racional, puede retener en su cerebro y en sus nociones, un conocimiento de Dios y de cosas espirituales; sin embargo, al no ser este el órgano correcto para el verdadero conocimiento espiritual, no puede servirle para la salvación, sino que, al contrario, a menudo lo estorba. Y en verdad, la gran causa de la apostasía ha sido que el hombre ha tratado de comprender las cosas de Dios en y por este principio natural y racional, y edificar una religión en esto, negando y despreciando la Luz y Semilla de Dios en el corazón. De este modo el Anticristo se ha “exaltado” en cada hombre, “sentándose en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios.”³⁰ Porque, como el apóstol dice, los hombres son “el templo del Espíritu Santo,”³¹ y por lo tanto, cuando la razón natural se establece por encima de la Semilla y Luz de Dios, para reinar y gobernar como príncipe en las cosas espirituales (mientras que la Semilla Santa está herida y maltratada), allí está el Anticristo en cada hombre, o algo exaltado sobre y en contra de Cristo.

27 “Pues me propuse no saber *en vosotros* cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.” 1 Corintios 2:2; “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente *en vosotros* como crucificado?” Gálatas 3:1 — Traducciones literales del griego.

28 Juan 1:9

29 Juan 8:12

30 2 Tesalonicenses 2:4 RV1602P

31 1 Corintios 3:16

Sin embargo, con esto no queremos decir que el hombre ha recibido su razón sin ningún propósito, o que no le es de utilidad; de ninguna manera. Porque consideramos la razón como algo apropiado para ordenar y gobernar al hombre en las cosas naturales. Y así como Dios dio dos grandes lumbreras para gobernar el mundo exterior, el sol y la luna, la lumbrera mayor para gobernar el día y la lumbrera menor para gobernar la noche; asimismo le ha dado al hombre la Luz de Su Hijo, una Luz divina y espiritual, para gobernarlo en las cosas espirituales, y la luz menor de la razón, para gobernarlo en cosas naturales. Y tal como la luna toma prestada su luz del sol, asimismo los hombres, si quisieran ser ordenados de manera correcta y feliz en las cosas naturales, deberán tener su razón iluminada por esta Luz divina y pura. Porque nosotros confesamos que, en aquellos que obedecen y siguen esta Luz verdadera, su razón iluminada puede ser útil para el hombre, incluso en cosas espirituales, siempre y cuando permanezca subordinada y sujeta a la otra; sí, de la misma manera que la vida biológica en el hombre, cuando está regulada y ordenada por su razón, lo ayuda a hacer las cosas que son racionales.

Además, nosotros distinguimos correctamente entre la Luz de Cristo y la conciencia natural del hombre; porque la conciencia, siendo eso en el hombre que surge de las facultades naturales de su alma, puede contaminarse y corromperse. El apóstol Pablo, hablando de los impuros, dice claramente que, “hasta su mente y su conciencia están corrompidas.”³² Sin embargo, esta Luz nunca puede corromperse o contaminarse, ni jamás ha aprobado el mal o la iniquidad en nadie; porque se dice expresamente que ella “hace manifiestas todas las cosas que son reprobadas,”³³ y por lo tanto es un testigo fiel para Dios en contra de cada manifestación de injusticia en el hombre.

Ahora bien, la palabra conciencia, para definirla correctamente, viene del latín *conscire*, y es ese conocimiento que surge en el corazón del hombre a partir de lo que está de acuerdo o es contrario a cualquier cosa que haya creído, por medio del cual este se da cuenta de que trasgrede, al hacer algo de lo que está convencido que no debería hacer. Entonces, cuando la mente ha sido cegada o contaminada con una creencia incorrecta, de esta creencia surge una consciencia que la perturba cada vez que actúa en su contra. Por ejemplo, cuando un musulmán, que ha aceptado una falsa creencia de que le es ilícito tomar vino, actúa contra su creencia y bebe, su consciencia lo golpea por ello; pero sí posee muchas concubinas, su conciencia no lo perturba, porque su juicio ya está corrompido con una falsa opinión de que le es lícito hacer una cosa e ilícito hacer la otra. Sin embargo, si prestara atención a la Luz de Jesucristo en su interior, lo reprendería, no solo por cometer fornicación, sino que también le informaría (a medida que se volviera más obediente a ella) que Mahoma es un impostor, de la misma manera que Sócrates, en su día, fue informado por ella de la falsedad de los dioses paganos.

Del mismo modo, si un católico romano comiera carne durante la Cuaresma, o no fuera suficientemente diligente en la adoración de santos e imágenes, su consciencia lo heriría por ello, porque su juicio ya

32 Tito 1:15

33 Efesios 5:13 RVG

está cegado con una falsa creencia acerca de estas cosas. Sin embargo, la Luz de Cristo nunca aprobó ninguna de esas abominaciones. Por lo tanto, la conciencia natural del hombre se distingue claramente de ella; porque la conciencia *sigue* el juicio; no lo informa. Pero esta Luz, en la medida que es recibida y obedecida, quita la ceguera del falso juicio, abre el entendimiento y rectifica tanto el juicio como la conciencia. Así, pues, confesamos que la conciencia es una cosa excelente, siempre y cuando esté correctamente informada e iluminada desde arriba. De hecho, algunos de nosotros la hemos comparado apropiadamente con una linterna, y la Luz de Cristo con la llama que está adentro. Una linterna es útil cuando la llama está encendida y brilla en su interior, pero de lo contrario no tiene ningún uso. Por lo tanto, es a la Luz de Cristo *en la conciencia*, y no a la conciencia natural del hombre, que continuamente recomendamos a los hombres. Esta es su guía segura a la vida eterna.

Por último, es evidente que esta Luz, Semilla, etc., no es ningún poder o facultad natural de la mente del hombre, porque un hombre sano puede, cuando quiere, agitar, mover y ejercitar las facultades de su alma; de hecho, es amo de ellas, y a no ser que haya alguna causa o impedimento natural en su camino, puede usarlas a su antojo. Pero esta Luz o Semilla de Dios en el hombre no se mueve ni se despierta cuando el hombre lo desea; al contrario, se mueve, hiere y contiene con el hombre conforme el Señor lo considera oportuno. Porque, aunque hay una posibilidad de salvación concedida a todo hombre durante el día de su visitación, aun así, el hombre no puede, en cualquier momento que le plazca, o cada vez que tenga un sentido de su miseria, despertar esa Luz o Gracia para procurar para sí mismo una verdadera ternura de corazón. En lugar de esto, debe esperarla, ya que viene a todos en ciertos tiempos y temporadas, obrando poderosamente en el alma, enterneciéndola y quebrantándola fuertemente. En estos tiempos, cualquiera que no la resista, sino que la reciba y la siga, llegará a experimentar la salvación por medio de ella. Así como el estanque de Betesda no sanaba a todos, sino solo a aquellos que esperaban el movimiento de las aguas, de la misma manera, Dios, en ciertos tiempos, se mueve por amor a la humanidad mediante Su Semilla en sus corazones, poniendo sus pecados en orden delante de ellos, invitándolos seriamente a arrepentirse, y ofreciéndoles la remisión de los pecados y la salvación; y aquel que reciba esta invitación puede ser salvo.

Ahora bien, no hay ningún hombre vivo (y estoy seguro de que nunca lo habrá) que, si tratara fiel y honestamente con su propio corazón, no se viera obligado a confesar que ha sido consciente de esto en alguna medida; lo cual es algo que el hombre no puede producir en sí mismo con todo su esfuerzo y diligencia. Esto, pues, oh hombre y mujer, es el día de la visitación misericordiosa de Dios para sus almas, y serán felices para siempre si no lo resisten. Este es el día del Señor, que, como Cristo dice, es como el relámpago que resplandece desde el oriente hasta el occidente, y como el viento o Espíritu, que sopla sobre el corazón, y ningún hombre sabe de dónde viene, ni a donde va.

La Operación de la Semilla en el Corazón

VII. En séptimo lugar, esto me lleva a hablar respecto a la manera en que opera esta Semilla o Luz en el corazón de todos los hombres, lo cual demostrará aún más claramente cuánto diferimos de todos aquellos que exaltan el poder o luz natural en el hombre, y como nuestro principio lleva (por encima de todos los demás) a atribuir toda nuestra salvación únicamente al poder, Espíritu y gracia de Dios.

Algunos nos han presentado la siguiente pregunta: Si dos hombres tienen una medida igual y suficiente de Luz y Gracia, y uno es salvo por ella, y otro no, ¿no es, entonces, la voluntad del hombre la verdadera causa por la cual uno fue salvo y el otro no? A esta pregunta respondemos: puesto que la Gracia y Luz en todos es suficiente para salvarlos a todos, y de su propia naturaleza salvaría a todos, ella por lo tanto contiene y lucha con todos para salvarlos. Aquel que resiste la obra de la gracia es la causa de su propia condenación; él que no la resiste, encuentra que se convierte en su salvación. De manera que, en el que se salva, la obra es de la gracia, y no del hombre, y esto se debe a su rendición y pasividad, y no a su propia actividad. Sin embargo, después, en la medida que un hombre es forjado por la gracia, surge una voluntad en él por la cual llega a ser un colaborador de la gracia; porque, como dijo Agustino, “El que nos hizo sin nosotros, no nos salvará sin nosotros.”

Por lo tanto, el primer paso del hombre no es actuar, sino dejar de actuar en contra de la Luz y Gracia de Dios. Y durante estas temporadas de visitación de cada hombre, aunque el hombre es completamente incapaz, por sí mismo, de colaborar con la gracia, o de dar un paso fuera de su condición natural hasta que la gracia se apodere de él, aun así, le es posible ser pasivo y no resistirla, o ser duro y resistirla. Por lo tanto, nosotros decimos que la gracia de Dios obra en y sobre la naturaleza del hombre, que, aunque de sí misma está completamente corrupta y contaminada, y es propensa al mal, es capaz de ser forjada por la gracia de Dios—sí, así como el hierro, a pesar de que es un metal duro y frío en sí mismo, puede calentarse y ablandarse por el calor del fuego, y la cera derretirse por el sol. Y como el hierro o la cera, cuando se quitan del fuego o del sol vuelven a su condición anterior de frío y dureza, asimismo el corazón del hombre, cuando resiste o se retira de la gracia de Dios, regresa a su condición anterior otra vez. Se me han ocurrido una o dos analogías, que ilustran claramente la manera en que Dios busca la salvación de todos los hombres, las cuales añadiré aquí, para la información de otros.

La primera se trata de un hombre muy enfermo, a quien comparo con el hombre en su condición caída y natural. Ahora bien, algunos suponen que Dios, el gran médico, le ofrece medicina a este pobre hombre solo después de que él ha hecho todo lo que está en su poder, mediante cualquier habilidad o conocimiento propio, para obtener su propia sanidad. Estos son aquellos que dicen que, si un hombre cultiva su razón o sus facultades naturales, entonces Dios verá apropiado proporcionarle gracia. Otros dicen que Dios viene y le ofrece un remedio al hombre enfermo, pero deja a la voluntad del hombre tanto el recibirlo como el rechazarlo. Pero nosotros decimos, que Él, es decir, el Señor, este gran médico, viene y vierte el remedio en la boca del hombre enfermo y lo acuesta en su cama, de modo que, si el hombre

enfermo se mantiene pasivo, este remedio necesariamente lo curará. Pero si es duro y terco, e insiste en levantarse y salir al frío, y en comer esas cosas que le son dañinas mientras que la medicina opera; entonces, aunque de su naturaleza la medicina tienda a curarlo, al final le será destructiva. Así, pues, en este ejemplo, el hombre que perece ciertamente es la causa de su propia muerte; y el hombre que es sanado le debe su salud enteramente al médico, y no a alguna obra propia.

El segundo ejemplo se trata de varios hombres que están juntos en un pozo oscuro, en el cual todos sus sentidos están tan adormecidos, que apenas son conscientes de su propia miseria. A esto comparo al hombre natural en su condición natural, corrupta y caída. Nuevamente, nosotros no pensamos que Dios mire hacia abajo y, al ver que uno está haciendo todo lo que está en su poder para librarse, decida que ese merece ser ayudado. Tampoco pensamos que un libertador llegue al tope del pozo, descuelgue una escalera y espere que ellos asciendan por su propia fuerza, entendimiento y voluntad. En lugar de esto, creemos que el libertador llega en ciertos tiempos, y revela e informa plenamente a los hombres de la gran miseria y peligro en el que están si continúan en ese lugar horrible e insalubre. De hecho, este redentor los lleva a sentir su miseria de una manera que no la pueden negar, (porque incluso los hombres más impíos a veces son conscientes de ella por la visitación de Dios), y no solo eso, sino que a veces los agarra y les da un jalón, con el fin de levantarlos fuera de su miseria, lo cual los salvará si ellos no lo resisten; pero ellos sí tienen la capacidad de resistirlo.

Estos dos ejemplos, en cierta medida, ilustran el asunto, demostrando que la gracia de Dios alcanza a todos, aunque su efecto difiere según el objeto con el que se encuentre. Porque esta gracia es una ministración de misericordia y amor en todos los que no la rechazan, sino que la reciben (Juan 1:12); pero la misma es una ministración de ira y condenación en los que la rechazan (Juan 3:19); así como el sol, que por un solo acto u operación, derrite y suaviza la cera, pero seca y endurece la arcilla. La naturaleza del sol es beneficiar la creación, y por lo tanto los vivos son refrescados por él, y las flores producen un buen aroma cuando brilla sobre ellas, y los frutos de los árboles maduran. Sin embargo, con un cadáver muerto (una cosa sin vida) los mismos rayos solares harán que hieda, y lo pudrirán. Así, pues, cada hombre, durante el día de su visitación, es iluminado por el sol de justicia y es capaz de ser influenciado por él, para producir buen fruto y un buen aroma y ser derretido por él. Pero cuando un hombre ha rechazado la luz, y ha perdido su día por su pecado, entonces el mismo sol lo endurece, como lo hace con la arcilla, y hace que su iniquidad aparezca más y se pudra, y produzca un mal aroma.

Capítulo IV

La Prueba de Nuestra Postura

Habiendo declarado de manera clara y evidente los temas en cuestión, y dado a conocer nuestro entendimiento y juicio en estos asuntos, hará que nuestra prueba de ellos sea más fácil y corta.

Un Día o Tiempo de Visitación

Lo primero que debe ser probado es que Dios ha dado a cada hombre un día o tiempo de visitación, en el cual le es posible ser salvo. Si lográramos probar que hay un día y tiempo dado en el que algunos que finalmente perecieron, pudieron haber sido salvos, nuestro objetivo estaría cumplido. Bueno, esto se evidencia claramente a partir de muchas expresiones de lamento y acusación dadas por el Espíritu de Dios a lo largo de toda la Escritura, incluso a aquellos que al final perecieron; culpándolos por no haber aceptado o recibido la visitación de Dios ni Su oferta de misericordia para ellos.

Fue así como el Señor se mostró a Sí mismo a Caín al principio, diciendo, “¿Por qué estás enojado, y por qué se ha demudado tu semblante? Si haces bien, ¿no serás aceptado? Pero si no haces bien, el pecado yace a la puerta.”¹ Eso le fue dicho a Caín antes de que matara a su hermano Abel, cuando la semilla del mal había comenzado a tentarlo y a obrar en su corazón. Aquí vemos como Dios le dio una advertencia a Caín a tiempo, en el día de Su visitación a él, ofreciéndole aceptación y remisión si hacía bien; porque esta pregunta “¿no serás aceptado?” implica la siguiente afirmación, “Serás aceptado, si haces bien.” Por lo tanto, si podemos confiar en Dios Todopoderoso, la fuente de toda Verdad y equidad, entonces fue posible incluso para Caín, por un tiempo, ser aceptado. Porque ciertamente Dios no hubiera propuesto el hacer bien como una condición, si no le hubiera dado también a Caín poder suficiente mediante el cual era capaz de hacerlo.

El Señor también muestra esto, al darle un día de visitación al mundo antiguo: “Y dijo Jehová: No contendrá mi Espíritu *en* el hombre para siempre,” (porque así debe traducirse).² Esto evidentemente implica que Su Espíritu *sí* contendió con el hombre, y *aún* contiene con el hombre por un tiempo, cuyo tiempo expira cuando Dios deja de contender con ellos con la intención de salvarlos. Y es durante este día de visitación dado a todos los hombres que se dice que Dios “espera para tener piedad,”³ y que es “tardo para la ira”⁴ para con Su creación. El apóstol Pedro dice expresamente que “la paciencia de Dios esperaba en los días de Noé por los del mundo antiguo,”⁵ que siendo comparado con Génesis 6:3 (antes mencionado), confirma suficientemente nuestra proposición. Y para que nadie pudiera objetar que esta paciencia o lucha del Señor no era para salvarlos, el mismo apóstol dice claramente que, “la paciencia de

1 Génesis 4:6-7 LBLA

2 Génesis 6:3, ׀ ך ן ך —es decir, “en el hombre”

3 Isaías 30:18

4 Éxodos 34:6; Números 14:18; Salmos 86:15; Jeremías 15:15, etc.

5 1 Pedro 3:20

nuestro Señor es para salvación;”⁶ porque, como él lo afirma un poco antes (verso 9), “Dios no quiere que ninguno perezca.”

Además, en el siguiente versículo, Pedro se refiere a los escritos de Pablo, mostrando que esto había sido la doctrina universal de la iglesia. Y lo que añade en esta ocasión merece nuestra atención: cómo hay algunas cosas en las epístolas de Pablo que son difíciles de entender, que los indoctos e inconstantes tuercen para su propia perdición, muy probablemente aludiendo a las expresiones de Pablo en Romanos 9. Muchos en realidad, que son indoctos en las cosas espirituales, han hecho que las palabras de Pablo contradigan la verdad de la paciencia de Dios para con todos y de Su deseo de que ninguno se pierda, sino que todos sean salvos. ¡Si tan solo hubieran prestado más atención a la advertencia de Pedro!

Pero la parte de los escritos de Pablo a la que Pedro aquí pareciera referirse más particularmente, también contribuye mucho para aclarar el asunto. Porque Pablo escribe: “¿O menosprecias las riquezas de Su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que Su benignidad te guía al arrepentimiento?”⁷ Aquí él le habla a los no regenerados y a los impíos, a quienes en el siguiente verso les dice que están “atesorando ira para el día de la ira.” Pero encomienda a tales personas, a las riquezas de la benignidad y paciencia de Dios, mostrando que la tendencia de la benignidad de Dios es guiar a los hombres al arrepentimiento. ¿Cómo podría necesariamente tender a guiarlos al arrepentimiento, y cómo podría llamarse riquezas o benignidad para ellos, si no hubiera un tiempo en el que pudieran arrepentirse y llegar a ser participantes de las riquezas ofrecidas por Él?

De todo lo cual argumento de esta manera: Si Dios pleitea con el impío basado en la posibilidad de que sean aceptados; si el Espíritu de Dios contiene en ellos por un tiempo para salvarlos, aunque después perecen; si Él espera para tener piedad de ellos; si es paciente con ellos, y esta paciencia (mientras perdura) es para salvación, durante cuyo tiempo Dios no quiere que perezcan, sino que les exhibe las riquezas de Su benignidad y paciencia con el fin de guiarlos al arrepentimiento—entonces concluyo, que hay un día de visitación dado a los hombres en el cual pueden ser salvos, si se arrepienten.

Además, lo mismo se muestra del profeta Isaías, donde se dice: “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?”⁸ Porque en el segundo verso él dice: “La había cercado y despedregado y plantado de vides escogidas; había edificado en medio de ella una torre, etc.” Y, sin embargo, cuando Él “esperaba que diese uvas, dio uvas silvestres.”⁹ Por lo tanto, llama a los vecinos de Jerusalén y a los varones de Judá para que juzguen entre Él y Su viña, diciendo; “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?” Esta parábola fue aplicada a muchos en Israel que rechazaron la misericordia de Dios en los días de los reyes, y el mismo ejemplo fue usado por Cristo (Mateo 21:33; Marcos 12:1;

6 2 Pedro 3:15

7 Romanos 2:4

8 Isaías 5:4

9 Isaías 5:2

Lucas 20:9). Aquí Jesús muestra que una viña fue plantada, y que todas las cosas necesarias fueron dadas a los labradores para que recogieran el fruto y le pagaran a su dueño. El dueño muchas veces esperó para tener misericordia de ellos, enviando siervos tras siervos, y pasando por alto sus muchas ofensas, antes de determinar finalmente destruirlos y echarlos fuera. Ahora bien, esta parábola no pudo haberse dicho haciendo referencia a los santos, o a aquellos que se arrepienten y son salvos; porque dice claramente que Él “los destruirá.” Tampoco es razonable decir que estos hombres no tuvieran la capacidad de haber hecho el bien, porque la expectativa del Señor era clara, y, de hecho, Él dice a través del profeta, “¿Qué más podía hacer?” Por lo tanto, por esta parábola (repetida en tres evangelios) es más que manifiesto que Cristo mantiene Su paciencia para con los hombres, incluso en su iniquidad, por un tiempo, proporcionándoles un verdadero medio de salvación; y que aquellos que aun así se resisten, lo hacen para su propia condenación. Véase también las siguientes escrituras paralelas: Proverbios 1:24-26; Jeremías 18:9-10; Mateo 18:32-34; Hechos 13:46.

Por último, por el lamento de Cristo sobre Jerusalén (expresado en tres lugares distintos: Mateo 23:37, Lucas 13:34, y 19:41) es evidente que existe un día de visitación dado a los impíos, durante el cual pueden ser salvos, y que, habiendo expirado este tiempo, ya no pueden obtener la salvación. “Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos.” Y “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” ¿Cómo podría probarse nuestra doctrina de una manera más clara? Porque primero, Él da a entender que *hubo* un día en que los habitantes de Jerusalén pudieron haber conocido lo que era para su paz. Y segundo, muestra que durante ese día quería juntarlos, como la gallina junta a sus polluelos. Esta ilustración claramente muestra que la oferta de salvación que se les hizo no fue en vano por Su parte, sino que fue tan real, y ofrecida con tanta alegría y buena voluntad como la gallina cuando junta a sus polluelos. En verdad, así como la gallina muestra amor y cuidado por sus polluelos, así es el cuidado de Cristo para juntar a los hombres y mujeres perdidos, y redimirlos fuera de su estado corrupto y degenerado. Luego, en tercer lugar, se ve cómo, debido a que se negaron, lo que era para su paz fue encubierto de sus ojos. ¿Y por qué fue encubierto? Porque no quisieron permitirle que los juntara; no quisieron ver aquellas cosas que eran buenas para ellos en el tiempo del amor de Dios hacia ellos. Y, por lo tanto, ese día habiendo expirado, no podían verlas; y entonces Dios permitió que ellos se endurecieran en incredulidad.

Así que, los corazones de los hombres son endurecidos *después* de que las verdaderas ofertas de misericordia y salvación han sido rechazadas, y no antes. Y así es confirmado aquel dicho, “Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.”¹⁰ Esto parece un acertijo, sin embargo, es resuelto fácilmente según esta doctrina. Él no tiene, porque ha perdido el tiempo de usar lo que tenía,

¹⁰ Marcos 4:25

y, por lo tanto, ahora le es como nada. Porque Cristo usa esta expresión (Mateo 25:26) en la ocasión de quitar el único talento al siervo negligente, y dárselo al que era diligente—cuyo talento no era de ninguna manera insuficiente en sí mismo, sino de la misma naturaleza que los que se les dieron a los demás. Por lo tanto, el Señor tenía una buena razón de esperar de este talento una ganancia proporcional, como también del resto.

Por lo tanto, digo, que es después de rechazar este día de visitación, que el juicio de endurecimiento se inflige a hombres y mujeres, tal como Cristo se lo pronunció a los judíos (citando Isaías 6:9, del cual hacen mención los cuatro evangelistas: Mateo 13:14; Marcos 4:12; Lucas 8:10; Juan 12:40). Y el apóstol Pablo, después de que había ofrecido el Evangelio de salvación a los judíos en Roma, hace mención de lo mismo, diciendo, “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: Ve a este pueblo, y diles: De oído oiréis, y no entenderéis; y viendo veréis, y no percibiréis; porque el corazón de este pueblo se ha engrosado, y con los oídos oyeron pesadamente, y sus ojos han cerrado, para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan de corazón, y se conviertan, y yo los sane.”¹¹ De modo que es evidente nuevamente que Dios deseaba que ellos vieran, pero habiendo cerrado sus ojos, fueron, por lo tanto, endurecidos justamente.

Cirilo de Alejandría habla bien sobre este asunto, en su respuesta a la siguiente objeción: “Puede que algunos digan, que si Cristo ha venido al mundo para que los que ven sean cegados, entonces no debemos culparlos a ellos por ser ciegos, sino más bien a Cristo, quien es la causa de su ceguera. Pero estos hablan irracionalmente, no temiendo llamar a Dios el autor del mal. Porque, así como el sol natural sale por nuestro horizonte para que pueda comunicar el don de su claridad a todos, y hacer que su luz resplandezca sobre todos, sin embargo, si alguna persona cerrara sus párpados, o voluntariamente le diera la espalda al sol, rechazando el beneficio de su luz, dicha persona no sería iluminada por él, y permanecería en tinieblas. Sin duda esto no se debe a ningún defecto del sol, sino que es culpa de la persona. De la misma manera, Cristo, el verdadero Sol, vino a iluminar a aquellos que estaban asentados en tinieblas y en región de sombra de muerte, para que pudiera comunicarles a todos el don de conocimiento y gracia, y alumbrar los ojos internos de todos mediante Su propio esplendor espiritual. Pero muchos rechazan el don de esta Luz celestial que les fue dado, habiendo cerrado los ojos de sus mentes, para que no les resplandezca la iluminación excelente de la Luz eterna. Por lo tanto, no es por un defecto del verdadero Sol que son cegados, sino solo por su propia iniquidad y dureza; porque, como el hombre sabio dijo, ‘su iniquidad los ha cegado.’”¹²

De todo lo cual argumento: Si hubo un día en el que los obstinados judíos pudieron haber conocido lo que era para su paz, que, debido a que lo rechazaron, fue encubierto de sus ojos; y si hubo un tiempo en el que Cristo habría juntado a algunos quienes, debido a que se negaron, no pudieron ser juntados;

¹¹ Hechos 28:25-27

¹² John, lib. 6, cap. 21.

entonces aquellos que pudieron haber sido salvos, finalmente perecen por causa de haber despreciado el día de la visitación de Dios para ellos.

Una Medida de Luz y Gracia Salvadora Dada al Hombre

Lo siguiente que debe probarse, es la manera por la que Dios busca obrar la salvación en el hombre durante el día de su visitación, lo cual hace a través de una medida salvadora, suficiente y sobrenatural de Luz y Gracia dada a cada hombre. Esto lo probaré, con la ayuda de Dios, a partir de varios testimonios claros y evidentes de la Escritura.

Primero, de Juan 1:9: “Aquél era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.”¹³ Esta escritura nos favorece tan claramente, que algunos la llaman “el texto de los Cuáqueros”—porque demuestra tan evidentemente nuestra posición, que prácticamente no hay necesidad de interpretación ni deducción. De hecho, este versículo es como una conclusión que procede de dos afirmaciones anteriores, a saber, que “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres,” y “La Luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron.”

Primero observemos que este apóstol llama a Cristo “la Luz de los hombres,” y nos da esto como una de Sus propiedades principales. Y el mismo apóstol dice en otro lugar, que es en la medida que andamos con Él en esa Luz (que Él nos comunica), que llegamos a tener unidad y comunión con Él.¹⁴ En segundo lugar, dijo que esta “Luz en las tinieblas resplandece; y las tinieblas no la comprendieron.” Y, en tercer lugar, que esta es la “la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.” Aquí el apóstol, siendo dirigido por el Espíritu de Dios, ha evitado cuidadosamente esa imaginación de nuestros adversarios, que intentan limitar esta Luz a un cierto número de individuos. Porque, al decir “todo hombre,” claramente no se excluye ningún hombre. Y si fueran tan obstinados (como algunas veces lo son) como para decir que esta frase “todo hombre” se refiere solo a cada uno de los elegidos, entonces las siguientes palabras, “todo hombre que viene a este mundo,” invalidarían su objeción. Por lo tanto, aquí claramente se afirma que no hay hombre que venga a este mundo, a quien Cristo no haya alumbrado en alguna medida y en cuyo corazón oscuro esta Luz no haya resplandecido. Aunque las tinieblas no la comprenden, aun así, ella resplandece ahí, y su naturaleza es una que expulsaría las tinieblas, siempre que los hombres no le cierran sus ojos. De hecho, el propósito por el cual es dada esta Luz se expresa en el versículo 7—“a fin de que todos creyesen por ella.” [es decir, por la Luz].¹⁵

13 Juan 1:9 RVG

14 1 Juan 1:7

15 Nota de Barclay: *di' autou* (por él, o por medio de él) concuerda muy bien con *photos* (la Luz), siendo el antecedente más cercano; aunque muchos traductores lo han hecho referirse a Juan (para encajarlo con su propia doctrina), como si todos los hombres en el mundo tuvieran que creer por medio de Juan. Pero todos no podrían creer a través de Juan, porque es imposible que todos los hombres conozcan el testimonio de Juan; en cambio, todo hombre, siendo iluminado

Viendo que esta Luz es la Luz de Jesucristo, y la Luz por la cual los hombres llegan a creer, considero que no se puede dudar que es una Luz sobrenatural, salvadora y suficiente.¹⁶ Si no fuera sobrenatural, no podría llamarse apropiadamente la Luz de Jesús. Y ciertamente la Luz que ilumina al hombre no puede ser uno de los dones o facultades naturales de su alma, porque dice que “resplandece en las tinieblas,”¹⁷ y que ellas no la pueden comprender. Ahora, estas “tinieblas” no son otra cosa más que la condición o estado natural del hombre, en el cual el hombre puede comprender fácilmente aquellas cosas que le son comunes como hombre. Pero que el hombre en su condición natural es llamado tinieblas, véase Efesios 5:8, “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor,” y varios otros lugares, tales como Hechos 26:18, Colosenses 1:13 y 1 Tesalonicenses 5:5, donde la condición del hombre en su estado natural es llamada “tinieblas.” Por lo tanto, digo, esta luz que resplandece en las tinieblas no puede ser ninguna propiedad o facultad natural del alma del hombre, sino que debe ser el don y gracia sobrenatural de Jesucristo.

Y que esta Luz es suficiente y salvadora es evidente, por el hecho de que fue dada “para que todos los hombres creyesen por ella.” Además, nos fue dicho que al caminar en ella, tenemos comunión con los santos, y “la sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.”¹⁸ Y aquello que se nos manda a creer, con el fin de que “seamos hijos de luz,” ciertamente debe ser un principio sobrenatural, suficiente y salvador; porque Cristo ha dicho, “Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.”¹⁹

Algunos objetan que aquí los discípulos debían entender que “Luz” se refería a la persona *externa* de Cristo, en la cual Él deseaba que creyeran. Ahora bien, no negamos que ellos tenían que creer en la aparición externa de Cristo, y reconocerlo como el Mesías que había de venir. Pero en este lugar no veo como podría ser esa la intención de Sus palabras. Porque las palabras “Entre tanto que tenéis la luz,” y aquellas del versículo anterior, “andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas,” claramente implican que, cuando esa Luz en la que debían creer fuese removida, entonces perderían la capacidad o el tiempo de creer. Esto no podría entenderse como la aparición externa de Cristo, puesto que muchos creyeron eficazmente en Él (como lo hacen todos los cristianos en este día), mucho después de que Su presencia corporal u hombre exterior había sido removido de entre ellos. Así

por esta Luz puede creer por medio de ella. Juan no resplandeció en las tinieblas; pero esta Luz resplandece en las tinieblas, de modo que, habiendo disipado las tinieblas, puede producir y engendrar fe. Y es por andar en esta Luz que tenemos comunión y unidad, no por andar en Juan, lo cual no tiene sentido. Así que esta cláusula relativa *di' autou* debe necesariamente referirse a la Luz (*photos*), de la cual Juan dio testimonio, para que por medio de la luz, con la cual Cristo ha iluminado a todo hombre, todos los hombres tengan la posibilidad de creer.

16 Nota del Editor: Quiere decir “suficiente” para la salvación del alma. Algunos adversarios de los primeros Cuáqueros, al mismo tiempo que admitían que la Luz de Cristo es dada en medida a cada hombre, insistían que esta es una medida o don *insuficiente para salvar el alma*. Estos argumentaban que hay una gracia (o iluminación) “común” por la que todos los hombres poseen un discernimiento moral entre el bien y el mal, y también una gracia “salvadora” que es dada a los cristianos solamente.

17 2 Corintios 4:6

18 1 Juan 1:7

19 Juan 12:36

que esta Luz en la que se les mandó a creer debe ser esa Luz interna y espiritual, que resplandece en sus corazones por un tiempo, a saber, durante el día de la visitación del hombre. Mientras esta Luz continua llamando, invitando y exhortando, se dice que los hombres “la tienen” y que pueden “creer en ella;” pero cuando los hombres rehúsan creer en ella, y la rechazan, entonces cesa de ser una Luz que les muestra el camino, y les deja un sentido de su infidelidad como un aguijón en sus conciencias, que trae terror y oscuridad sobre ellos, y en esta condición de tinieblas ellos no saben a dónde ir. Por lo tanto, para los rebeldes como estos, está escrito que “el día de Jehová será de tinieblas, y no de luz.”²⁰

Por lo tanto, es evidente que, aunque muchos no reciben la Luz (puesto que las tinieblas no pueden comprenderla), sin embargo, esta Luz salvadora resplandece en todos, para poder salvarlos. Respecto a esto, Cirilo de Alejandría ha hablado muy bien:

Con gran diligencia y vigilancia el apóstol Juan se esfuerza por anticipar e impedir los pensamientos vanos de los hombres. Él acababa de llamar al Hijo la Luz verdadera, y afirmó que por medio de Él todo hombre que viene a este mundo era alumbrado; sí, y que Él estaba en el mundo y que el mundo había sido creado por Él. Uno entonces podría objetar, ‘Si la Palabra de Dios es la Luz, y si esta Luz ilumina los corazones de los hombres y los lleva a la piedad y al entendimiento verdadero de las cosas, y si Él siempre había estado en el mundo y había sido su Creador o constructor, entonces ¿Por qué, por tanto tiempo, el mundo no lo conoció?’ Podría parecer que, debido a que Él era tan desconocido para el mundo, entonces o el mundo no había sido iluminado por Él, o Cristo no era totalmente Luz. Pero que ningún hombre acuse a la Palabra de Dios ni a Su Luz eterna, sino más bien a su propia debilidad: porque el Hijo ilumina, pero la criatura rechaza la gracia que le es dada y abusa de la claridad de entendimiento que le es concedida, por la cual pudo haber conocido a Dios. Como el pródigo, el hombre ha vuelto su vista a la creación, rehusando seguir hacia adelante, y por medio de pereza y negligencia ha enterrado la iluminación de Dios y menospreciado Su gracia. Y fue con el fin de evitar esto mismo, que Pablo les ordenó a los Tesalonicenses a velar y ser sobrios.

Por lo tanto, la falta debe ser atribuida a la iniquidad de aquellos que son iluminados, y no a la Luz; porque aunque el sol se levanta sobre todos, sin embargo él que es ciego no recibe ningún beneficio de él. Nadie diría que esto es por culpa del brillo del sol, sino por su propia ceguera; y este es el caso con el unigénito Hijo de Dios, porque Él es la Luz verdadera y despliega Su resplandor sobre todos. Pero el dios de este mundo, como dice Pablo, ha cegado el entendimiento de los incrédulos (2 Corintios 4:4), para que no les resplandezca la Luz del Evangelio.

Decimos, por lo tanto, que las tinieblas vienen sobre los hombres, no porque estén completamente privados de Luz, sino porque el hombre está embotado por sus malos hábitos y se ha vuelto peor, y ha hecho que la medida de gracia, en cierto sentido, languidezca. Entonces, con estas palabras de Juan, el mundo es acusado de ser desagradecido e insensible, al no conocer a su Autor, ni producir el buen fruto de su iluminación. Así que parece que ahora puede decirse verdaderamente respecto a todos, lo que antiguamente dijo el profeta respecto a los judíos: “Esperaba yo que diese uvas buenas, pero ha dado uvas silvestres.”

Por lo antes expuesto, se muestra que Cirilo creía que una iluminación salvadora ha sido dada a todos, y que es de la misma naturaleza que la gracia de la que Pablo le hace mención a Timoteo, diciendo, “No descuides la gracia que hay en ti.”

²⁰ Amos 5:18

Ahora bien, que esta Luz o Semilla salvadora, o una medida de ella, es dada a todos, Cristo nos lo dice claramente en la parábola del sembrador (Mateo 13:18; Marcos 4, y Lucas 8:11). Él dice que la “semilla” que es sembrada en diversos tipos de tierras es la “Palabra del Reino,” que el apóstol llama la “Palabra de fe,”²¹ o “la Palabra implantada, la cual puede salvar el alma;”²² —cuyas palabras implican que es de una naturaleza salvadora, y que en buena tierra lleva fruto abundantemente.

Observemos, pues, que esta Semilla del Reino—esta Palabra salvadora, sobrenatural y suficiente—fue verdaderamente sembrada en la tierra pedregosa, en la tierra de espinos, y junto al camino, donde no produjo fruto, sino que quedó estéril en cuanto a estos terrenos. Esta fue exactamente la misma Semilla que fue sembrada en la buena tierra. Por lo tanto, (de acuerdo a como Cristo Mismo interpreta la parábola) el miedo a la persecución, el engaño de las riquezas, los afanes de este mundo y los deseos por otras cosas, son los que impiden que esta Semilla crezca en los corazones de muchos. No es que ella no sea suficiente en su propia naturaleza, ya que es la misma que crece y prospera en los corazones de los que la reciben. Así entonces, es manifiesto que aunque todos no son salvos por ella, sin embargo hay una semilla de salvación plantada y sembrada por Dios en el corazón de todos, cuya semilla crecería y redimiría el alma si no fuese ahogada y estorbada.

Con respecto a esta parábola, Víctor de Antioquía (haciendo referencia al cuarto capítulo de Marcos) dice, “Nuestro Señor Cristo ha sembrado generosamente la Semilla divina de la Palabra y la ha ofrecido a todos sin acepción de personas. Así como el que sembraba no distinguía entre una tierra y otra, sino que simplemente arrojaba la semilla sin distinción, asimismo nuestro Salvador ha ofrecido el alimento de la Palabra divina a todos, a pesar de que no ignoraba lo que pasaría con muchos de ellos. En verdad, Él actuaba de tal manera que podía decir con justicia, ‘¿Qué más se podía hacer, que yo no haya hecho?’”

A esto corresponde la parábola de los talentos (Mateo 25), donde él que tenía dos talentos fue aceptado al igual que él que tenía cinco, porque los talentos fueron usados para que el maestro obtuviera ganancias. Y él que tenía un talento pudo haber hecho lo mismo, ya que su talento era de la misma naturaleza que los demás, y era igualmente capaz de producir un incremento proporcional. De modo que, aunque no haya una proporción igual de gracia dada a todos—a unos cinco talentos, a unos dos talentos, y a otros solo uno—sin embargo, se les otorga a todos una cantidad que es suficiente, y lo que se requiere corresponde a lo que se da: “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará.”²³ Él que tenía los dos talentos y devolvió cuatro fue aceptado por el maestro de la misma manera que él que tenía cinco talentos y devolvió diez. Asimismo, el hombre que recibió un talento también habría sido aceptado al devolver dos; porque sin duda uno era capaz de producir dos, así como los dos produjeron cuatro, y los cinco diez.

21 Romanos 10:8

22 Santiago 1:21 — *“ho logos emphutos”*

23 Lucas 12:48

Además, esta Luz salvadora y espiritual es el Evangelio, que el apóstol dice expresamente que se predica “en toda criatura debajo del cielo;” ese mismo “Evangelio del cual Pablo fue hecho ministro.”²⁴ Porque el Evangelio no es la mera declaración de cosas buenas, sino más bien “el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree.”²⁵ A pesar de que la declaración externa del Evangelio a veces se considere como el Evangelio, sin embargo, esto es en un sentido figurado y por una metonimia.²⁶ Porque, para hablar correctamente, el Evangelio es el poder y vida interna que predica buenas nuevas dentro de los corazones de todos los hombres, ofreciéndoles la salvación y buscando redimirlos de sus iniquidades. Por lo tanto, se dice que “es predicado en toda criatura que está debajo del cielo,”²⁷ aunque hay muchos miles de hombres y mujeres a quienes nunca se les ha predicado el evangelio externo.

Por lo tanto, el apóstol Pablo (en Romanos 1), donde dice que, “el Evangelio es el poder de Dios para salvación,” añade que “en él la justicia de Dios es revelada de fe a fe;” y también “es revelada la ira de Dios contra los que detienen la verdad en injusticia.”²⁸ Y es por esta razón que Pablo, en el siguiente versículo, dice “Porque lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos; porque Dios se lo manifestó.”²⁹ Así entonces, lo que de Dios se puede conocer es dado a conocer por el Evangelio, que fue manifestado dentro de ellos. Porque estos de quienes el apóstol está hablando aquí, no se les había predicado el evangelio externo, de modo que era por medio de la manifestación interna del conocimiento de Dios en ellos (que verdaderamente es el Evangelio predicado en el hombre) que “la justicia de Dios es revelada de fe a fe”—es decir, le revela al alma lo que es justo, bueno y recto, y a medida que el alma lo recibe y cree, la justicia llega a revelarse más y más, de un grado de fe a otro. Porque aunque la creación externa declara el poder de Dios, como lo dice el siguiente versículo, sin embargo lo que de Él se puede conocer es manifiesto en el interior, por cuya manifestación interna somos hechos capaces de ver y discernir el eterno poder y deidad en la creación externa. Entonces, al igual que un hombre ciego que no puede ver ni discernir la variedad de formas y colores, ni considerar la belleza de la creación externa, si no fuera por esta Luz y Gracia interna, tampoco podríamos entender las cosas invisibles de Dios a través de la creación visible y externa.

Por lo tanto, Pablo dice primero que, “lo que se conoce acerca de Dios es evidente dentro de ellos” y es en y por *esto* que pueden leer y entender el poder y deidad en esas cosas que son externas y visibles. Aunque algunos insistan en que la creación externa, por sí misma, sin ninguna Luz sobrenatural o salvadora en el corazón, le declara al hombre natural que hay un Dios; sin embargo, digo ¿de qué serviría

24 Colosenses 1:23, Traducción Literal “*εν παση τη κτισει*” es decir “en toda criatura.” Ver RVG, y RV1602P

25 Romanos 1:16

26 Una metonimia es una forma de hablar en la que una cosa o concepto es referido por el nombre de otra cosa que está íntimamente asociada con dicha cosa o concepto. Por ejemplo “la corona” se usa para referirse al poder de un rey; o “la espada” para referirse a la fuerza militar.

27 Colosenses 1:23 RVG, RV1602P

28 Romanos 1:17-18 RV1602P

29 Romanos 1:19 LBLA, y RV1602P

tal conocimiento si no me comunicara también la voluntad y la naturaleza de Dios, y como podría hacer lo que le es agradable? Porque, aunque la creación externa pueda engendrar una persuasión de que existe algún poder o virtud eterna mediante la cual el mundo ha tenido su comienzo, aun así, no me informa lo que es justo, santo y recto, o cómo puedo ser librado de mis tentaciones y afectos corruptos y alcanzar la justicia. Verdaderamente, esto debe ser por alguna manifestación interna en mi corazón. Pero estos Gentiles, de quienes el apóstol habla aquí, sabían distinguir entre el bien y el mal por esa ley y manifestación interna del conocimiento de Dios en ellos, como se demuestra en el siguiente capítulo de Romanos.

El profeta Miqueas, hablando del hombre en general, declara lo siguiente: “Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y ¿qué pide Jehová de ti? Solamente hacer justicia, y amar misericordia, y caminar humildemente con tu Dios.”³⁰ Noten que no les habla del requisito de Dios sin primero asegurarles que Dios les ha mostrado lo que es bueno. Ahora, es debido a que esto les es mostrado a todos los hombres y es manifestado en ellos, que el apóstol puede decir que “la ira de Dios se revela contra los que detienen la Verdad en injusticia;” es decir, detienen la medida de la Verdad, de la Luz, de la Semilla, de la Gracia en ellos, porque “esconden su talento en la tierra,”³¹ o en la parte terrenal e injusta de sus corazones, y no permiten que produzca fruto. En lugar de esto, su medida o Semilla es ahogada con los afanes carnales de esta vida, con el miedo al vituperio, y con el engaño de las riquezas, como se manifiesta en las parábolas mencionadas anteriormente.

Pero el apóstol Pablo expone e ilustra este asunto aún más en Romanos 10, donde declara que la Palabra que predicaba “no está lejos, sino cerca en el corazón y en la boca;” (ahora bien, la Palabra y el Evangelio que predicaba, y del cual era ministro, son uno y el mismo). Luego plantea la objeción común de nuestros adversarios en los versículos 14 y 15: “¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?” Y a esto responde en el versículo 18, diciendo, “Pero digo: ¿No han oído? Antes bien, por toda la tierra ha salido la voz de ellos, y hasta los fines de la tierra sus palabras;”³² dando a entender que este Predicador divino ha hecho oír su voz en los oídos y corazones de todos los hombres. Porque, con respecto a las palabras de los apóstoles, esta afirmación no era cierta, ni en ese momento, ni por muchos cientos de años después. De hecho, hasta donde nosotros sabemos, todavía puede haber naciones y reinos que nunca hayan oído de Cristo o de sus apóstoles externamente.

Esta Palabra interna y poderosa de Dios se describe aún más plenamente en la epístola a los hebreos: “Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.”³³ Aquí las virtudes de esta Palabra espiritual son enumeradas—es viva y eficaz, y es una

30 Miqueas 6:8 RVG

31 Mateo 25:25

32 Romanos 10:18, citando Salmos 19:4

que examina y prueba los corazones de todos. El corazón de ningún hombre queda exento de esto porque el apóstol dice, que “no hay criatura alguna que no es manifiesta a Su vista: antes todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta.”³⁴ Aunque esto, en el sentido más amplio y general se refiere a Dios, sin embargo, en un sentido más particular y directo, habla de Su Palabra o Luz, la cual, al ver todo, claramente está en los corazones de todos.

Por lo tanto, esta Palabra es ese testigo y mensajero fiel de Dios que da testimonio de Dios, y de Su justicia en los corazones de todos los hombres. Porque el Señor “no se dejó a sí mismo sin testimonio”³⁵ y está escrito que Él fue dado “por testigo a los pueblos.”³⁶ Y puesto que esta Palabra da testimonio de Dios, no fue puesta en los hombres solo para condenarlos; porque Aquel que fue dado por testigo, dice el profeta, también es “dado por guía y jefe.”³⁷ La Luz es dada para que todos crean por medio de ella,³⁸ porque “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios,”³⁹ la cual es puesta en el corazón del hombre, tanto para ser un testigo de Dios, como también un medio para llevar al hombre a Dios, a través de la fe y el arrepentimiento. Por ende, se dice que esta Palabra es eficaz, capaz de dividir el alma y el espíritu, y que es como una espada de doble filo que puede cortar la iniquidad y separar lo precioso de lo vil. Y debido a que el corazón del hombre es naturalmente frío y duro, como el hierro, Dios ha puesto esta Palabra en él, que se describe como “un fuego, y como un martillo.”⁴⁰ Y tal como el hierro (siendo frío naturalmente) se calienta por el calor del fuego, y por la fuerza del martillo se ablanda y se moldea de acuerdo a la mente del herrero, asimismo, el corazón frío y duro del hombre se calienta y se ablanda por la virtud y poder de esta Palabra de Dios que está cerca y en el corazón (cuando no es resistida), con el fin de recibir la impresión e imagen celestial.

La mayor parte de los padres de la iglesia ha hablado extensamente acerca de esta Palabra, Semilla, Luz y Voz salvadora, que llama a la salvación, y es capaz de salvar.

Clemente de Alejandría dice, “La Palabra divina ha clamado, llamando a todos, conociendo bien quienes no quieren obedecer. Y, sin embargo (debido a que está en nuestro poder obedecer o no obedecer), para que ninguno alegue el pretexto de la ignorancia, ella ha hecho una invitación justa, y, por lo tanto, solo requiere lo que corresponde a la capacidad y fuerza de cada persona⁴¹ El mismo autor, en su *Advertencia a los Gentiles*, dice “Ese embajador celestial del Señor—la gracia de Dios que trae salvación—se ha

33 Hebreos 4:12

34 Hebreos 4:13 RV1602P

35 Hechos 14:17

36 Isaías 55:4

37 Isaías 55:4 LBLA

38 Juan 1:7

39 Romanos 10:17

40 Jeremías 23:29

41 Lib. 2, Stromat.

manifestado a todos. Esta gracia es la nueva canción venida y manifestación de la Palabra que ahora se muestra a Sí misma en nosotros, la cual era en el principio y era primero que todo.” Y de nuevo, “Escuchen, por lo tanto, ustedes que están lejos; escuchen, ustedes que están cerca; la Palabra no se esconde de ninguno, la Luz es común para todos e ilumina a todos. No hay oscuridad en la Palabra, así que apresurémonos a la salvación, al nuevo nacimiento, para que nosotros, siendo muchos, podamos ser reunidos en el único amor verdadero.”

Justin Mártir, en su primera apología, dice, “que la Palabra que era y es, está en todos; esa misma Palabra que anunciaba de antemano cosas por venir a través de los profetas.”

La Salvación mediante la Operación Interna de la Gracia y la Luz en el Corazón

La tercera proposición que necesita probarse tiene dos partes: *Primero*, que Dios obra la salvación de los hombres únicamente mediante esta Luz, Semilla o Gracia, que hace que ellos participen del beneficio de la muerte de Cristo y de la salvación comprada por Él; y *segundo*, que por la obra y operación de esta misma Gracia y Luz, muchos han sido salvos (y algunos todavía pueden ser salvos) a quienes el Evangelio nunca les ha sido predicado externamente, y quienes (debido a circunstancias inevitables) son completamente ignorantes de la historia externa de Cristo.

Habiendo ya demostrado que Cristo murió por todos, que hay un día de visitación dado a todos los hombres, durante el cual les es posible ser salvos, y que Dios realmente ha dado una medida de Gracia y Luz salvadora a todos, les ha predicado el Evangelio en su interior, y ha puesto la Palabra de fe en sus corazones, el tema de esta proposición ya podría considerarse probado. Sin embargo, para dar una mayor satisfacción a todos los que desean conocer la Verdad y sostenerla conforme está en Jesús, voy a intentar demostrar esto desde dos o tres testimonios claros de la Escritura, y remover las objeciones más comunes que usualmente son traídas en su contra.

I. En cuanto a lo primero, debido a que la mayoría ya lo reconoce, trataré de demostrarlo en pocas palabras. Primero a partir de las palabras de Cristo a Nicodemo, “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”⁴² Ahora bien, este nacimiento no viene por la predicación externa del Evangelio, o por una fe histórica en Cristo; porque muchos tienen esto, y creen firmemente en ello, y, sin embargo, no están ni un poquito regenerados. De hecho, el apóstol Pablo, en su afirmación acerca de la necesidad y excelencia de esta “nueva creación,” deja a un lado, en cierto sentido, el conocimiento externo de Cristo, o el conocimiento de Él según la carne. Él dice, “De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así. De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas

42 Juan 3:3

viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”⁴³ Aquí se manifiesta claramente que Pablo considera el conocimiento de Cristo según la carne como los meros rudimentos, por así decirlo, que los niños espirituales aprenden, y que después, cuando han progresado más, les son de menos utilidad, habiendo llegado a poseer la sustancia misma a la cual apuntaban los primeros preceptos. Ahora bien, como toda comparación tiene sus limitaciones, no voy a afirmar que esta sea válida en todos los aspectos; pero creo que es cierta en este sentido: que así como aquellos que no avanzan más allá de los rudimentos nunca deben considerarse aprendidos, así también los que no van más allá del conocimiento externo de Cristo no heredarán el reino de los cielos. Sin embargo, aquellos que han llegado a conocer este nuevo nacimiento, a estar verdaderamente en Cristo, a ser una nueva criatura en la que “las cosas viejas pasaron, y todas son hechas nuevas,” pueden con confianza decir con el apóstol: “aunque hemos conocido a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así.”

Ahora bien, esta nueva criatura procede de la obra de la Luz y Gracia de Cristo en el corazón. Es engendrada por esa Palabra que es cortante y penetrante (de la cual hemos hablado), la Palabra implantada que puede salvar el alma. Cristo compró para nosotros esta Semilla santa, para que por ella se produzca un nacimiento; y esto es lo que el apóstol Pablo llama “la manifestación del Espíritu dada a cada uno para provecho.”⁴⁴

El apóstol Pedro también le atribuye este nacimiento a la misma Semilla y Palabra de Dios, diciendo, “Pues habéis nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible, es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece.”⁴⁵ Aunque esta Semilla sea pequeña en su apariencia, tanto que Cristo la compara con un “grano de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas,”⁴⁶ y aunque esté escondida en la parte terrenal del corazón del hombre, aun así, la vida y salvación para con los hijos de los hombres están envueltas ahí, y llegan a revelarse a medida que le dan paso. Y en esta Semilla que está en los corazones de todos los hombres se encuentra el Reino de Dios, como en una capacidad de ser conocido y exhibido según ella obtiene profundidad, es nutrida y no es ahogada. Es por eso que Cristo dijo que el Reino de Dios estaba incluso en los Fariseos⁴⁷ quienes se opusieron a Él, y lo resistieron, y fueron considerados justamente como serpientes y como una generación de víboras. Ahora bien, el Reino de Dios solo pudo haber estado en estos hombres en forma de una semilla, de la misma manera que el incremento a treinta y a ciento por uno estaban envueltos en la pequeña semilla que estaba junto al camino, y no brotó por falta de alimento. Y así como el cuerpo completo de un gran árbol está potencialmente envuelto en la semilla del árbol, y luego es formado en su debido tiempo; y así como la capacidad de un hombre o de una mujer no está solamente en un niño, sino inclusive en el mismo

43 2 Corintios 5:16-17

44 1 Corintios 12:7

45 1 Pedro 1:23 LBLA

46 Mateo 13:31-32

47 Lucas 17:20-21

embrión, así el Reino de Jesucristo, sí, Jesucristo mismo—“Cristo en vosotros, la esperanza de Gloria,” quien se vuelve la sabiduría, la justicia, la santificación y la redención—es sembrado en el corazón de cada hombre, dentro de esa pequeña Semilla incorruptible, listo para ser formado a medida que sea abrazado y “recibido en amor.”⁴⁸ Porque ningún hombre puede ser peor que esos Fariseos rebeldes e incrédulos; y sin embargo este Reino estaba dentro de ellos como una semilla, y ellos fueron dirigidos a buscarlo allí. Por lo tanto, no es ni “helo aquí” ni “helo allí,” en esta o la otra observancia, que se conoce el reino, sino solo en la medida que esta Semilla de Dios en el corazón sea atendida y amada. Y ciertamente, es porque esta Luz, Semilla o Gracia que aparece en el corazón del hombre es tan poco estimada y tan despreciada, que muy pocos experimentan a Cristo engendrado y formado en ellos.

Los calvinistas consideran la gracia como un poder irresistible, y por lo tanto descuidan y menosprecian esta Semilla eterna del Reino en sus corazones, considerándola como una cosa baja, insuficiente e inútil en relación a su salvación. Por otro lado, los católicos, arminianos, y socinianos buscan exaltar su poder y voluntad naturales, y de común acuerdo niegan que esta pequeña Semilla, esta pequeña aparición de la Luz, pueda ser esa gracia sobrenatural y salvadora de Dios dada a cada hombre para salvación. Por consiguiente, el dicho del Señor Jesucristo es verificado en ellos: “Y esta es la condenación del mundo: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz,” y se añade la razón: “porque sus obras son malas.”⁴⁹ Todos confiesan que sienten esta condenación por el mal, pero no quieren reconocer que esto viene de la virtud de la gracia. Algunos la llaman la razón; otros la conciencia natural; otros la llaman una reliquia de la imagen de Dios que quedó en Adán. De este modo, así como Cristo se encontró con la oposición de todo tipo de profesantes en Su aparición externa, también ahora se encuentra con lo mismo en Su aparición interna. Fue la humildad y sencillez de Su hombre exterior lo que hizo que muchos lo despreciaran, diciendo, “¿No es este el hijo del carpintero? ¿No están todos sus hermanos y hermanas con nosotros? ¿No es este un Galileo? ¿Alguna vez se ha levantado profeta de Galilea?” y otros razonamientos similares. Porque ellos esperaban un libertador externo que, como un príncipe, los libertara con mucha facilidad de sus enemigos externos, y no tal Mesías que fuera crucificado vergonzosamente y, en cierto sentido, los llevara a tantos dolores, tribulaciones y aflicciones.

De la misma manera ahora, la humildad y sencillez de la apariencia interna de Cristo, hace que los Jesuitas astutos, los Socinianos racionales y los arminianos aprendidos lo desprecien, deseando en su lugar algo sobre lo que puedan ejercitar su sutileza, razón y conocimiento, y además usar la libertad de sus propias voluntades. Y los calvinistas (que se sienten muy seguros) quieren tener un Cristo que los salve sin tener que pasar por ninguna aflicción. Quieren que Él destruya por ellos a todos sus enemigos externos y no haga nada o muy poco internamente, mientras viven seguros y tranquilos en sus pecados. Pero cuando todo esto se examina bien, la causa es evidente: es “porque sus obras son malas” que ellos de común acuerdo rechazan esta Luz—porque ella reprueba y reprende en secreto, incluso al más sabio y aprendido

48 2 Tesalonicenses 2:10

49 Juan 3:19

de ellos. De hecho, toda su lógica no puede silenciarla, ni el más seguro entre ellos puede impedir que Su voz clame y los reprenda internamente, a pesar de toda la confianza que tengan en el conocimiento externo de Cristo. Porque como hemos demostrado, en algún día o tiempo la Luz contiene y lucha con todos; y es la naturaleza no crucificada, la primera naturaleza (el viejo Adán) que todavía vive en el más sabio y aprendido, en el más celoso por el conocimiento externo de Cristo, que la niega, la desprecia y la tapa para su propia condenación. Estos, por lo tanto, caen bajo esta descripción: “Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”⁵⁰ Por lo tanto, ahora, a partir de una experiencia verdadera y certera, se puede decir lo mismo que fue dicho en la antigüedad: “La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo.”⁵¹

Gloria a Dios por siempre, quien se ha levantado nuevamente para litigar con las naciones, y, por lo tanto, nos ha enviado a predicar el Evangelio eterno a todos—Cristo cerca de todos, la Luz en todos, la Semilla sembrada en los corazones de todos, para que los hombres vengan y se entreguen a ella. Y nos regocijamos por haber sido llevados a dejar nuestra sabiduría y conocimiento (aquellos de nosotros que hemos tenido algo de eso) y nuestro razonamiento carnal, para aprender de Jesús y sentarnos a Sus pies en nuestros corazones y escucharlo, quien hace manifiestas todas las cosas allí, y las reprueba con Su Luz.⁵² Porque muchos son sabios y aprendidos en nociones, en la letra de la Escritura (como lo eran los fariseos), y pueden hablar mucho de Cristo, y contender fuertemente contra los infieles, los turcos y los judíos, y quizás contra algunas herejías, quienes al mismo tiempo están crucificando a Cristo en la pequeña aparición de Su Semilla en sus corazones. ¡Oh sería mucho mejor ser despojado y desnudado de todo, y tenerlo todo como basura y escoria, y hacerse ignorante por el amor de Cristo! Entonces sentirían a Cristo enseñándoles en sus corazones; lo experimentarían resucitado allí, sentirían la virtud de Su cruz allí, y dirían con el apóstol, “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.”⁵³ Esto es mejor que escribir miles de comentarios y predicar una multitud de sermones.

Y en verdad, es debido a la operación de esta cruz en nuestros corazones que hemos negado nuestra propia sabiduría y voluntad en muchas cosas, y dejado las adoraciones, modas y costumbres vanas de este mundo. Durante estos últimos siglos el mundo ha estado lleno de un conocimiento de Cristo seco, infructífero y estéril, alimentándose de la cáscara y menospreciando el grano, yendo en pos de la sombra, pero siendo extraños a la sustancia. Al diablo no le importa cuánto abunde este conocimiento sin vida, con tal de que siga poseyendo el corazón y gobernando en la voluntad, crucificando la aparición de Cristo internamente, y así impedir que la Semilla del Reino eche raíces. De hecho, él los ha hecho mirar hacia afuera, diciendo, “helo aquí” y “helo allí,” y pelear en un celo falso uno contra otro, conteniendo por esta

50 Juan 3:20

51 Salmos 118:22; Mateo 21:42; Marcos 12:10; Lucas 20:17; Hechos 4:11

52 Efesios 5:13 RV1602P

53 Gálatas 6:14

o aquella práctica religiosa, buscando a Cristo en esta o la otra cosa externa, tales como el pan y el vino. Algunos dicen que es este el camino; otros dicen que es otro; algunos dicen que Él está en la Escrituras y en los libros, otros dicen que en sociedades, en peregrinaciones y en obras. Y otros, confiando en una fe externa y estéril, piensan que todo está bien con solo creer firmemente que El murió por sus pecados—pasados, presentes y futuros—mientras que Cristo yace crucificado y enterrado dentro de ellos, y Su aparición en sus corazones es resistida y opuesta diariamente.

Y es a partir de la consciencia de esta ceguera e ignorancia que ha venido sobre el cristianismo, que el Señor nos ha inspirado y movido tan constante y frecuentemente a llamarlos a todos, invitarlos a todos y pedirles a todos que se vuelvan a la Luz en ellos, que crean en la Luz de Cristo en ellos y le presten atención. Y en el nombre, poder y autoridad del Señor—no en argumentos escolares ni distinciones elevadas—les exhortamos y dirigimos a dejar a un lado su propia sabiduría, a descender de ese conocimiento orgulloso, inflado y mental, a cerrar sus bocas (sin importar cuán elocuentes le parezcan al oído del mundo), a quedarse en silencio y sentarse como en el polvo, y a atender la Luz de Cristo en sus propias conciencias. Si ellos le prestaran atención a Cristo de esta manera, lo hallarían como una espada aguda de dos filos en sus corazones, y como un fuego y un martillo que golpearía y quemaría todas esas cosas carnales y naturales que han amontonado, y haría que hasta los más fuertes de ellos tiemblen y se vuelvan “Cuáqueros”⁵⁴ en verdad. Por desgracia, los que no están dispuestos a sentir esto ahora, ni a honrar al Hijo mientras que dure su día, sino que endurecen sus corazones, ciertamente serán forzados a sentir la Verdad cuando ya sea demasiado tarde. Por lo tanto, como dice el apóstol, “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?”⁵⁵

La Obra de la Gracia en Aquellos Que No Han Oído

II. En segundo lugar, lo que ahora falta por probar es lo siguiente: que por la operación de esta Luz y Semilla, algunos a quienes no se les ha predicado el Evangelio externamente y que no conocen la historia de Cristo externamente han sido salvos, y que otros todavía podrían serlo de la misma manera. Para hacer esto más fácil, ya hemos mostrado cómo Cristo murió por todos los hombres y les ha dado a todos una medida de Luz y Gracia salvadora, de modo que el Evangelio les es predicado dentro de ellos (aunque no necesariamente de una manera externa), poniendo a todos los hombres en una posibilidad de alcanzar la salvación.

Además de esos argumentos que ya han sido usados para demostrar que todos los hombres tienen una medida de gracia salvadora, voy a agregar este otro: a saber, ese excelente dicho del apóstol Pablo a Tito,

54 La palabra *Cuáqueros* es una traducción de la palabra inglesa *Quakers*, que significa, “los que tiemblan” ante Dios.

55 2 Corintios 13:5

“Porque la gracia de Dios que trae salvación se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, vivamos en este presente mundo, sobria, justa y piadosamente”⁵⁶ Nada podría ser más claro que esta declaración, ya que comprende ambas partes de la controversia. Primero, afirma claramente que esto no es ningún principio o luz natural, sino más bien, “la gracia de Dios que trae salvación.”⁵⁷ Segundo, no dice que se ha manifestado solo a unos pocos, sino a todos los hombres. Además, el fruto de esta gracia muestra lo poderosa que es, puesto que comprende todo el deber del hombre. Primero nos enseña a abandonar el mal, a negar la impiedad y los deseos mundanos; y luego enseña nuestro deber en todas las cosas: Primero, que vivamos sobriamente, lo cual comprende templanza, castidad, mansedumbre y las cosas relacionadas con uno mismo. Segundo, que vivamos justamente, lo cual comprende la equidad, la justicia y la honestidad, y aquellas cosas relacionadas con nuestro prójimo. Y, por último, que vivamos piadosamente, lo cual comprende la piedad, la fidelidad y la devoción, que son los deberes vinculados a Dios. Por lo tanto, no hay nada que se requiera del hombre, o que sea necesario para el hombre, que esta gracia no enseñe.

Aunque esto podría ser suficiente, sin embargo, para ponerlo más allá de toda duda, voy a dar como ejemplo otro dicho del mismo apóstol: “Así que, como por el pecado de uno vino la condenación a todos los hombres, así también, por la justicia de uno, vino la gracia a todos los hombres para justificación de vida.”⁵⁸ De aquí se puede ver claramente: que así como todos los hombres han sufrido una pérdida por causa de Adán, que lleva a la condenación, así también todos los hombres han recibido de Cristo un don que lleva a la justificación. Y si este don de Cristo es recibido y obedecido, entonces todos los hombres, incluso aquellos que carecen del conocimiento externo de Cristo, pueden ser salvos;⁵⁹ y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él.” (Juan 14:22-23)] porque Él fue dado como una “Luz para revelación a los gentiles, para que sea Su salvación hasta lo postrero de la tierra.”⁶⁰

Objeción: La objeción más común contra esta doctrina es sacada de las palabras de Pedro, “no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”⁶¹ Por ende, los paganos que no conocen este nombre no pueden ser salvos.

Respuesta: Aunque ellos no conocen Su nombre externamente, aun así, pueden conocer el nombre de Jesús (que significa Salvador) internamente, al sentir su virtud y poder librándolos del pecado y de la iniquidad en sus corazones. Confieso que no hay otro nombre por el cual se puede ser salvo; pero la

56 Tito 2:11-12 RVG

57 Tito 2:11 RV RVG

58 Romanos 5:18 RVG

59 Nota del Editor: A esto se le puede añadir la siguiente escritura como una prueba más: “Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará [es decir, la Palabra implantada, gracia, o luz

60 Isaías 49:6, Véase también Isaías 42:6, 60:3; Lucas 2:32; Hechos 13:47

61 Hechos 4:12

salvación no depende de un conocimiento literal y externo, sino de un conocimiento por experiencia. Aquellos que tienen el conocimiento literal no son salvos por él sin el conocimiento real y vivo de Jesús. Sin embargo, los que tienen el conocimiento real e interno pueden ser salvos sin el nombre externo, como lo demostrarán más ampliamente los argumentos a continuación. Porque si el conocimiento externo de Cristo fuera necesario antes de que los hombres pudieran recibir algún beneficio de Él, entonces (por la regla de contrarios) los hombres no podrían sufrir ningún daño salvo por el conocimiento externo de la caída de Adán. Pero la experiencia muestra lo contrario; porque, ¿cuántos millones que no tienen ni idea de que alguna vez existió tal hombre en el mundo, o que haya comido del fruto prohibido, han sido afectados por la caída de Adán? Entonces, ¿por qué algunos no podrían ser salvos mediante el don y gracia de Cristo en ellos, haciéndolos justos y santos, aunque no sepan con claridad como ese don les fue comprado por la muerte y sufrimientos de Jesús, quien fue crucificado en Jerusalén—especialmente en los casos en los que Dios Mismo les ha hecho imposible el conocimiento externo? Muchos son asesinados por un veneno puesto en su comida, aunque no sepan ni cuál era el veneno, ni quién lo puso. De la misma manera, muchos son curados de sus enfermedades con buenos remedios, aunque no sepan cómo se prepara la medicina, ni cuáles son sus ingredientes, ni muchas veces quién la fabricó. Lo mismo se puede decir en cosas espirituales, como lo mostraremos más adelante.

Ahora bien, hasta nuestros adversarios confiesan de buena gana que muchos bebés y personas con discapacidad mental son salvos sin el conocimiento externo de Cristo. Aquí ellos quiebran su regla general, y no pueden alegar que es porque estos están libres de pecado, puesto que también afirman que todos los bebés merecen condenación y son realmente culpables ante los ojos de Dios debido al pecado de Adán. Y con respecto a las personas con discapacidad mental, la experiencia nos muestra que, al igual que otros hombres, estas personas son propensas a muchas iniquidades comunes.

Objeción: Si alguien dijera que estos niños son hijos de padres creyentes:

Respuesta: ¿Y entonces qué? Ninguno de ellos se atrevería a decir que los padres les transmiten gracia a sus hijos. ¿Y no afirman todos nuestros adversarios que los hijos de padres creyentes son culpables del pecado original, y merecen la muerte, así como los demás?

Objeción: Y si ellos además alegaran que estos niños están dentro del seno de la iglesia visible, y son partícipes de los sacramentos:

Respuesta: Nada de esto implica que sean salvos; porque (como todos los profesantes confiesan) estos sacramentos no otorgan gracia sin la fe del recipiente. Y ¿acaso no reconocerán también que hay muchos otros en el “seno de la iglesia visible,” que claramente no son miembros de ella?

Pero si nuestros opositores están dispuestos a extender esta caridad hacia los bebés y las personas con discapacidad mental, de modo que estos sean considerados capaces de ser salvos debido a que están bajo una simple imposibilidad de conocer los medios de salvación, ¿qué razón podría alegarse para explicar por qué no debería concederse la misma caridad a los que *son* capaces de comprender, mas nunca han

oído el evangelio externo e histórico? ¿No tiene un hombre en China o en India (que no sabe algo que nunca escuchó) una excusa igualmente válida como la persona discapacitada que no puede oír o el bebé que no puede entender?

Pero la verdad de nuestra doctrina se manifiesta evidentemente por el dicho de Pedro en Hechos: “Ciertamente ahora entiendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación el que le teme y hace lo justo, le es acepto.”⁶² Pedro antes era propenso a ese error en el que estaban el resto de los judíos, que consideraban que todos eran inmundos excepto ellos, y que ningún hombre podía ser salvo sin antes convertirse a su religión y circuncidarse. Pero Dios le mostró a Pedro lo contrario en una visión, y le enseñó a no llamar común o inmundo lo que Él había limpiado. Y, por lo tanto, Pedro, al ver que Dios había escuchado las oraciones de Cornelio, quien no conocía la ley externa, ni a Jesucristo, comprendió que Dios lo había aceptado. Y puesto que está escrito que Cornelio temía a Dios antes de tener este conocimiento externo, Pedro concluye que Dios acepta a cualquiera, de cualquier nación, sin acepción de personas, que le tema y haga lo justo por medio de Él. Ahora bien, ya hemos demostrado que a todo hombre se le ha dado una medida de gracia por la cual puede vivir piadosa y justamente. Y, por ende, vemos que por esta gracia Cornelio vivía así, y fue aceptado, y que sus oraciones subieron para memoria delante de Dios, incluso antes de que tuviera este conocimiento externo.

Además, ¿no era Job un “hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal”?⁶³ ¿Quién le enseñó a Job estas cosas? ¿Cómo supo de la caída de Adán?⁶⁴ ¿Y de cuál Escritura obtuvo ese excelente conocimiento y fe por los que sabía que su Redentor vivía? La mayoría cree que él vivió antes de Moisés, entonces ¿no debió haber sido la gracia interna en el corazón lo que le enseñaba a Job a apartarse del mal y a temer a Dios? Observen cómo reprendió la maldad de los hombres (capítulo 24). Y después de narrar la iniquidad de ellos ¿no los condena por “rebelarse contra la Luz,” y por “no conocer sus caminos, ni estar en sus veredas”?⁶⁵ Por lo tanto, es evidente que Job creía que los hombres tenían una Luz, y que ellos no la conocían, ni estaban en sus veredas porque se rebelaban contra ella. Y también a los amigos de Job (aunque erraron en algunas cosas) ¿quién les enseñó todos los excelentes dichos y conocimiento que tenían? ¿No se los dio Dios con el fin de salvarlos? ¿Quién le enseñó a Eliú que “hay un espíritu en el hombre, y que el soplo del Omnipotente le hace que entienda,”⁶⁶ O que “El espíritu de Dios me hizo, y que el soplo del Omnipotente me dio vida.”⁶⁷ ¿Y no aceptó el Señor un sacrificio por ellos al final?⁶⁸ ¿Quién se atreve a decir que ellos están condenados?

62 Hechos 10:34-35 LBLA

63 Job 1:1

64 Job 31:33 RVG, RV1602 P, LBLA

65 Job 24:13

66 Job 32:8

67 Job 33:4

68 Job 42:8

Pero el apóstol pone esta controversia fuera de duda, ya que (si podemos creer en su clara afirmación) nos dice que algunos gentiles en verdad “hicieron lo que es de la ley.”⁶⁹ De todo lo cual argumento como sigue:

- *En toda nación, el que teme a Dios y hace lo justo, es aceptado.*
- *Pero algunos de los paganos temieron a Dios, e hicieron lo justo por medio de Él.*
- *Por lo tanto, ellos fueron aceptados.*

¿Podría haber algo más claro? Y esto se muestra aún más claramente en otro versículo tomado del mismo capítulo (v. 13) que dice así: “los hacedores de la Ley serán justificados.” De lo cual, a partir de pura Escritura, argumento de esta manera:

- *Los hacedores de la Ley serán justificados*
- *Pero algunos de los Gentiles hicieron lo que es de la Ley, mostrando que la obra de la Ley estaba escrita en sus corazones.*⁷⁰
- *Por lo tanto, estos fueron justificados*

Pablo, a través de todo ese capítulo, se esfuerza como si estuviera conteniendo en este momento contra nuestros adversarios, con el fin de confirmar esta doctrina. Él dice, “tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay aceptación de personas para con Dios.”⁷¹ Aquí el apóstol confirma claramente las palabras de Pedro a Cornelio (antes mencionadas), mostrando que tanto los que tienen una ley externa como los que no la tienen, cuando hacen lo bueno,⁷² serán justificados. Así que (a menos que pensemos que Pablo no quiso decir lo que claramente dijo) podemos concluir con confianza que estos gentiles fueron justificados, y participaron de esa “gloria, honra y paz, que viene sobre todo el que hace lo bueno.”⁷³ Y entonces vemos, que así como tener el conocimiento externo de Cristo no puede salvar sin tener lo interno, tampoco la falta de conocimiento externo puede condenar a los que tienen lo interno. Y en estas escrituras se evidencia que muchos de los que han carecido del conocimiento externo, han llegado verdaderamente a conocer el

69 Romanos 2:14

70 Romanos 2:15

71 Romanos 2:9-11

72 Nota del Editor: Con “hacer lo bueno” Barclay no se refiere a las llamadas buenas obras del hombre caído, sino al bien que resulta de recibir y entregarse a las manifestaciones internas de la Gracia, la Luz o la Semilla de Dios (como fue explicado anteriormente) por la cual el alma es sacada del pecado y la corrupción, y hecha una nueva creación.

73 Romanos 2:10

evangelio internamente, en virtud de la obra de esa Gracia y Luz dada a todo hombre. Por la operación de esta gracia (al ser recibida y atendida) estos gentiles abandonaron la iniquidad y crecieron hasta llegar a la verdadera justicia y santidad (como fue demostrado anteriormente). Aunque no conocían la historia de la caída de Adán, sin embargo, eran conscientes en sí mismos de la pérdida que habían sufrido debido a ella, sintiendo su inclinación al pecado y el poder del “cuerpo de pecado”⁷⁴ obrando en ellos. Y de la misma manera, aunque no conocían la venida externa de Cristo, aun así, eran conscientes de ese poder y salvación internos que vienen por Él, tanto antes como después de Su aparición en la carne.

Por último, me pregunto si aquellos que insisten en que el conocimiento externo de Cristo es necesario para la salvación, pueden probar que todos los patriarcas y los padres antes de Moisés tenían algún conocimiento distintivo de Adán o de Cristo. Porque viendo que Moisés ciertamente escribió acerca de Adán por revelación, es difícil creer que antes de él los patriarcas supieran algo de la historia del árbol del conocimiento del bien y del mal, o de que Adán comiera el fruto prohibido; y mucho menos de Cristo, que Él iba a nacer de una virgen, ser crucificado, resucitado, etc.

Unos Pocos Ejemplos de Escritores Antiguos

Así vemos que es la obra interna lo que da el conocimiento verdadero, y no la historia y Escritura externa, y por esta Luz interna muchos de los gentiles filósofos eran conscientes de la pérdida sufrida por Adán, aunque no conocían la historia externa. Es por esto que Platón afirmó que: “El alma del hombre ha caído en una cueva oscura, donde solo se comunica con sombras.” Pitágoras dijo, “El hombre divaga en este mundo como un extranjero, desterrado de la presencia de Dios.” Y Plotino comparó “el alma del hombre, que cayó de Dios, con una carbonilla, o carbón muerto, del cual se ha extinguido el fuego.” Algunos de ellos dijeron que “las alas del alma fueron cortadas o se han caído, para que ellos no pudieran volar a Dios.” Estas, y muchas otras expresiones podrían ser extraídas de sus escritos para mostrar que ellos no carecían de un sentido de su pérdida, y de la gran caída del hombre de la presencia de Dios.

Estos también experimentaron algo del conocimiento o descubrimiento de Jesucristo en su interior como el remedio dentro de ellos, dado para liberarlos de esa semilla maligna, y de las inclinaciones malvadas de sus propios corazones, aunque no usaron estos nombres específicos. Algunos lo llamaron un Santo Espíritu, como Séneca, que dijo, “Hay un Santo Espíritu en nosotros que se acerca a nosotros según nosotros nos acercamos a Él.”⁷⁵ Cicerón lo llama una “luz innata, constante y eterna, que llama al deber con un mandato, y disuade del engaño prohibiéndolo.”⁷⁶ Más adelante añade que esta luz “no puede ser abrogada, ni ninguno puede librarse de ella, ni por el senado ni por el pueblo; porque ella es una, eterna

74 Romanos 6:6

75 Epístola 41

76 De República, ciudad

y la misma siempre para todas las naciones, de modo que no hay una en Roma y otra en Atenas. El que no la quiere obedecer tendrá que intentar huir de sí mismo, y en esto será atormentado grandemente, aunque logre escapar de cualquier otro castigo.” Plotino también lo llama Luz, diciendo que “tal como el sol no se puede conocer sino por su propia luz, así Dios no puede conocerse sino por Su propia Luz. Y así como el ojo no puede ver el sol sino al recibir su imagen, tampoco el hombre puede conocer a Dios sino al recibir Su imagen. Por lo tanto, le corresponde al hombre llegar a la pureza de corazón antes de que pueda conocer a Dios.” En otros lugares lo llama “Sabiduría,” un nombre que frecuentemente se le da en las Escrituras—véase Proverbios 1:20 hasta el final; y Proverbios 8:9-34, donde se dice que la Sabiduría clama, ruega e invita a todos a venir a ella y aprender de ella. ¿Y quién es esta Sabiduría sino Cristo? En consecuencia, aquellos entre los paganos que llegaron a abandonar el mal y a adherirse a la justicia, fueron llamados “filósofos,” es decir, amantes de la sabiduría. Ellos sabían que esta sabiduría estaba cerca de ellos, y que “el mejor conocimiento de Dios y de los misterios divinos viene por la inspiración de la sabiduría de Dios.”⁷⁷

Se podrían dar muchos más ejemplos de este tipo, por los cuales se evidencia que algunos de estos hombres conocieron a Cristo, y que por Su operación en ellos fueron sacados de la injusticia y llevados a la justicia, y a amar ese poder por el que se sentían redimidos. Así, como el apóstol dijo, “estos mostraron la obra de la ley escrita en sus corazones,” e “hicieron lo que es de la ley,” y así, sin ninguna duda, fueron justificados y salvados por el poder de Cristo en ellos. Y así como este era el juicio del apóstol, también era la creencia de los primeros cristianos. Por esta razón, Justino Mártir no dudó en llamar a Sócrates cristiano, diciendo que “todos los que han vivido conforme a la Palabra divina en ellos, que está en todos los hombres, han sido cristianos, como Sócrates y Heráclito, y otros entre los Griegos.”

Agustino dijo, “No creo que los judíos se atrevan a afirmar que ninguno era de Dios salvo los israelitas.”⁷⁷ Y refiriéndose a estas palabras, Ludovico Vives dice: “Así que los Gentiles, que no tenían ley, eran una ley para sí mismos; y la luz de los que viven de esta manera es el don de Dios, y procede del Hijo, que, como está escrito, alumbró a todo hombre que viene a este mundo.”

Conclusión

Viendo pues, que es por este Don, Gracia y Luz interior, que aquellos a quienes se les ha predicado el evangelio llegan a tener a Jesús engendrado en ellos, y a tener el uso correcto y santificado de todas las ayudas y ventajas externas (es decir, las Escrituras, las enseñanzas, etc.); y también, que es por esta misma Luz, que Dios llama, invita y contiene con todos en un día de visitación, deseando la salvación de incluso aquellos a quienes Él les ha retenido el conocimiento externo del evangelio; nosotros, por lo tanto, habiendo experimentado la obra interna y poderosa de esta Luz en nuestros corazones—a saber,

⁷⁷ Ciudad de Dios, libro 18, capítulo 47.

Jesucristo revelado en nosotros—no podemos cesar de proclamar el Día del Señor que se ha levantado en nosotros, clamando junto con la mujer Samaritana; “Venid, ved a Uno que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo?”⁷⁸ Esto lo hacemos para que otros puedan llegar a la misma cosa en sí mismos, y experimentarla, y para que sepan que esta pequeña cosa que los reprueba en sus corazones (por mucho que la hayan despreciado y rechazado), no es nada menos que el Evangelio predicado en ellos—“Cristo, la sabiduría y poder de Dios,” buscando salvar sus almas en, y a través de, Su Semilla.

Agustino, por lo tanto, habla de esta Luz en sus Confesiones, de la siguiente manera: “En el principio, oh Dios, hiciste los cielos y la tierra, en Tu Palabra, en Tu Hijo, en Tu Virtud, en Tu Sabiduría, hablando y obrando maravillosamente. ¿Quién podrá comprenderla? ¿Quién podrá declararla? ¿Qué es eso que brilla dentro de mí y golpea mi corazón sin herirlo, ante lo cual tiemblo y me enciendo de amor? Tiemblo, en la medida en que no soy como Él; y me enciendo de amor en la medida en que soy hecho semejante a Él. Es la Sabiduría, que brilla dentro de mí y disipa mi neblina, que me había cubierto otra vez, después de que fui separado de esa oscuridad y de la gran cantidad de mis castigos.”⁷⁹ Y nuevamente dice, “Muy tarde Te he amado, o Hermosura tan antigua y tan nueva; tarde Te he amado. ¡Y he aquí que Tú estabas adentro, y yo afuera, y ahí Te estaba buscando! Me llamaste y clamaste, y quebraste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera.”

De esto también habla nuestro compatriota, George Buchanan, como sigue: “Realmente no entiendo otra cosa en este momento aparte de esa Luz que está infundida divinamente en nuestras almas. Porque cuando Dios formó al hombre, no solo le dio ojos para su cuerpo, por los cuales podría evitar las cosas que le son dañinas, y seguir las cosas que son provechosas, sino que también ha puesto delante de su mente, por así decirlo, una Luz certera, por la cual puede discernir entre las cosas que son viles y las cosas que son honestas. Algunos llaman a esto un poder natural, otros la ley de la naturaleza; en verdad, yo considero que es algo divino, y estoy persuadido que la naturaleza y la sabiduría nunca dicen cosas contrarias. Además, en esta luz Dios nos ha dado un resumen de la ley, que en pocas palabras comprende el todo, a saber: que debemos amarlo de corazón, y amar a nuestros prójimos como a nosotros mismos. Y todos los libros de las Sagradas Escrituras que hablan de la formación de la conducta, no contienen más que una explicación más detallada de esta única ley.”⁸⁰

Esta es la Luz, Gracia o Palabra universal y evangélica en y por la cual se manifiesta la salvación de Cristo a todos los hombres, tanto judíos como gentiles, escitas como bárbaros, de cualquier país o pueblo que sean. Por lo tanto, Dios ha levantado para Sí mismo, en esta nuestra era, testigos y evangelistas fieles para que prediquen nuevamente Su Evangelio Eterno, y dirijan a todos—desde los profesantes soberbios del cristianismo que se jactan de la Ley y de las Escrituras y de su conocimiento externo de Cristo, hasta

78 Juan 4:29

79 Lib. 11, cap.9

80 De Jure Regni apud Scotos

los infieles y paganos que no lo conocen de esa manera—a que se vuelvan a la Luz en ellos, y conozcan a Cristo en ellos, a quien Santiago llama “el Justo [*ton Dikaion*], a quien han condenado y matado” durante tanto tiempo; para que estos dejen sus pecados, sus iniquidades, su fe falsa, sus pretensiones y su justicia externa, para que todo esto sea crucificado mediante el poder de Su cruz en ellos, y así conozcan a Cristo dentro de ellos como la “esperanza de gloria,” y lleguen a caminar en Su Luz y ser salvos, porque Él es “la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo.”⁸¹

Capítulo V

Respecto a la Justificación

Después de hablar de la muerte de Cristo y de la gracia que fue comunicada por dicha muerte, la doctrina de la justificación es lo siguiente que viene en orden. Muchas son las disputas entre los llamados cristianos acerca de la justificación; pero sin duda, si todos realmente le hubieran prestado atención a ese poder que justifica, habría menos escándalo respecto a las diversas nociones y opiniones. Primero, voy examinar brevemente la controversia tal como se encuentra entre otros, y como a menudo y con seriedad la he considerado. Luego estableceré lo que se relaciona con nosotros de esta controversia, mostrando nuestro entendimiento y juicio de ella. Y, por último, probaré nuestra postura (si el Señor lo permite) con varios testimonios de la Escritura, y con la experiencia verdadera de todos los que alguna vez fueron realmente justificados.

Yo supongo que ningún Cristiano Protestante niega que la doctrina de la justificación haya sido corrompida por la iglesia de Roma, porque se muestra de manera evidente, y se enseña abiertamente entre los católicos, que se obtiene remisión de pecados y justificación por los méritos de Cristo, según estos le son aplicados a través del uso de los sacramentos de la iglesia, y comunicados en la ejecución de diversas ceremonias, peregrinajes, indulgencias, oraciones, penitencias y otras obras, incluso cuando no haya renovación interna de la mente, ni experiencia de Cristo formado internamente; de modo que su justificación proviene de algo fuera de ellos, y no de Alguien dentro de ellos. Estos dicen ser perdonados y hechos justos por la virtud del sacramento mismo, y por la autoridad de un sacerdote que los declara absueltos. En verdad, Lutero tenía buenas razones para oponerse a ellos en este asunto, y si él mismo no hubiera corrido hacia al otro extremo (del cual hablaremos después) su obra habría sido mejor. Porque en esto, como en muchas otras cosas, él es más digno de elogio por lo que derribó de Babilonia que por lo que él mismo edificó.

81 Juan 1:9 RVG

Los Protestantes dicen que “obtienen remisión de sus pecados y están justificados ante la vista de Dios, por la virtud de los méritos y sufrimientos de Cristo; no por Su justicia infundida en ellos, sino por el perdón de sus pecados, y por considerarlos y aceptarlos como justos; no por algo forjado en ellos, o hecho por ellos, sino porque les imputa la obediencia y satisfacción de Cristo a través de la fe; cuya fe no tienen por sí mismos, pues es el don de Dios.”¹

Por lo tanto, vemos que la justificación de ambos, católicos y protestantes, no está puesta en alguna renovación interna de la mente, ni en la virtud de algún nacimiento o formación espiritual de Cristo dentro de ellos, sino solo en una simple aplicación de Su muerte y sufrimientos que fueron realizados externamente por ellos. Los protestantes se aferran a una fe que les es dada, y esperan ser justificados únicamente por ella; los católicos esperan hacer que la muerte de Cristo sea efectiva para ellos mediante la realización de algunas oraciones y ceremonias externas. Yo reconozco, sin embargo (porque no quiero agraviar a nadie), que algunos católicos y protestantes modernos han dicho algunas cosas mejores acerca de la necesidad de la santidad interna, quienes han llegado cerca de la Verdad (como aparecerá más adelante, por algunas citas de sus escritos).

Nuestra Postura

En cuanto a nuestra postura en este asunto: En primer lugar, renunciamos a la idea de que haya algún poder o habilidad natural en nosotros mismos para sacarnos fuera de nuestra condición perdida y caída, es decir, de nuestra primera naturaleza; y confesamos que no somos capaces de hacer nada bueno por nosotros mismos. Y además de esto, nos consideramos completamente incapaces de procurarnos la remisión de pecados o la justificación por cualquier acto propio que haga que seamos dignos de ella, o que cause que Dios esté en deuda con nosotros. Al contrario, reconocemos que todo es por causa de Su amor, y a partir del mismo, porque Su amor es el origen y la causa fundamental de nuestra aceptación.

En segundo lugar, Dios manifestó este amor para con nosotros al enviar al mundo a Su Hijo amado, el Señor Jesucristo, quien se entregó a Sí mismo por nosotros como una ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz, para reconciliarnos consigo mismo. Jesucristo, mediante el Espíritu Eterno, se ofreció a Sí mismo sin mancha a Dios, y sufrió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.

Por lo tanto, en tercer lugar, en vista de que todos los hombres (que han llegado al estado de hombre) han pecado—excepto el Hombre Jesús—todos necesitan este Salvador, para quitar de ellos la ira de Dios debido a sus ofensas. En este respecto, está escrito que Él verdaderamente “llevó nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero,”² y, por lo tanto, es el único Mediador, pues el apaciguó la ira de Dios para

¹ Así dice la Confesión de Fe de Westminster, capítulo 11, sección 1.

con nosotros, para que nuestros pecados pasados ya no estorben nuestro camino, siendo removidos y perdonados en virtud de Su sacrificio, que fue sumamente satisfactorio. Y en verdad, la remisión de los pecados no debe esperarse, buscarse ni obtenerse de ninguna otra manera, ni por ninguna otra obra o sacrificio (aunque, como se dijo anteriormente, algunos, que no conocen la historia, pueden llegar a participar de esta remisión).

De este modo, Cristo nos reconcilia con Dios por medio de Su muerte y sufrimientos, aun cuando somos enemigos—es decir, le ofrece reconciliación al mundo y nos da la capacidad de ser reconciliados, porque Dios está dispuesto a perdonarnos nuestras iniquidades y a aceptarnos, como el apóstol lo expresa bien: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y ha puesto en nosotros la palabra de reconciliación.”³ Y por lo tanto, el apóstol, en los siguientes versículos, les ruega “en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios;” dando a entender, que la ira de Dios ha sido removida por la obediencia de Jesucristo, y ahora Dios está dispuesto a reconciliarse con ellos, y está listo para remitir los pecados pasados, si se arrepienten.

Nosotros, por lo tanto, consideramos que nuestra redención tiene dos aspectos o estados, ambos perfectos en su propia naturaleza, aunque en su aplicación a nosotros, uno no puede estar sin relación al otro, como se observará.

El primer aspecto, pues, es la redención que Cristo realizó y consumó *por nosotros* en Su cuerpo crucificado fuera de nosotros. El otro es la redención que obra Cristo *dentro de nosotros*, y este segundo aspecto se llama y se considera una redención con la misma propiedad que el primero. El primero es aquel por el cual el hombre, estando en su condición caída, obtiene la capacidad de ser salvo, y recibe una medida de ese poder, virtud, espíritu, vida y gracia que estaban en Jesucristo—que, siendo el don gratuito de Dios, es capaz de vencer y desarraigar la semilla maligna por la cual estamos leudados naturalmente en la caída. El segundo aspecto es aquel mediante el cual experimentamos y conocemos esta redención pura y perfecta en nosotros, purificando, limpiando y redimiéndonos del poder de la corrupción, y llevándonos a la unidad, favor y amistad con Dios.⁴

A través del primer aspecto de estos dos, nosotros, que estábamos perdidos en Adán, hundidos en la semilla maligna y corrupta, sin la capacidad de hacer algo bueno por nosotros mismos, sino más bien naturalmente ligados y unidos al mal, prontos y propensos a toda iniquidad, siervos y esclavos del poder y espíritu de las tinieblas, a pesar de todo esto, somos reconciliados con Dios por la muerte de Su Hijo,

2 1 Pedro 2:24

3 2 Corintios 5:19 Traducción Literal. Nota del Editor: La mayoría de las traducciones modernas se leen “nos encargó a nosotros la palabra (o mensaje) de la reconciliación.” Pero el griego se lee “ha puesto en nosotros la palabra de reconciliación.” *θέμενος ἐν ἡμῖν τὸν λόγον τῆς καταλλαγῆς*

4 Nota del Editor: Véase también Efesios capítulo 1, donde Pablo escribe primero (versículo 7), “en quien *tenemos redención* por Su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de Su gracia;” y luego (versículo 14) declara que el Espíritu Santo es “las arras de nuestra herencia *hasta la redención* de la posesión adquirida.”

aun cuando éramos enemigos, hasta el punto de darnos la capacidad de ser salvos, y de ofrecernos las buenas nuevas del Evangelio de la paz en nosotros—que Dios se ha reconciliado con nosotros en Cristo, y por lo tanto nos llama e invita a Sí mismo. En este aspecto de nuestra redención, es que entendemos las siguientes escrituras: “Habiendo abolido en Sí mismo la enemistad;”⁵ “Él nos amó primero,”⁶ “viéndonos sucios en nuestras sangres, nos dijo: ¡Vive!”⁷ “quien llevó Él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero;”⁸ y “también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos;”⁹ etc.

Por el segundo aspecto, experimentamos que esta capacidad comienza a actuar, por la cual, si recibimos y no resistimos lo que Él compró con Su muerte (a saber, la Luz, Espíritu y Gracia de Cristo revelada en nosotros), disfrutamos y poseemos una redención real, verdadera e interna del poder y prevalencia del pecado, y así llegamos a ser redimidos, justificados y hechos justos de manera real y verdadera, y experimentamos una unión y amistad viva con Dios. Por lo tanto, Él “se dio a Sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para Sí un pueblo peculiar;”¹⁰ y por ende “lo conocemos, y el poder de Su resurrección, y la comunión de Sus padecimientos, siendo hechos conforme a Su muerte.”¹¹ Este último aspecto viene en orden después del primero, y es una consecuencia del mismo, ya que procede de él, como un efecto que procede de su causa. Así, pues, de la misma manera que nadie puede disfrutar del último sin que el primero haya sido establecido (siendo esto la voluntad de Dios); asimismo nadie puede participar realmente del primero, salvo en la medida que experimente el último. Así que, para nosotros, ambos aspectos son causas de nuestra justificación.

Ahora bien, nosotros no entendemos como justificación simplemente el hacer buenas obras, incluso las obras que vienen del Espíritu de Cristo; porque estas (como afirman correctamente los protestantes) no son la causa de la justificación, sino más bien un efecto de ella. En lugar de eso, entendemos que la justificación es Cristo formado en nosotros, Cristo nacido y engendrado en nosotros, y es de esto que proceden naturalmente las buenas obras, así como los frutos proceden de un árbol fructífero. Este nacimiento interno en nosotros, que produce justicia y santidad en nuestro interior, es lo que nos justifica, que luego de haber removido y quitado la naturaleza y espíritu contrarios que reinaban y traían condenación, ahora ejerce dominio sobre todo en nuestros corazones. Aquellos, pues, que llegan a experimentar a Cristo formado de esta manera en ellos, Lo disfrutaban plena y continuamente, y Lo conocen como “el Señor justicia nuestra.”¹² Esto es lo que significa ser revestidos de Cristo, y estar cubiertos por Él, y a estos Dios

5 Efesios 2:14-15 RV1602P

6 1 Juan 4:19

7 Ezequiel 16:6

8 1 Pedro 2:24

9 1 Pedro 3:18

10 Tito 2:14 RVG

11 Filipenses 3:10

12 Jeremías 23:6

en verdad los considera justos y rectos.

Esto difiere muchísimo de la doctrina de los católicos, porque aquí las obras no son la causa formal de la justificación (siendo ellas solo un efecto de la misma), sino más bien un nacimiento interior, Jesucristo engendrado en el corazón, quien es el amado, a quien el Padre no puede sino aceptar, junto con todos aquellos que están rociados de esta manera con la sangre de Jesús y lavados verdaderamente con ella. Y mediante esto (es decir, por ser revestidos de Cristo internamente) también llegamos a experimentar a Cristo comunicándonos sus bienes, por los cuales “llegamos a ser participantes de la naturaleza divina,”¹³ como dice Pedro, y a ser hechos uno con Él, como el pámpano con la vid, y entonces tenemos derecho a todo lo que Él ha hecho y sufrido por nosotros. De esta manera Su obediencia se vuelve nuestra, Su justicia nuestra, Su muerte y sufrimientos nuestros. Y por esta cercanía a Él, a menudo llegamos a tener un sentido de Sus sufrimientos, y de hecho sufrimos con Su Semilla que aún yace oprimida y crucificada en los corazones de los impíos. Así nosotros sufrimos dolores de parto con ella, y por su redención, y por el arrepentimiento de esas almas que todavía están crucificando al Señor de Gloria—así como el apóstol Pablo, de quien está escrito que con sus sufrimiento “cumplió lo que faltaba de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo, que es la iglesia,”¹⁴ aunque esto es un misterio sellado para todos los hombres sabios, que aún son ignorantes de esta Semilla en sí mismos, y se oponen a ella.

Finalmente, aunque nosotros decimos que la justicia y obediencia que tuvo Cristo en la carne es el fundamento de la remisión de los pecados (como la causa principal), y nos consideramos realmente justificados conforme Cristo Jesús es formado y engendrado en nosotros; aun así, no podemos excluir las obras de la justificación, como algunos protestantes han hecho imprudentemente. Porque, para hablar de manera correcta, no somos justificados *por* ellas, mas, sin embargo, somos justificados *en* ellas, y por lo tanto son necesarias. Negar esto no solo es contrario al testimonio de la Escritura, sino que además ha causado un gran escándalo en la religión de los protestantes, ha abierto las bocas de los acusadores y ha hecho que muchos sientan una seguridad falsa en una justificación sin buenas obras. Además, aunque no es seguro decir que las buenas obras merecen la justificación, sin embargo, las Escrituras muestran claramente que son recompensadas, de modo que muchos de los que son llamados Padres de la Iglesia no han tenido miedo de usar la palabra “mérito” en un sentido limitado (aunque no como lo hacen los católicos). Sin embargo, la mayoría de los protestantes no solo niegan la necesidad de buenas obras, sino que algunas veces no les avergüenza llamarlas dañinas, a menudo diciendo que las mejores obras, incluso las de los santos, son inmundas y corruptas. Ahora bien, aunque nosotros consideramos que esto es cierto respecto a las mejores obras hechas *por el hombre*, tratando de cumplir la ley externa por su propia fuerza y en su propia voluntad, sin embargo, creemos que las obras que proceden naturalmente de este nacimiento espiritual y de Cristo formado en nosotros, son puras y santas, así como la raíz de la

13 2 Pedro 1:4

14 Colosenses 1:24

cual surgen es pura. Por esta razón Dios las acepta, nos justifica en ellas y nos recompensa por ellas, de Su propia gracia gratuita.

La Prueba de Nuestra Postura

Habiendo descrito de esta manera el estado de la controversia, ahora deben probarse las siguientes proposiciones:

Primero: Que por la obediencia, los sufrimientos y la muerte de Cristo, el alma obtiene la remisión de pecados, y que esto también es la causa que le abrió paso a la gracia por la que Cristo (mediante sus operaciones internas) llega a formarse internamente. De esta manera el alma es conformada a Él, y así se vuelve justa, y es justificada. Y, por lo tanto, es con respecto a esta capacidad y oferta de gracia, que se dice que Dios se ha “reconciliado” con nosotros—aunque no en el sentido de estar realmente unido a nosotros, o que considera realmente a alguien justo o justificado, mientras todavía vive en sus pecados, y continúa siendo impuro e injusto.

Segundo: Que es por este nacimiento interno de Cristo en el hombre, que somos hechos justos, y, por lo tanto, considerados así por Dios. De modo que (para hablar claramente) no somos verdaderamente justificados ante los ojos de Dios hasta que Cristo sea engendrado en nosotros; porque en la Escritura, el término justificación se usa más común y correctamente de acuerdo con su verdadero significado,) que es “hacer justo,” y no simplemente considerar a alguien justo.

Tercero: Que puesto que las buenas obras fluyen naturalmente de este nacimiento (como el calor del fuego), por ende, son absolutamente necesarias para la justificación—no como la causa de ella, sino como aquello en lo cual somos justificados, y sin lo cual no podemos ser justificados. Y aunque estas buenas obras no reciben como mérito la salvación, ni hacen que Dios esté en deuda con nosotros, Él no puede sino aceptarlas y recompensarlas, porque es contrario a Su naturaleza negar lo Suyo, especialmente cuando estas pueden ser perfectas según su género, al proceder de un nacimiento y raíz puro y santo. Por lo tanto, decir que las obras más santas de los santos son inmundas y pecaminosas ante la vista de Dios, es algo falso y contrario a la Verdad; porque las buenas obras que fluyen del nacimiento espiritual no son las obras de la ley que el apóstol excluyó de la justificación.

En cuanto a la primera afirmación, la puedo demostrar a partir de Romanos 3:25: “a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados.” Aquí el apóstol expone el alcance y la eficacia de la muerte de Cristo, mostrando que la remisión de los pecados pasados se obtiene por ella, y por la fe en ella; y que en esto se manifiesta la paciencia de Dios para con la humanidad. De modo que, aunque los hombres merecen la muerte eterna por los pecados que comenten diariamente, en virtud de ese sacrificio de Cristo

Jesús (que fue sumamente satisfactorio) la gracia y semilla de Dios se mueve por amor a ellos durante el día de su visitación, buscando redimirlos del mal.

En segundo lugar, si Dios estuviera perfectamente reconciliado con los hombres, y los estimara justos cuando en realidad son injustos y continúan en sus pecados, entonces Él no tendría ninguna controversia con ellos. Pero entonces ¿por qué a lo largo de toda la Escritura Él se queja y razona tan frecuentemente con aquellos que nuestros adversarios afirman que están justificados? diciéndoles que “sus iniquidades han hecho división entre ellos y su Dios.”¹⁵ Porque no existe división donde hay una reconciliación perfecta y completa. Pero decir que los hombres pueden estar reconciliados plenamente con Dios incluso mientras continúan en sus pecados, necesariamente implica que el pecado no hace la más mínima división entre ellos y Dios, y que el hombre es justificado *en sus pecados*. Y de aquí surgiría la conclusión más abominable: que las buenas obras y los grandes pecados son lo mismo ante los ojos de Dios, ya que ninguno sirve para justificar, ni para romper la reconciliación con Dios. En verdad, tal doctrina abre una puerta para la seguridad falsa y para toda práctica inmoral.

En tercer lugar, esto anularía toda la doctrina práctica del evangelio, y haría que tales cosas como la fe, el arrepentimiento, la obediencia y las otras condiciones que son nuestro deber realizar¹⁶ sean completamente innecesarias. Y ciertamente, estas condiciones son de una naturaleza que no se pueden realizar de una sola vez, sino que deben cumplirse durante toda la vida. Pero si nosotros ya estamos reconciliados y justificados perfectamente antes de que estas condiciones sean realizadas, entonces no podría decirse que son necesarias, lo cual es contrario al testimonio claro de la Escritura que todos los cristianos reconocen. Porque leemos: “Sin fe es imposible agradar a Dios.”¹⁷ Y, “porque si vivís conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”¹⁸ Y el Señor les dijo a los que ya estaban convertidos, “quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes,”¹⁹ y Pablo clamó, “Vosotros corríais bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?”²⁰ Si mencionara todas las Escrituras que prueban esto de manera positiva y evidente, tendría que transcribir casi toda la parte doctrinal de la Biblia. Porque Cristo dijo “consumado es,”²¹ y ciertamente terminó Su obra hace más de mil seiscientos años, ofreciendo Su cuerpo como un sacrificio por el pecado, abriendo una puerta de misericordia para todos y comunicando una medida de Su gracia por la cual todos pueden ver sus pecados, tener la capacidad de arrepentirse, y así experimentar en el presente Su obra interna de redención, reconciliación y justificación. Pero si entendemos que cuando Él dijo “consumado es,” quiso

15 Isaías 59:2

16 Nota del Editor: Estas son realizadas en la gracia que fluye para nosotros en el pacto, como fue mencionado anteriormente.

17 Hebreos 11:6

18 Romanos 8:13

19 Apocalipsis 2:5 LBLA

20 Gálatas 5:7

21 Juan 19:30

decir que perfeccionó y finalizó la redención del hombre, y reconcilió completamente a todos los que serán salvos (ya sea antes de creer, como algunos dicen, o después de confesar la verdad de la historia de Cristo, o de ser rociados con agua, etc.) incluso aunque continúen en sus pecados, entonces toda la parte doctrinal de la Biblia es inútil y de ningún provecho. En vano fueron enviados los apóstoles a predicar el evangelio; en vano las Escrituras nos advierten que no nos desviemos, ni hagamos nula la gracia de Dios, ni perdamos nuestro primer amor, ni permitamos que nuestros corazones se endurezcan y así quedemos cortos de nuestro descanso, etc. Y en vano todos los predicadores cristianos realizan su labor, gastan sus pulmones y producen escritos, solo para hacer lo que ya está hecho perfectamente sin ellos.

Pero finalmente, esta doctrina también hace que la intercesión presente de Cristo por los hombres sea nula. Porque ¿qué sería de ese gran artículo de la fe por el cual afirmamos, “que Él está a la diestra de Dios, intercediendo diariamente por nosotros?”²² Y ¿con qué fin “el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles?”²³ Porque es absurdo interceder por los que no tienen la posibilidad de ser salvos. Y es inútil orar por los que ya están reconciliados y perfectamente justificados. En verdad, no veo una manera real de resolver esto, excepto al reconocer la verdad del asunto, a saber: que Cristo por Su muerte removió la ira de Dios, de tal manera que obtuvo la remisión de los pecados para todos los que reciban la Gracia y Luz que Él les comunica, y que los compró con Su sangre. A medida que ellos creen en esto, llegan a experimentar la remisión de sus pecados pasados, y el poder que los salva del dominio del pecado, porque a “todos los que lo reciben, les da el poder de llegar a ser hijos de Dios.”²⁴ Estos también experimentan Su poder borrando cualquier pecado presente, en el cual puedan caer por no velar o por debilidad, si, entregándose a sí mismos a esta gracia, se arrepienten verdaderamente. De modo que, ninguno es hijo, ninguno está justificado, ni reconciliado, hasta que reciba a Cristo en esa pequeña Semilla en su corazón; y es así como se le ofrece la vida eterna “a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad.”²⁵ Porque, según el profeta, “si el justo se aparta de su justicia, ninguna de las obras justas que ha hecho le serán recordadas.”²⁶ En consecuencia, ninguno permanece como hijo de Dios, ni está justificado ante los ojos de Dios, a menos de que pacientemente continúe en la justicia y en bien hacer. Y, por lo tanto, Cristo vive siempre para interceder durante el día de la visitación de cada hombre, a fin de que puedan ser convertidos. Y cuando en alguna medida han crecido en la vida, Él intercede para que puedan continuar y seguir adelante, y no desmayen, ni se vuelvan atrás. Se podría decir mucho más para confirmar esta verdad; pero proseguiré a observar las objeciones comunes en contra de ella.

22 Romanos 8:34

23 Romanos 8:26-27

24 Juan 1:12 NBLH

25 Romanos 2:7

26 Ezequiel 18:24 LBLA

Objeciones y Respuestas

Objeción: La primera y principal objeción es sacada de la afirmación del apóstol (antes mencionado): “Dios nos reconcilió consigo mismo por Cristo: Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados.”²⁷ De aquí ellos deducen que Cristo perfeccionó por completo la obra de reconciliación mientras estaba en la tierra.

Respuesta: Si se entiende por “reconciliación” la remoción de la ira, y la compra de esa Gracia por la cual podemos llegar a ser completamente reconciliados y unidos con Dios, entonces estamos de acuerdo. Pero es evidente del versículo mismo, que el apóstol no dice nada más que esto; porque cuando habla en pretérito perfecto, diciendo, “Él nos reconcilió,” habla de sí mismo y de los santos, quienes, habiendo recibido la Gracia de Dios que Cristo compró, estaban realmente reconciliados por medio de la fe en Él. Pero con respecto a los demás, habla de la “Palabra de reconciliación” que fue “puesta en ellos;”²⁸ y en el siguiente versículo dice, “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”²⁹ Ahora bien, si su reconciliación ya se había llevado a cabo perfectamente ¿qué necesidad habría de que alguien les rogará que se reconciliaran? Los embajadores no son enviados después de que la paz ya se ha establecido y se ha hecho la reconciliación, sino para ofrecer la reconciliación.

Objeción: En segundo lugar, ellos objetan (del versículo 21 del mismo capítulo), “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.” De aquí argumentan: que así como nuestro pecado le es imputado a Cristo, quien no tenía pecado; de la misma manera la justicia de Cristo nos es imputada, sin que seamos realmente justos.

Respuesta: Pero esta interpretación es rechazada fácilmente; porque en múltiples ocasiones el apóstol mismo demuestra que nosotros tenemos que ser hechos *realmente* justos por Cristo, y no simplemente imputados o considerados justos. De hecho, esto se evidencia por lo que sigue en los versículos 14-16 del siguiente capítulo, donde él, de manera amplia, argumenta en contra de cualquier supuesto acuerdo entre la luz y las tinieblas, o entre la justicia y la injusticia. Pero si los hombres deben considerarse como injertados en Cristo, y como miembros verdaderos de Él, simplemente porque les es imputada una justicia externa, mientras ellos continúan en su injusticia, ¿no implicaría esto una comunión entre la justicia y la injusticia? Y de verdad, debería considerarse extraño cómo muchos han hecho de esta “justicia imputada” un artículo tan fundamental de su fe, a pesar de ser algo tan contrario a toda la tendencia del Evangelio. Porque Cristo jamás, en ninguno de Sus sermones y discursos piadosos, deseó que Sus oyentes pusieran

27 2 Corintios 5:18-19

28 2 Corintios 5:19 Traducción Literal. Nota del Editor: La mayoría de las traducciones modernas dicen: “nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.” Pero el griego dice “poniendo en nosotros la Palabra de reconciliación” - θέμενος ἐν ἡμῖν τὸν λόγον τῆς καταλλαγῆς

29 2 Corintios 5:20

su confianza en semejante cosa, sino al contrario, siempre los dirigió a la verdadera santificación, a limpiar el vaso por dentro y por fuera, y a las buenas obras que glorifican al Padre, diciendo: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”³⁰

La Verdadera Justificación—Cristo Formado Internamente

Así pues, he llegado a la segunda cosa que he planteado, a saber: que es por este nacimiento interno, o por Cristo formado dentro nosotros, que somos formalmente (por así decirlo) justificados ante los ojos de Dios. Supongo que ya he dicho lo suficiente para demostrar lo mucho que valoramos la muerte y los sufrimientos de Cristo como la ofrenda que satisface la justicia de Dios, obtiene remisión de pecados y compra la Gracia y Semilla de la que procede este nacimiento. Lo que resta por probar es: que por Cristo Jesús formado en nosotros somos justificados, o *verdaderamente hechos justos*. Tengan en cuenta que aquí uso el término “justificación” en este sentido.

Por lo tanto, en primer lugar, voy a probar esto a partir de esa Escritura del apóstol Pablo en 1 Corintios 6:11: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.” Aquí la palabra “justificados” debe necesariamente significar ser hechos realmente justos, y no simplemente ser imputados o atribuidos como tal; o de otro modo, “santificados” y “lavados” también podrían considerarse como una simple imputación, lo cual anularía toda la intención del contexto. Porque en los versículos anteriores, el apóstol les advierte a sus lectores que “no se dejen engañar,” porque “los injustos no heredarán el reino de Dios;”³¹ y después de especificar varios tipos de iniquidad, concluye diciendo, “esto erais algunos de vosotros” pero ya no lo son. Por lo tanto, habiendo sido lavados y santificados, entonces fueron verdaderamente justificados. Por mi parte, no he visto, ni jamás he oído o leído nada que indicara que la palabra “justificados” en este lugar deba entenderse de otra manera que no sea según su significado apropiado y genuino de *ser hechos justos*.

Ahora bien, esta palabra “justificar,” que se deriva del sustantivo “justicia,” o del adjetivo “justo,” sin duda alguna significa hacer justo, porque no es más que una composición del verbo *facio*, y del adjetivo *justus*, que forman *justifico*, o *yo hago justo*. De la misma manera, la palabra justificado proviene de *justus* y *fiō*, que significan *yo me vuelvo justo*. Lo mismo ocurre con otros verbos de este tipo, como *santifico* que proviene de *sanctus* (santo) y *facio*, que significan *yo hago santo*. En cada caso, se entiende que el sujeto recibe de manera real y verdadera de esa virtud y cualidad de la que se deriva el verbo. Porque, así como nadie se considera santificado cuando realmente no es santo; así tampoco nadie puede considerarse justificado, mientras realmente sigue siendo injusto.

³⁰ Mateo 5:48

³¹ 1 Corintios 6:9 NBLH

Sin embargo, este verbo “justifico,” de manera metafórica y figurativa, ha sido usado en un sentido legal, como, por ejemplo, cuando un hombre realmente culpable de un crimen queda libre del castigo de su pecado, se dice que está justificado, es decir, puesto en el lugar del justo, como si fuera justo. Pero ¿no es extraño que los hombres sean tan superficiales en un asunto tan importante, como para edificar el fundamento de su aceptación para con Dios sobre un simple significado prestado y metafórico de esta palabra, y así excluir (o al menos estimar innecesaria) esa “santidad, sin la cual nadie verá a Dios”³² (como la Escritura lo dice claramente)? De hecho ¿no sería un gran error contentarnos con una justificación imaginaria mientras Dios requiere una real? Y que se tenga en cuenta que en todas las cartas a los romanos, corintios, gálatas y a cualquier otro lugar, en las que el apóstol trata este tema, la palabra puede tomarse en su significado apropiado sin que haya nada que suene absurdo. Por ejemplo, en sus epístolas a los romanos y a los gálatas, Pablo afirma que “un hombre no puede ser justificado por la ley de Moisés, ni por las obras de la ley.”³³ No es absurdo ni peligroso entender la palabra justificado en este lugar según su significado correcto, es decir, que un hombre no puede ser hecho justo por la ley de Moisés; especialmente cuando vemos cómo esto concuerda bien con ese dicho del mismo apóstol: que “la ley nada hace perfecto.”³⁴ Además, donde está escrito que “somos justificados por fe,”³⁵ puede entenderse muy bien como ser hechos justos, puesto que también está escrito que la “fe purifica el corazón;”³⁶ y sin duda los puros de corazón son justos, y “el justo vive por fe.”³⁷ Nuevamente, donde está escrito que somos “justificados por Su gracia,”³⁸ o “justificados por Cristo,”³⁹ o “justificados por el Espíritu;”⁴⁰ no es de ninguna manera absurdo entender la palabra justificados como ser hechos justos, ya que es cierto que Él, por Su Espíritu y gracia, en verdad hace a los hombres justos. Pero entenderla universalmente de la otra manera, como una simple aceptación legal, ocasionaría grandes tonterías como podría probarse ampliamente; pero debido a que considero que esto será reconocido, me abstengo en este momento, por causa de brevedad.

Pero además, en los lugares más importantes donde se usa la palabra “justificar” en la Escritura, nuestros adversarios no pueden evitar reconocer que debe entenderse como hacer justo, y no como una simple aceptación legal. Esto lo hemos visto en 1 Corintios 6:11: “Más ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados.” Pero también lo vemos en Tito 3:5-7—“nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la

32 Hebreos 12:14

33 Romanos 3:28; Gálatas 2:16, 3:11

34 Hebreos 7:19 LBLA

35 Romanos 3:28; Gálatas 3:24

36 Hechos 15:9

37 Habacuc 2:4; Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38

38 Romanos 3:24; Tito 3:7

39 Gálatas 2:17

40 1 Corintios 6:11

regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.” Y también en esa excelente afirmación del apóstol (Romanos 8:30), “a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.” Esto es comúnmente llamado la “cadena de oro,” y todos reconocen que comprende el método y orden de la salvación. Pero si aquí “justificó” no fuera entendido en su significado apropiado—es decir, realmente ser hecho justo—entonces el cambio verdadero de la iniquidad a la santidad sería completamente excluido de esta cadena. Pero ciertamente (como la mayoría reconoce), el apóstol, en esta descripción abreviada, usa la palabra “justificó” para abarcar todo lo que viene entre el llamado y la glorificación, dando a entender que la manera por la que pasamos del llamado a la glorificación es ser hechos realmente justos.

De hecho, muchos padres de la Iglesia y protestantes famosos dicen lo mismo: “Yo considero,” dice Beza, “el término justificación de manera general, como algo que abarca todo lo que adquirimos de Cristo, ya sea por imputación o por la eficacia del Espíritu al santificarnos. De esta manera, la palabra justificación debería entenderse en Romanos 8:30.”⁴¹ Melancthon dice, “Ser justificados por fe, no solo significa ser declarados justos, sino también, de injustos ser hechos justos.”⁴² También, algunos de los protestantes principales, aunque no tan claramente, han apuntado hacia nuestra doctrina, por la cual le atribuimos la remisión de los pecados a la muerte de Cristo, y la obra de justificación a la gracia del Espíritu adquirida mediante Su muerte. Martin Borrhaus, en su explicación de Romanos 4:25, donde dice, “el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación,” dice: “Aquí hay dos cosas que se encuentran en Cristo, las cuales son necesarias para nuestra justificación—la primera es Su muerte; la otra es Su resurrección de la muerte. Por Su muerte, los pecados de este mundo fueron expiados. Por Su Resurrección de la muerte, le plació a la misma bondad de Dios darnos el Espíritu Santo, por el cual se cree el Evangelio y se restaura la justicia que se perdió por la caída del primer Adán.”⁴³ Y más adelante dice, “El apóstol expresa ambas partes en estas palabras, ‘el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.’ En Su muerte se encuentra la expiación por el pecado; en Su resurrección se encuentra el don del Espíritu Santo, por el cual se perfecciona nuestra justificación.”⁴⁴ Y William Forbes, obispo de Edinburgh, dice, “Donde quiera que la Escritura haga mención de la justificación ante Dios, es evidente que la palabra justificar no puede significar solamente declarar justo, en un sentido legal, sino también hacer justo de manera real e inherente; porque Dios justifica de forma diferente a los jueces terrenales. De hecho, tanto las Escrituras como los Padres afirman: que en la justificación de un pecador, sus pecados no solo son remitidos, perdonados, cubiertos y no imputados, sino que también son quitados, borrados, limpiados, lavados, purificados, y removidos

41 In cap. 3. Ad Tit. Ver. 7.

42 En Apol. Confess. Aug.

43 En Gen. Cap. 15. Ad verb. Cred dit Abraham Deo., p. 161

44 Lib. 3. Reg. Cap. 9. Ver. 4., p. 681

muy lejos de nosotros, como aparece en muchos lugares de las Sagradas Escrituras.”⁴⁵

La Revelación de Jesucristo en el Alma

Habiendo demostrado suficientemente que la palabra “justificación” debe entenderse como la experiencia de realmente ser hecho justo, ahora afirmo con confianza (no a partir de un conocimiento teórico, sino de la experiencia verdadera, interna y viva de la cosa misma) que la revelación de Jesucristo en el alma es la causa inmediata, directa o formal de la justificación de los hombres ante los ojos de Dios, la cual cambia, reforma y renueva la mente. Es por medio de Él (el Autor de esta obra interior), siendo así revelado y formado dentro de nosotros, que somos verdaderamente justificados y aceptados ante los ojos de Dios. Porque es en la medida que somos cubiertos y revestidos de Él (en quien el Padre siempre tiene complacencia), que podemos acercarnos a Dios y estar de pie con confianza delante de Su trono, siendo purificados por la sangre de Jesús derramada internamente en nuestras almas, y revestidos con Su vida y justicia que se revelan allí. Y es este el orden y método de salvación que el apóstol expone en esa afirmación divina (Romanos 5:10): “Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.” Aquí el apóstol primero habla de la reconciliación llevada a cabo por la muerte de Cristo (por lo cual Dios está cerca para recibir y redimir al hombre), y luego de la salvación de los hombres y de la verdadera justificación que es llevada a cabo por la vida de Jesús. Ahora bien, esta vida es algo interno y espiritual que se revela en el alma, por lo que el alma es renovada y sacada fuera de la muerte (donde naturalmente ha estado por la caída), y así es vivificada y resucitada para Dios.

Los apóstoles hablan frecuentemente de esta vida salvadora, encomendado a todos los discípulos a la operación interna de su poder. Pablo, en su despedida de los efesios, dice, “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.”⁴⁶ Y en su carta a los mismos, habla de “la supereminente grandeza de Su poder para con nosotros los que creemos.”⁴⁷ Santiago dirige a sus lectores a “la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.”⁴⁸ En otro lugar, Pablo escribe: “aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó.”⁴⁹ Ahora bien, sin ninguna duda este “dar de vida” y “resucitar juntamente con él” habla de la obra interna de renovación; y por esta razón el apóstol menciona aquí que están siendo salvos por gracia, la cual es la virtud y poder interno de Cristo en el alma. El apóstol también habla de esto en 2 Corintios 4:10: “Para

45 In considerat. modest. de Just. lib. 2. Sect. 8.

46 Hechos 20:32

47 Efesios 1:19

48 Santiago 1:21

49 Efesios 2:5-6

que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos;” y en el versículo 11: “Para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal.” Y por esta vida interna de Jesucristo revelado y formado en nosotros (como se observó anteriormente) es que “somos salvos.”

Además, la verdad de que somos justificados por esta revelación de Jesucristo, y por la nueva creación engendrada en nosotros, se muestra de manera evidente a partir de esa excelente afirmación del apóstol en Tito 3:5: “Por su misericordia nos salvó, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.” Así pues, es evidente que aquello que nos salva también es lo que nos justifica, siendo estas palabras casi sinónimas en este respecto. Aquí el apóstol establece claramente que la causa inmediata de la justificación es esta obra interna de regeneración, la cual es Jesucristo revelado y formado en el alma; porque indudablemente este lavamiento de la regeneración es el poder y virtud interior por el que el alma es lavada y revestida de la justicia de Cristo, a fin de que sea preparada para presentarse delante de Dios.

Esta doctrina también se manifiesta en 2 Corintios 13:5—“Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” En primer lugar, aquí se muestra con cuánto fervor el apóstol quería que ellos conocieran a Cristo dentro de ellos, porque les insiste tres veces con esta exhortación. En segundo lugar, establece como la causa de la reprobación (o de no ser justificados) que Cristo no sea revelado y conocido internamente en el alma. Y, por lo tanto, debe concluirse lo siguiente: que las personas que conocen a Cristo internamente, y están sujetas a Él en sus corazones, son aprobadas y justificadas. Nada podría ser más claro que esto; porque si tenemos que conocer a Cristo en nosotros, para no estar reprobados (o ser personas no justificadas), entonces los que *sí* lo conocen en ellos *no* están reprobados, y por ende son personas justificadas. Por esta razón, el mismo apóstol dice: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros,”⁵⁰ y usa también este lenguaje—“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.”⁵¹

Ahora bien, al insistir en esta obra interna, no pretendemos, en lo absoluto, negar que el origen y la causa fundamental de nuestra justificación es el amor de Dios que fue manifestado por la aparición de Jesucristo en la carne, quien, por Su vida, muerte, sufrimientos y obediencia, abrió un camino para nuestra reconciliación, al volverse un sacrificio por la remisión de los pecados pasados. Sin embargo, “por la justicia de uno vino la gracia a todos los hombres,”⁵² porque Él compró para nosotros Su Semilla y Gracia de la cual surge este nacimiento interior, y en la cual Jesucristo es recibido, formado y engendrado internamente en nosotros, en Su propia imagen pura y santa de justicia. Solo por esto nuestras almas

50 Gálatas 4:19

51 Colosenses 1:27-28

52 Romanos 5:18 RVG, RV1602P

viven para Dios, y son revestidas y cubiertas con Él, tal como lo dice la Escritura (Efesios 4:23-24; Gálatas 3:27). Estamos justificados y somos salvos en y por Él, y por Su Espíritu y gracia (Romanos 3:24; 1 Corintios 6:11; Tito 3:7). De este modo somos hechos partícipes de la plenitud de Sus méritos, y ciertamente, Su sangre purificadora está cerca para lavar todo pecado y debilidad, y para sanar todas nuestras rebeliones cada vez que nos volvemos a Él con un arrepentimiento sincero para ser renovados por Su Espíritu.

Por lo tanto, los que encuentran a Cristo resucitado y gobernando de esta manera en ellos, tienen un verdadero motivo de esperanza para creer que están justificados por Su sangre. Pero que nadie se engañe a sí mismo, como para darse aliento con una vana esperanza o confianza de que por la muerte y sufrimientos de Cristo están justificados, aun cuando “el pecado está a su puerta,”⁵³ la iniquidad todavía prevalece, y sus corazones permanecen sin ser renovados ni regenerados—no sea que al final les sea dicho: “Nunca os conocí; apartaos de Mí.”⁵⁴ Recordemos esa declaración de Cristo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.”⁵⁵ Y con esto consideren esas excelentes afirmaciones del discípulo amado: “Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo.”⁵⁶ Y “si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas.”⁵⁷

Muchos protestantes famosos dan testimonio de esta justificación por medio de Cristo revelado y formado internamente en el hombre. Martin Borrahus dice, “La forma de nuestra justificación es la justicia divina misma, por la cual somos hechos justos y buenos. Este es Jesucristo, quien es llamado ‘justicia nuestra,’ en parte por el perdón de pecados, y en parte por la renovación y la restauración de esa integridad que se perdió por la caída del primer Adán, y es así que nos revestimos del nuevo y celestial Adán, de lo cual el apóstol habla: ‘de Cristo estáis revestidos.’”⁵⁸ Zwingli también dice, “La santificación del Espíritu es la verdadera justificación, esto es lo único que es suficiente para justificar.”⁵⁹ Estius, comentando 1 Corintios 6:11, dice: “Pablo, para que no se piense que la justicia cristiana consiste en el lavamiento solamente, es decir, en la remisión de los pecados, añade el otro grado o parte, ‘ya habéis sido santificados;’ es decir, han alcanzado la pureza, de modo que ahora son verdaderamente santos delante de Dios. Por último, expresando la suma del beneficio recibido en una sola palabra, que incluye ambas partes, el apóstol añade: ‘ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.’” Y, por último, Richard Baxter, el famoso predicador inglés, dice: “Algunos miserables

53 Génesis 4:7

54 Mateo 7:23

55 Mateo 7:21

56 1 Juan 3:7-8

57 1 Juan 3:20

58 En Gen, pagina 181

59 En su epístola a la princesa de Alemania, como fue citada por Himelius, c. vii., p. 60.

ignorantes crujen sus dientes ante esta doctrina, como si se tratara de puro catolicismo romano, no entendiendo la naturaleza de la justicia del nuevo pacto; la cual procede completamente de Cristo dentro de nosotros, y es forjada por el poder del Espíritu de Cristo en nosotros.”⁶⁰

La Necesidad de las Buenas Obras

La tercera cosa que debemos considerar son las buenas obras, las cuales (como hemos dicho) fluyen naturalmente de este nacimiento espiritual, como el calor del fuego, y, por lo tanto, son de absoluta necesidad para la justificación—*no como la causa* de la justificación, sino como aquello en lo que somos justificados, y sin lo cual no podemos ser justificados.

Supongo que ya se ha sido dicho lo suficiente para librarnos de cualquier acusación de ser similares a los católicos romanos en este asunto. Pero si alguien preguntara, si nosotros afirmamos que el hombre es justificado por las obras, le respondo lo siguiente: Espero que ninguno se ofenda si en este asunto usamos el lenguaje claro de las Sagradas Escrituras, que dicen expresamente: (Santiago 2:24) “Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe.” No necesito ofrecer una prueba de la verdad de esta afirmación, ya que lo que dice el apóstol en este capítulo es suficiente para convencer a cualquier hombre que solo esté dispuesto a leerlo y creerlo. Por lo tanto, solo extraeré este único argumento:

Argumento: Si ningún hombre puede ser justificado sin fe, y si no hay fe que pueda considerarse viva o adecuada sin obras, entonces las obras son necesarias para la justificación.

Esta verdad es tan clara y evidente en las Escrituras que podríamos transcribir la mayoría de los preceptos del Evangelio para demostrarla. Voy a citar unos pocos que afirman el asunto en cuestión con tanta claridad que no se necesita ningún comentario ni más demostración, y, luego, responderé las objeciones comunes que se hacen en contra de esto. Hebreos 12:14, “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor;” Mateos 7:21, “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos;” Juan 13:17, “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis;” 1 Corintios 7:19, “La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios;” Apocalipsis 22:14, “Bienaventurados los que hacen sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y que entren por las puertas en la ciudad;”⁶¹ Ciertamente, se podrían dar muchos más como ejemplos, de todo lo cual argumento:

Argumento: Si solo aquellos que hacen la voluntad del Padre pueden entrar en el reino de los cielos; si solo aquellos que hacen los mandamientos de Cristo son considerados edificadores prudentes y

⁶⁰ En su libro llamado *Aphorisms of Justification* (Aforismos de la Justificación), p. 80

⁶¹ RV1602P

bienaventurados; si ninguna observación externa es de provecho, sino el guardar los mandamientos; y si solo aquellos que hacen sus mandamientos tienen derecho al Árbol de la Vida, y entran por las puertas a la ciudad; entonces las obras son absolutamente necesarias para la salvación y la justificación.

Objeción: Pero ellos objetan que las obras no son necesarias para la justificación debido a esa afirmación de Cristo en Lucas 17:10: “Cuando hubiereis hecho todo lo que os es mandado, decid: Siervos inútiles somos;” etc.

Respuesta: En cuanto a Dios ciertamente somos inútiles, porque Él no necesita nada, y no podemos añadirle nada. Pero en cuanto a nosotros mismos no somos inútiles, de lo contrario podría decirse que a un hombre no le es de provecho guardar los mandamientos de Dios, lo cual es muy absurdo y contradiría la doctrina de Cristo a lo largo de las Escrituras. Y, les pregunto, esos hombres que incrementaron sus talentos, ¿no fueron declarados “siervos buenos y fieles” por Cristo?⁶² ¿No les fue de provecho a ellos el haberlos incrementado? Está escrito de aquel que escondió su talento y no lo incrementó: “echadle en las tinieblas de afuera.” Si no haber logrado incrementar el talento hizo a este hombre inútil, entonces que los demás hayan incrementado sus talentos verdaderamente los hizo siervos útiles, especialmente cuando vemos cómo Cristo habló de ellos: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor.”⁶³

Objeción: En segundo lugar, ellos objetan a partir de esos dichos del apóstol Pablo, en los que excluye las obras de la ley de la justificación: tales como Romanos 3:20, “ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él,” y verso 28, “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.”

Respuesta: En respuesta a esta objeción, digo lo siguiente: hay una gran diferencia entre las obras de la Ley, y las obras de la gracia o del Evangelio. Las primeras están excluidas, las segundas no, al contrario, son necesarias. Las primeras se realizan en la voluntad propia del hombre y por su fuerza, conforme a la ley y letra externa, y por lo tanto son obras propias e imperfectas del hombre, o las obras de la Ley que no perfeccionan nada.⁶⁴ Y todas las ceremonias, purificaciones, lavamientos y tradiciones de los judíos son de este tipo de obras. El segundo tipo de obras son las del Espíritu de Gracia en el corazón, realizadas conforme a la ley interna y espiritual. Estas obras no son hechas en la voluntad del hombre, ni por su poder y habilidad, sino en y por el poder y Espíritu de Cristo en nosotros, y por lo tanto son puras y perfectas de acuerdo a su género. De hecho, estas podrían ser llamadas las obras de Cristo, porque Él es el autor y hacedor inmediato de ellas.⁶⁵ Y nosotros afirmamos que las obras de este tipo son necesarias

62 Mateo 25:14-23

63 Mateo 25:23

64 Hebreos 7:19

65 Véase Hebreos 13:20-21; Filipenses 1:11, 2:13

para la justificación, de modo que un hombre no puede ser justificado sin ellas; porque toda fe que no las tenga es muerta e inútil, como dice el apóstol Santiago.

Ahora bien, al considerar el contexto de estas afirmaciones, aparece claramente que existe una distinción entre las obras de la Ley y las obras de la gracia; y también que el apóstol excluye las primeras de la justificación, pero no las segundas. Porque en ambas de sus cartas a los romanos y a los gálatas donde habla sobre esto, encontramos que muchos de los gentiles (que no eran de la semilla de Abraham según la carne) se habían convertido a la fe cristiana, y llegado a creer en Él. Sin embargo, algunos de los judíos que se habían convertido a la fe intentaban hacer que los creyentes gentiles se sujetaran a las ceremonias y observaciones legales de la Ley, insistiendo en que éstas eran necesarias para su justificación. Esto le dio al apóstol Pablo la oportunidad de demostrar de manera amplia el uso y la tendencia de la Ley y de sus obras, y de distinguirlas de la fe de Cristo y de la justicia de dicha fe, mostrando que las obras de la Ley habían cesado y se habían hecho ineficaces, pero que las obras de la gracia permanecían, y eran necesarias. Y el tipo de obras que el apóstol excluyó es evidente por toda la tendencia de su epístola a los gálatas. Porque en el cuarto capítulo, los reprende por volverse a la observación de días y de tiempos,⁶⁶ y en el quinto y sexto les muestra la locura de aferrarse a la ceremonia de la circuncisión, diciendo: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.”⁶⁷ Y “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación.”⁶⁸ Ahora bien, la palabra circuncisión a menudo se usa para abarcar todo el antiguo pacto, incluyendo sus ritos ceremoniales y legales. Pablo dice que estas obras de la Ley están excluidas, y que por ellas ningún hombre es justificado; pero que la fe que obra por amor, o la nueva creación, *esto* es lo que vale y verdaderamente es necesario. Ahora bien, en este mismo lugar se muestra que el apóstol de ninguna manera intenta excluir las buenas obras de la nueva creación, porque él les dice claramente: “No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.”⁶⁹ ¿No manifiesta esto claramente cuán necesarias son estas buenas obras? —no las ceremonias y tradiciones externas de la Ley, sino los frutos del Espíritu mencionados un poco antes (4:22). Pablo deseaba que todos ellos fuesen guiados por este mismo Espíritu, en el cual quería que todos caminaran. Las primeras son “obras de justicia que nosotros hemos hecho,” realizadas en nuestra primera naturaleza caída, por nuestra propia fuerza, en actos religiosos. Las últimas son los frutos del “lavamiento de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo.”⁷⁰

Objeción: Pero estas obras del Espíritu podrían también llamarse nuestras, porque son hechas en

66 Gálatas 4:10-11

67 Gálatas 5:6

68 Gálatas 6:15

69 Gálatas 6:7-9

70 Véase Tito 3:5

nosotros, y muchas veces por nosotros también como instrumentos.

Respuesta: Aun así, los dos tipos de obras difieren ampliamente entre sí. En el primero tipo aún estamos vivos en nuestro propio estado natural, sin ser renovados, obrando por nosotros mismos, buscando salvarnos a nosotros mismos imitando y tratando de conformarnos a la letra externa de la Ley, y por lo tanto esforzándonos y luchando en la mente carnal que es enemistad contra Dios,⁷¹ y en esa voluntad condenada que aún no ha sido sometida. Pero en el segundo tipo, estamos “crucificados juntamente con Cristo,”⁷² habiendo “muerto con Él,”⁷³ siendo partícipes de “la comunión de Sus padecimientos,” y “hechos conforme a Su muerte.”⁷⁴ Aquí nuestro primer hombre, nuestro “viejo hombre” es enterrado y clavado en la cruz de Cristo, junto “con sus hechos”⁷⁵ (tanto los que son abiertamente inicuos como los que tienen la apariencia de justos), y por lo tanto ya no somos nosotros sino Cristo vivo en nosotros—el que hace las obras viviendo en nosotros. De modo que, aunque en cierto sentido las obras son nuestras, sin embargo, es en el mismo sentido del apóstol en Gálatas 2:20, “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” o, “he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo.”⁷⁶ Estas obras indudablemente deben atribuirse al Espíritu de Cristo y a la gracia de Dios en nosotros, como siendo hechas, habilitadas o guiadas inmediatamente por Él. Y esta manera de hablar no es para nada extraña, más bien era familiar para los apóstoles, como a menudo aparece en las Escrituras: como en Gálatas 2:8: “Porque el que obró eficazmente en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí para con los Gentiles:”⁷⁷ o, “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad,”⁷⁸ etc.

Objeción: Algunos objetan que ninguna obra, ni siquiera las obras de Cristo en nosotros, pueden tener lugar en la justificación, porque nada que sea impuro puede ser útil en ella; y todas las obras que se hagan en nosotros son impuras. Para probar esto, ellos alegan esa afirmación del profeta Isaías: “todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia;”⁷⁹ añadiendo el siguiente razonamiento: puesto que somos impuros, entonces nuestras obras deben serlo también; porque incluso las obras de Dios, cuando son ejecutadas por nosotros, reciben una mancha de impureza, así como el agua limpia se contamina cuando pasa a través de una tubería sucia.

Respuesta: Confesamos que ninguna obra impura es útil para la justificación; pero negamos que todas

71 Romanos 8:7 RV1602P

72 Gálatas 2:20

73 Romanos 6:3

74 Filipenses 3:10 RV1602P

75 Colosenses 3:9

76 1 Corintios 15:10

77 RV1602P

78 Filipenses 2:13

79 Isaías 64:6

las obras hechas en los santos sean impuras. Y la distinción mencionada anteriormente entre los dos tipos de obras, también nos servirá aquí para responder a esta objeción. Porque nosotros confesamos que las obras del primer tipo son impuras; pero no las del segundo—porque en el primer tipo, las obras son hechas por el hombre en el estado no regenerado, pero en el otro son hechas por el Espíritu y gracia de Dios. Y en cuanto a esa escritura de Isaías, debe referirse al primer tipo; porque, aunque él dice: “nuestras justicias son como trapo de inmundicia,” aun así, esto no incluye la justicia de Cristo forjada en nosotros, sino solo aquella que nosotros obramos en nuestra propia fuerza y por nosotros mismos. Porque si fuese lo contrario, entonces tendríamos que desechar toda santidad y justicia como trapo de inmundicia,⁸⁰ incluso los frutos del Espíritu, mencionados en Gálatas 5. Pero, contrario a esto, está escrito que algunas de las obras de los santos han sido un “olor fragante en las narices del Señor;”⁸¹ y un “adorno de grande estima delante de Dios;”⁸² y está escrito de dichas obras que “prevalecen con Él,” y son “aceptables para Él;”⁸³ y esto no se puede decir de un trapo de inmundicia (como muchos protestantes famosos han reconocido).

En cuanto a la otra parte de esta objeción—que puesto que los mejores hombres siguen siendo impuros e imperfectos, por lo tanto, sus obras también deben serlo—esto envuelve una gran suposición, una que nosotros negamos, como se discutirá ampliamente en la siguiente proposición. Sin embargo, incluso en el caso de un hombre que no es completamente perfecto en todos los aspectos, esto no impide que las obras buenas o perfectas (de acuerdo a su tipo) se engendren en él por el Espíritu de Cristo; tampoco da en el blanco el ejemplo del agua pasando por una tubería sucia; porque aunque el agua se puede contaminar con la suciedad, el Espíritu de Dios no, y nosotros afirmamos que dicho Espíritu es el Autor inmediato de esas obras que tienen valor en la justificación. En consecuencia, decimos que las obras de Jesucristo en Sus hijos son puras y perfectas, y que Él obra en y a través de esa cosa pura de Su propia hechura y creación en ellos.

Además, si la suposición de nuestros adversarios fuera cierta, entonces tendríamos que concluir que los mismos milagros y obras de los apóstoles, que Cristo obró en ellos y que ellos hicieron en y por el Poder, Espíritu y Gracia de Cristo, también fueron impuros e imperfectos. Y, de hecho, ¿no tendríamos que concluir también que los textos de las Sagradas Escrituras (que nuestros adversarios parecen magnificar tanto) deben necesariamente ser impuros e imperfectos, habiendo pasado a través de vasijas impuras e imperfectas?

Pero, por último, debido a que aquí parece apropiado mencionar algo respecto al mérito y la recompensa de las obras, añadiré algo en este lugar de nuestro entendimiento y creencia en lo concerniente a este asunto. Estamos lejos de pensar o creer que el hombre merece algo de Dios por sus obras, porque en

80 Literalmente “una prenda menstrual”

81 Filipenses 4:18; 2 Corintios 2:15

82 1 Pedro 3:4 RV1602P

83 Véase Romanos 12:1-2, 14:18; Filipenses 4:18; 1 Timoteo 2:3, 5:4; 1 Pedro 2:5, 2:30.

verdad todo es por la gracia gratuita, y por ende siempre hemos negado la imaginación católica de *meritum ex condigno*.⁸⁴ Sin embargo, no podemos sino reconocer, que Dios, por Su infinita bondad con la que ha amado a la humanidad, después de haberles comunicado Su Santa Gracia y Espíritu, según su propia voluntad, también recompensa y premia las buenas obras de Sus hijos. Y, por lo tanto, no podemos negar que existe una especie de recompensa merecida, en el sentido en que las Escrituras lo afirman de manera clara y positiva. Porque la misma palabra griega *axion*, que significa “mérito,” se encuentra en esos lugares donde los traductores la expresan como “digno,” (como en Mateos 3:8; 1 Tesalonicenses 2:12; 2 Tesalonicenses 1:5, 11.)

Aquellos que son llamados los Padres de la iglesia frecuentemente usaban la palabra “mérito” de esta manera, y muchos protestantes no se han mostrado opuestos a dicha palabra en el sentido en que la usamos. La Apología de la Confesión de Augusto, art. 20, tiene estas palabras: “Estamos de acuerdo con que las obras son verdaderamente meritorias, no de la remisión de los pecados o de la justificación; sino meritorias de otras recompensas tanto naturales como espirituales, que se experimentan tanto en esta vida como en la por venir.” G. Voss, en su tesis teológica respecto a los méritos de las buenas obras, dice; “No hemos ido tan lejos como para condenar por completo la palabra ‘mérito,’ pues es una palabra que muchos de los antepasados han usado, y que también aparece en las confesiones de las iglesias reformadas. Ahora bien, el hecho de que Dios juzga y acepta a los hombres de acuerdo con sus obras es indudable para cualquiera que lea y considere seriamente las siguientes escrituras: Mateos 16:27; Romanos 2:6-7, 10; 2 Corintios 5:10; Santiago 1:25; Hebreos 10:36; 1 Pedro 1:17; Apocalipsis 22:12.

Conclusión

Para concluir este tema: que nadie sea tan osado como para pretender burlarse de Dios, suponiéndose justificado y aceptado ante Sus ojos en virtud de la muerte y sufrimientos de Cristo, mientras permanece sin santificación y sin justificación en su propio corazón, y contaminado en sus pecados—no sea que su esperanza termine siendo la del hipócrita, que perece.⁸⁵ Y, por otro lado, que nadie imagine tontamente que puede, por sus propias obras, o por la realización de algunas ceremonias o tradiciones, o por dar dinero, o por un duro trato de su cuerpo en un culto voluntario y en una humildad falsa, o por tontamente esforzarse por cumplir la letra externa de la ley, halagarse a sí mismo pretendiendo que merece algo delante de Dios, o que Dios está en deuda con él. De hecho, que nadie piense que los hombres tienen poder para hacer que esas cosas sirvan para justificarlos, no sea que sean hallados como los que tontamente se jactan y al mismo tiempo son extraños a Cristo y a Su Justicia. Pero son bienaventurados por siempre aquellos que verdaderamente han sentido su propia indignidad y pecaminosidad, y han visto que todos

84 Nota del Editor: *Meritum ex condigno*, es la doctrina católica romana que afirma que hay un mérito intrínseco en las obras, que Dios, si actúa de manera justa, no puede evitar recompensar con la vida eterna.

85 Job 8:13

sus propios esfuerzos y obras son inútiles y vanos. Sí, bienaventurados aquellos que han contemplado su propio vacío, y la vanidad de su propia esperanza, fe, y confianza, siendo compungidos, perseguidos y condenados internamente por el testigo santo de Dios en sus corazones. Porque estos, habiéndose entregado a este testigo interno, y permitido que Su gracia obre en ellos, han sido transformados y renovados en el espíritu de su mente, han pasado de muerte a vida, y han llegado a experimentar a Jesús resucitado en ellos, produciendo tanto el querer como el hacer. Estos en verdad se han “vestidos del Señor Jesucristo,”⁸⁶ y están cubiertos con Él, y participan de Su justicia y naturaleza, y por lo tanto pueden acercarse al Señor con confianza, sabiendo que son aceptos en y por Aquel en quien el Padre tiene complacencia.

Capítulo VI

Respecto a la Perfección

Puesto que hemos establecido que la justificación se obtiene al experimentar a Jesucristo siendo revelado, formado y engendrado en el corazón—haciendo allí Sus obras de justicia y produciendo los frutos del Espíritu—ahora nos corresponde responder la siguiente pregunta: ¿Qué tanto puede Él prevalecer en nosotros mientras estamos en esta vida? O ¿Qué tanto podemos prevalecer sobre los enemigos de nuestra alma, en y por Su fuerza?

Aquellos que abogan por una justificación que se realiza por un acto de Dios fuera de ellos, mediante una justicia imputada, (negando la necesidad de ser revestidos de justicia de manera real e interna) consecuentemente afirman que es “imposible” que un hombre, incluso “el mejor de los hombres, sea libre de pecado en esta vida, lo cual,” dicen ellos, “nunca ha sucedido.” Por el contrario, insisten en que nadie puede, “ni por sí mismo, ni por ninguna gracia que se reciba en esta vida [¡Oh perverso dicho contra el poder de la Gracia de Dios!], guardar perfectamente los mandamientos de Dios, sino que todo hombre quiebra los mandamientos de Dios en pensamiento, palabra y obra.”¹ A partir de esto ellos también afirman (como se observó anteriormente): que hasta las mejores acciones de los santos, incluso sus oraciones y su adoración, son impuras y están contaminadas.

Ahora bien, nosotros reconocemos libremente que esto es cierto con respecto al hombre natural y caído, en su primer estado, cualesquiera que sean sus creencias o pretensiones, siempre que permanezca en un estado no convertido y no regenerado. Sin embargo, creemos que, para aquellos en quienes Cristo llega

86 Romanos 13:14

1 Estas son las palabras del Catecismo de Westminster (versión completa).

a formarse, y en quienes el nuevo hombre es engendrado y nacido de la semilla incorruptible, es posible mantenerse en la voluntad de Dios de tal manera que no sean hallados transgrediendo diariamente Su ley, ya que ese nacimiento (y el hombre en unión con él) naturalmente hace la voluntad de Dios. Y, para establecer de manera más clara la controversia, téngase en cuenta lo siguiente:

Primero, que esta posibilidad no se encuentra en la voluntad y capacidad propias del hombre, como un hombre, como hijo del Adán caído, o como en su estado natural, sin importar cuán sabio o docto sea, o cuán dotado esté del conocimiento intelectual y literal de Cristo, tratando por sí mismo de conformarse a la letra de la ley externa.

Segundo, le atribuimos esto completamente al hombre cuando es nacido de nuevo, renovado en su mente, resucitado por Cristo; cuando experimenta a Cristo viviendo, reinando y gobernando en él, guiándolo y dirigiéndolo por Su Espíritu, y revelando en él la ley del Espíritu de vida—que no solo manifiesta y reprende el pecado, sino que también da poder para salir de él.

Tercero, con esto no nos referimos a un tipo de perfección que no permita un crecimiento diario, y, por lo tanto, no queremos decir que llegamos a ser tan puros, santos y perfectos como Dios en Sus atributos divinos de sabiduría, conocimiento y pureza. Mas bien, hablamos de una perfección proporcional y adecuada a la medida del hombre, mediante la cual somos guardados de transgredir la ley de Dios y capacitados para responder lo que Él requiera de nosotros. Así como un poquito de oro es tan perfecto (según su género) como una gran cantidad, y así como un niño tiene un cuerpo tan perfecto como el de un hombre, aunque cada día crece más y más. De la misma manera, se dice que Cristo (Lucas 2:52) “crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres,” aunque nunca había pecado antes de ese tiempo, y sin duda, en un sentido verdadero y correcto, era perfecto.

Cuarto, aunque un hombre puede experimentar esto por un tiempo (y por lo tanto todos deben esforzarse por ello), sin embargo, aquellos que lo han alcanzado en medida, pueden, por las artimañas y las tentaciones del enemigo, caer en iniquidad, y a veces perderlo si no son vigilantes y si no se aferran con diligencia a esa Semilla de Dios en el corazón. Y no dudamos que muchos hombres buenos y santos han tenido algunos altos y bajos de este tipo, porque, aunque todo pecado debilita a un hombre en cuanto a su condición espiritual, aun así, no necesariamente lo destruye por completo, o lo hace incapaz de levantarse otra vez.

Por último, aunque afirmo que después de que un hombre ha llegado a dicha condición en la que está libre de pecado, aun así, puede caer y pecar de nuevo, sin embargo, no voy a negar que existe un estado alcanzable en esta vida, en el cual hacer justicia se vuelva tan natural para el alma regenerada, que en la estabilidad de esta condición no puede pecar. Otros quizás puedan hablar con mayor certeza de este estado, si han llegado a él. Con respecto a mí mismo, hablaré modestamente, reconociendo que no he llegado. Sin embargo, no me atrevo a negar que exista tal estado, porque el apóstol lo afirma tan claramente en las siguientes palabras: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque

la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.”²

Habiendo, pues, establecido la controversia, primero procederé a demostrar cuán absurda es esa doctrina que aboga por el pecado durante toda la vida, incluso en los santos. En segundo lugar, probaré nuestra doctrina de la perfección a partir de muchos testimonios claros de las Sagradas Escrituras. Y, por último, responderé los argumentos y objeciones de nuestros adversarios.

La Locura de Contender por el Pecado

Primero, la doctrina que establece que los santos nunca podrán ser libres de pecar en esta vida, es inconsistente con la sabiduría de Dios y con Su glorioso poder y majestad, quien es “de ojos demasiado puros para mirar el mal, y no puede contemplar la iniquidad.”³ Porque Aquel que se propuso en Sí mismo reunir a un pueblo para que lo adore en Espíritu y en verdad, y para que dé testimonio de Él en la tierra, sin duda es capaz de santificarlos y purificarlos. Dios no se deleita en la iniquidad, más bien aborrece la transgresión, y aunque Él considera al hombre en la transgresión (hasta el punto de compadecerse de él y proporcionarle un medio para salir de ella) sin embargo, Dios no se deleita en el hombre mientras permanece en ese estado. Porque si los hombres siempre tienen que permanecer unidos a su pecado, entonces Dios siempre estará distanciado de ellos, como está escrito (Isaías 59:2), “vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro.” De hecho, está escrito expresamente que no hay “comuni3n entre la luz y las tinieblas.”⁴ Ahora bien, Dios es Luz, y cada pecado es tinieblas en una medida. Entonces, ¿qué podría manchar más la sabiduría de Dios, que decir que Él carece de un medio por el cual Sus hijos podrían servirlo y adorarlo perfectamente; o que no ha provisto una manera por la cual podrían dejar de servir al diablo? Porque “el que hace pecado, esclavo es del pecado,”⁵ y cada pecado es un acto de servicio y obediencia al diablo. Entonces, si los santos no pueden dejar de pecar diariamente, en pensamiento, palabra y obra, y si su servicio mismo a Dios está mezclado con pecado (como insisten nuestros oponentes), entonces sin duda sirven al diablo tanto o más de lo que sirven al Señor!

Ahora bien, ¿qué maestro entre los hombres no sería considerado necio, que a pesar de estar dispuesto y ser capaz de proporcionar un camino por el cual sus hijos y siervos podrían servirlo enteramente, aun así, se niega a hacerlo, y en lugar de eso permite que sus siervos sirvan con más fidelidad y plenitud a su enemigo directo? Entonces ¿qué deberíamos pensar de una doctrina que inferiría esta locura acerca del omnipotente, único y sabio Dios?

2 1 Juan 3:9

3 Habacuc 1:13 Versión Moderna H.B. Pratt (1929)

4 2 Corintios 6:14

5 Juan 8:34; Romanos 6:16

En segundo lugar, esta doctrina es inconsistente con la justicia de Dios. Porque, dado que Dios requiere que Sus hijos sean puros, y con frecuencia les ordena que se abstengan de toda iniquidad (como se verá más adelante); y puesto que Su “ira se revela contra toda impiedad e injusticia de los hombres,”⁶ por lo tanto, debe necesariamente haberles dado a los hombres la capacidad de responder a Su voluntad; de lo contrario, Él requiere más del poder que ha dado para hacer. De hecho, esto sería declararlo abiertamente injusto, y decir con el siervo negligente, “¡Tú eres un maestro duro!” Anteriormente hemos hablado de la injusticia que nuestros oponentes le atribuyen a Dios, al alegar que Él condena a los impíos sin jamás haberles proporcionado los medios para que sean salvos. Pero esta es una acusación aún más irracional e inconsistente: decir que Dios no quiere proporcionarles a Sus propios escogidos (a quienes ellos confiesan que Él ama) los medios para agradarlo.

¿Qué podría resultar de una doctrina tan extraña? Esta imperfección en los santos o procede de Dios, o de ellos mismos. Si procede de ellos, es porque quedan cortos en el uso del poder que se les da—la gracia por la cual son hechos capaces de obedecer. Pero si no viene de ellos mismos, entonces la imperfección debe ser de Dios, quien no ha considerado apropiado conceder suficiente gracia para responder a Su propio requerimiento. Y, de nuevo, esto no es más que atribuirle a Dios la más grande injusticia, idecir que Él requiere que Sus hijos abandonen el pecado, incluso cuando no les provee los medios para hacerlo! Sin duda esto hace a Dios más injusto que los “hombres malos” de quienes Cristo habló en Su sermón en el monte; porque hasta ellos, cuando “sus hijos les piden pan, no les darán una piedra, o si les piden un pescado, no les darán una serpiente.”⁷ Y aunque nuestros adversarios dicen que todos deben buscar poder de Dios para ser redimidos del pecado, sin embargo, ellos creen y enseñan que nadie debe jamás esperar recibir tal poder. ¿No es esto hacer a Dios tan injusto con Sus hijos como Faraón lo fue con los Israelitas, al exigirles ladrillo y no darles paja? Pero bendito sea Dios, Él no trata de esta manera a aquellos que verdaderamente confían y esperan en Él, como estos hombres vanamente imaginan. Porque los fieles verdaderamente encuentran que Su gracia es suficiente para ellos, y saben cómo vencer al maligno por medio del don de Su poder y Espíritu.

En tercer lugar, esta perversa doctrina es sumamente despectiva con respecto a Jesucristo, y deroga en gran medida el poder y virtud de Su sacrificio, quitando la eficacia de Su venida y ministerio. Porque, una de las razones principales por las que Cristo vino en la carne, fue eliminar el pecado y reunir a una generación justa para poder servir al Señor con pureza de mente, y caminar delante de Él en temor. Fue Él quien “trajo la justicia perdurable,”⁸ y la perfección del evangelio que la Ley no podía efectuar.⁹ Por ende está escrito que Él “se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.”¹⁰ Estas palabras del apóstol ciertamente fueron dichas con

6 Romanos 1:18

7 Mateo 7:9-11

8 Daniel 9:24

9 Véase Colosenses 1:28; Hebreos 7:19, 9:9, 10:1

respecto a los santos, cuando todavía estaban en la tierra. Pero contrario a esto, nuestros adversarios afirman que nunca realmente seremos redimidos de toda iniquidad, y por lo tanto anulan y dejan sin efecto el hecho de que Cristo “se dio a Sí mismo por nosotros,” negando que Él realmente “purifica para sí un pueblo propio.” Pero, pregunto, ¿Cómo puede un pueblo ser celoso de buenas obras cuando diariamente comete malas obras? ¿Y cómo es que aquellos que todavía viven en impureza y pecan continuamente, son un pueblo purificado? Está expresamente escrito que: “El Hijo de Dios se manifestó con este propósito: para destruir las obras del diablo,”¹¹ y, “sabéis que Él apareció para quitar nuestros pecados.”¹² Pero estos hombres dejan sin efecto este propósito, porque ellos no están dispuestos a creer que el Hijo de Dios destruye las obras del diablo en este mundo, ni que Cristo apareció para quitar nuestros pecados, puesto que abogan por una necesidad de vivir siempre en ellos. Y para que nadie tuerza esta Escritura diciendo que habla solo de quitar la *culpa* del pecado, el apóstol (como si tratara intencionalmente de evitar tal objeción) añade inmediatamente, “Todo aquel que permanece en él, no peca;” e “Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo.”¹³

Ahora bien, si Cristo apareció para quitar el pecado ¿no es extraño cómo estos hombres revocaron la doctrina de Cristo al decir que el pecado nunca es quitado aquí? Oh, consideren ¿cuán ofensivo es esto con respecto a la eficacia y poder de la aparición de Cristo? ¿No vino Cristo a sacar a un pueblo fuera del pecado para reunirlos en la justicia; fuera del reino de Satanás para trasladarlo al reino del amado Hijo de Dios? Y aquellos que son reunidos por Él ¿no se convierten en Sus siervos, Sus hijos, Sus hermanos y Sus amigos? De hecho, está escrito respecto a ellos que: “como Él es, así son ellos en este mundo”¹⁴ —santos, puros y sin mancha. ¿Y no continúa Cristo velando y orando por ellos, apoyándolos y preservándolos con Su Poder y Espíritu, andando en ellos y habitando entre ellos, así como el diablo, por el otro lado, lo hace entre los reprobados? ¿Por qué los siervos de Cristo serían menos capaces de servir a su Maestro que los siervos del diablo al suyo? ¿O es que Cristo no quiere que Sus siervos sean completamente puros (una blasfemia terrible, y contraria a muchas escrituras)? ¿O que Cristo no es capaz, mediante Su poder, de preservar y capacitar a Sus hijos para que le sirvan (una blasfemia igual de terrible)? Porque ciertamente, si los santos pecan diariamente en pensamiento, palabra y obra, como estos hombres afirman, entonces sirven al diablo diariamente, y continúan sujetos a su poder, y por lo tanto él prevalece más en ellos que Cristo, y los mantiene en esclavitud, incluso en contra de la voluntad de Cristo. Pero esto contradice grandemente el propósito de la venida de Cristo, porque el apóstol dice: “Así como también Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella; para santificarla, purificándola en el lavamiento del agua por la palabra, para que la presentase a sí mismo, iglesia gloriosa, que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante; sino que fuese santa y sin mancha.”¹⁵ Ahora bien, si Cristo realmente cumplió el

10 Tito 2:14

11 1 Juan 3:8 LBLA

12 1 Juan 3:5

13 1 Juan 3:6-8

14 1 Juan 4:17

propósito por el cual vino, entonces los miembros de Su cuerpo no tienen que estar pecando siempre en pensamiento, palabra y obra. De lo contrario, no hay diferencia entre el santificado y el que no ha sido santificado, entre el limpio y el inmundo, el santo y el impío, entre aquel que diariamente es manchado con pecado y aquel que no tiene mancha.

En cuarto lugar, esta doctrina hace que la obra del ministerio, la predicación de la Palabra, los textos de la Escrituras y las oraciones de los hombres santos sean completamente inútiles e ineficaces. En cuanto a lo primero (Efesios 4:11-13), está escrito que los pastores y maestros son dados para “perfeccionar a los santos,” etc., “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” Ahora bien, si es imposible dejar de pecar diariamente y en todas las cosas, entonces no podría haber perfección. Además, estos ministros, que nos aseguran que no deberíamos jamás esperar ser redimidos del pecado ¿no hacen que su propia labor sea innecesaria? Porque ¿qué necesidad hay de predicar contra el pecado, si nunca se puede dejar de pecar? Y con respecto a las Escrituras, nuestros adversarios las exaltan muchísimo en sus palabras, a menudo elogiando su utilidad y perfección. Y ciertamente, el apóstol nos dice (2 Timoteo 3:17) que la “Escritura es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” Pero si se niega que esto sea alcanzable en esta vida, entonces las Escrituras no tienen ningún beneficio, porque, ¿qué utilidad tendrán en la próxima vida? Además, esta doctrina también hace que las oraciones de los santos sean completamente inútiles; porque, si no es posible que Dios por Su Espíritu y gracia nos libre del mal y nos libere del pecado ¿por qué orar diariamente por ello (como todos confiesan que es nuestro deber)? Sin embargo, los santos apóstoles oraron fervientemente por este fin, y por lo tanto (sin duda) creían que era posible alcanzarlo aquí. Porque ellos estaban “siempre esforzándose intensamente a favor de ellos en sus oraciones, para que estuvieran firmes, perfectos y completamente seguros en toda la voluntad de Dios.”¹⁶ Ellos oraban a fin de que Dios “afirmara sus corazones irreprochables en santidad”¹⁷ y los “santificara por completo; espíritu, alma y cuerpo,”¹⁸ etc.

Pero, en quinto lugar, esta doctrina es contraria al sentido común y a la razón. Porque el pecado y la justicia son como dos semillas opuestas—una gobierna en los hijos de las tinieblas, la otra en los hijos de la Luz. Y conforme los hombres son leudados y gobernados respectivamente por ellas, son considerados reprobados o justificados, ya que “el que justifica al impío, y el que condena al justo, ambos son igualmente abominación al Señor.”¹⁹ Ahora bien, decir que los hombres no pueden ser leudados por una semilla de tal manera que lleguen a ser libres de la otra, es, en palabras claras, afirmar que el pecado

15 Efesios 5:25-27 RV1602P

16 Colosenses 4:12 LBLA

17 1 Tesalonicenses 3:13 LBLA

18 1 Tesalonicenses 5:23

19 Proverbios 17:15 LBLA

y la justicia son compatibles, y que un hombre puede ser verdaderamente considerado justo, aunque peque diariamente en todo lo que hace. Y si esto es así, entonces ¿qué diferencia hay entre lo bueno y lo malo? ¿No es esto caer en la gran abominación de “tener las tinieblas por luz y la luz por tinieblas,” y de “llamar al mal bien y al bien mal?”²⁰ Porque ellos dicen que hasta las mejores acciones de los hijos de Dios están contaminadas y corrompidas, y que aquellos que pecan diariamente en pensamiento, palabra y acción son hombres y mujeres buenos, incluso los santos y siervos puros del Dios santo y puro. ¿Podría haber algo más repugnante a la razón común que esto? ¿Dónde están los purificados de quienes hablan las Escrituras? ¿Dónde están aquellos que antes eran impíos, pero que ahora han sido lavados y santificados;²¹ quienes antes eran tinieblas pero que ahora son luz en el Señor?²² Ciertamente, según esta doctrina pecaminosa no puede haber ninguno.

Evidencia de la Escritura

Para mayor demostración de la verdad, proseguiré a la segunda cosa que propuse, a saber, probar nuestra postura a partir de varios testimonios de las Sagradas Escrituras.

Primero, la pruebo a partir del mandato absoluto y positivo de Cristo y Sus apóstoles a guardar los mandamientos, y a ser perfectos en este sentido, sabiendo que Dios no demanda nada imposible. Ahora bien, el hecho de que esto ha sido claramente ordenado en el Nuevo Testamento, sin necesidad de comentarios o deducciones, es evidente en los siguientes testimonios de las Escrituras: Mateo 5:48, “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” 1 Corintios 7:19, “La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios.” 1 Juan 2:3-6, “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él.” 1 Juan 3:5-10, “Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él. Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.” Véase también, Mateo 7:21, Juan 13:17; 2 Corintios 13:11. Todas estas Escrituras implican un mandato positivo de guardar Sus

²⁰ Isaías 5:20 LBLA

²¹ 1 Corintios 6:11

²² Efesios 5:8

mandamientos, y declaran la necesidad absoluta de ello. Por lo tanto, como si hubieran sido escritas intencionalmente para responder las objeciones de nuestros opositores, muestran la locura de aquellos que se atreven a considerarse a sí mismos hijos o amigos de Dios, mientras hacen lo contrario.

En segundo lugar, tal libertad del pecado es posible, porque es precisamente el propósito por el que recibimos el Evangelio. Esto se nos promete claramente según llegamos a estar bajo el dominio de la gracia, como se muestra en estas Escrituras: Romanos 6:14, “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” Romanos 8:3-4, “Pues lo que la ley no pudo hacer, ya que era débil por causa de la carne, Dios lo hizo: enviando a su propio Hijo... para que el requisito de la ley se cumpliera en nosotros,”²³ etc. Porque si esto no fuera una condición necesaria y posible bajo el Evangelio, no habría diferencia entre “la ley, que nada hizo perfecto,”²⁴ y “la introducción de una mejor esperanza,”²⁵ ni entre aquellos que están bajo el Evangelio y los que están bajo la ley. Pero el apóstol, argumenta a lo largo de todo el capítulo seis de Romanos, no solo la posibilidad, sino la necesidad de ser libres del pecado al llegar a estar bajo el Evangelio y la Gracia, y no estar más bajo la Ley. En los versos 2-7 declara que esta es su propia condición y la de aquellos a quienes escribe; y luego en el 11-13 y 16-18 argumenta tanto la posibilidad como la necesidad de ser libres del pecado, diciendo: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias,” y, “habiendo sido librados del pecado, sois hechos siervos de la justicia.”²⁶ Finalmente, en el verso 22, declara que sus lectores en cierta medida habían alcanzado esta condición, con estas palabras: “Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.”

Ahora bien, así como esta perfección o libertad del pecado se alcanza y se hace posible donde se recibe y se experimenta el Evangelio o la ley interna del Espíritu, asimismo desconocer esta vida y poder interno, ha sido y es la razón por la que muchos se oponen a esta verdad. Porque el hombre, por no prestar atención a la Luz o Ley dentro de su corazón (que no solo descubre el pecado, sino que guía fuera de él), sigue siendo ajeno a esa nueva Vida y Nacimiento que procede de Dios, que naturalmente hace Su voluntad, y que no puede, por su propia naturaleza, trasgredir Sus mandamientos. Tal hombre, en su estado natural, mira los mandamientos de Dios de manera externa, como algo fuera de él, en la letra, y se halla a sí mismo reprobado y condenado internamente, y la letra en vez de vivificarlo, lo mata. Y así, hallándose a sí mismo herido, y no entregándose internamente a esa Luz y Gracia que puede curarlo, se esfuerza en su propia voluntad por conformarse a la Ley según está escrita en palabras, lo cual nunca puede lograr, sino que descubre que mientras más se esfuerza, más corto queda. Y aunque estos tengan una noción del cristianismo, y una fe externa en Cristo, en realidad, todavía están en el estado del judío,

23 Romanos 8:3-4 LBLA

24 Hebreos 7:19 LBLA

25 Hebreos 7:19

26 Romanos 6:18 RV1602P

con su mandamiento carnal, su ley externa, en el estado del primer pacto que “no puede hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que lo practica” (Hebreos 9:9). Esto los ha hecho forzar y torcer las Escrituras para soportar una justicia imputada que venga completamente desde afuera, a fin de cubrir su continua impureza, e imaginar que es posible que Dios los acepte, aun cuando consideren imposible obedecer los mandamientos de Cristo.

Pero ay ¡oh almas engañadas! Esto no servirá en el Día en el que Dios juzgará a “cada uno según lo que haya hecho, sea bueno o sea malo.”²⁷ Decir que era necesario pecar diariamente en pensamiento, palabra y obra, no te salvará; porque aquellos que lo hacen sin ninguna duda han “obedecido a la injusticia.”²⁸ Y ¿cuál es el fin de estos sino tribulación y angustia, indignación e ira? Así como se promete gloria, honor, paz e inmortalidad a aquellos que han hecho lo bueno y han perseverado en bien hacer. Entonces, si deseas sentir la posibilidad de esta perfección y libertad del pecado, vuelve tu mente a la Luz y Ley espiritual de Cristo en el corazón, y sométete a sus reprobaciones. Lleva el juicio y la indignación de Dios sobre la naturaleza injusta en ti según es revelado, lo cual Cristo ha hecho tolerable para ti; y entonces permite que el “juicio” en ti sea “llevado a la victoria.”²⁹ De esta manera serás partícipes de los padecimientos de Cristo y llegarás a ser semejante a Él en Su muerte.³⁰ Te sentirás a ti mismo crucificado con Él al mundo por el poder de Su cruz obrando en ti, para que muera esa vida que antes estaba viva en ti para este mundo, y para su amor y sus deseos, y se levante una nueva vida, por la cual puedas vivir de ahora en adelante para Dios y no para o por ti mismo. Entonces realmente podrás decir con el apóstol, “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.”³¹ Entonces serás un cristiano de verdad, y no solo uno de nombre, como lo son muchos. Entonces sabrás qué es “haberse despojado del viejo hombre con sus hechos,” quien ciertamente peca a diario en pensamiento, palabra y obra; y qué es ser “revestido del nuevo, el cual es renovado en conocimiento conforme a la imagen de Aquel que lo creó”³² y “es creado en justicia y santidad verdadera.”³³ Y así podrás sentirte a ti mismo como la “hechura de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras.”³⁴ Y aunque “el yugo de Cristo” sea pesado para el viejo Adán, para este nuevo hombre “es fácil, y ligera su carga.”³⁵ Sí, los mandamientos de Dios no son gravosos para él; porque es su comida y bebida ser hallado cumpliendo la voluntad de Dios.

27 2 Corintios 5:10

28 Romanos 2:8

29 Mateo 12:20

30 Filipenses 3:10

31 Gálatas 2:20

32 Colosenses 3:9-10 RV1602P

33 Efesios 4:24 Versión Moderna H.B. Pratt (1929)

34 Efesios 2:10

35 Mateo 11:30

Objeciones Consideradas

Pero ahora procederé a responder las objeciones y argumentos de nuestros oponentes.

Objeción: Comenzaré con su argumento principal y más grande, el cual está basado en las siguientes palabras del apóstol Juan: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.”³⁶ Ellos piensan que esto es invencible.

Respuesta: Pero esta objeción no concuerda con su propósito, porque Juan no está hablando de pecar diariamente en pensamiento, palabra y obra, y mucho menos dice que las buenas obras que Dios mismo obra en nosotros por medio de Su Espíritu son pecado. De hecho, el siguiente versículo muestra claramente que sobre la base de confesión y arrepentimiento no solo somos perdonados sino también limpiados: “Él es fiel para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” Aquí está tanto el perdón y la remoción de la culpa, como la purificación o remoción de la inmundicia; porque sería absurdo y repetitivo sugerir que tanto el perdón como la purificación se refieren a la eliminación de la culpa. Por esta razón, habiendo experimentado que la culpa y la inmundicia han sido removidas, el apóstol continúa en tiempo pasado en el versículo 10, diciendo: “Si decimos que *no hemos pecado*, le hacemos a él mentiroso.”

Además, como Agustino bien observó en su exposición sobre la epístola a los Gálatas, “Una cosa es no pecar, y otra cosa no tener pecado.” Las palabras del apóstol no son, “Si decimos que no cometemos pecado diariamente, nos engañamos a nosotros mismos;” sino “si decimos que no tenemos pecado.” Y ¡hay una gran diferencia entre estas dos declaraciones! Porque nosotros reconocemos libremente que todos han pecado, y que en este sentido se puede decir que todos tienen pecado. Además, aquí la palabra “pecado” se puede tomar como haciendo referencia a la semilla de pecado que está en todos los hombres, incluso en aquellos que ya han sido redimidos de vivir en pecado. Pero, en cuanto a las tentaciones y provocaciones que proceden de esta semilla, cuando los siervos de Dios no ceden, sino que resisten por la gracia de Dios en ellos, entonces el pecado se atribuye al diablo que tienta, y no al hombre que es preservado.

Pero toda esta controversia es innecesaria, ya que el mismísimo apóstol, en varios lugares de la misma epístola, afirma de manera clara y positiva la posibilidad de ser libres de pecado, como ya ha sido mencionado.

Objeción: Su segunda objeción viene de dos lugares de las Escrituras, que dicen prácticamente lo mismo. Una es de 1 Reyes 8:46, “porque no hay hombre que no peque.” La otra de Eclesiastés 7:20, “Ciertamente no hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y nunca peque.”

36 1 Juan 1:8

Respuesta: En primer lugar, estos versículos no hablan de pecar de manera diaria y continua, del cual nunca seremos redimidos, sino solo que todos han pecado, o que no hay nadie que no peca. En segundo lugar, se debe reconocer el pacto y dispensación en que se escribieron; porque incluso si se debe conceder que en el tiempo de Salomón no hubo nadie que no pecara, esto no necesariamente implica que ahora no haya ninguno que no peca, o que ahora no sea posible dejar de pecar por medio de la gracia de Dios bajo el Evangelio. Y, por último, toda esta objeción se basa en una falsa interpretación de la Escritura; porque la palabra Hebrea *yekhta* se puede leer en el modo potencial, traducéndose así, “No hay hombre que no pueda pecar,” que de hecho es como Junius y Tremellius, y también Vatablus, lo traducen del hebreo. La misma palabra se traduce de manera similar en el modo potencial en Salmos 119:11, “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti.”³⁷ Y puesto que esta traducción es más congruente con la tendencia universal de las Escrituras, con el testimonio de la Verdad y con el sentido de casi todos los intérpretes, sin duda debe entenderse así.

Objeción: En tercer lugar, ellos objetan basados en algunas expresiones del apóstol Pablo en Romanos capítulo 7: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.”³⁸ Y “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”³⁹

Respuesta: No hay nada en el texto que indique que él está hablando de su condición presente, o de una condición en la que siempre estará. Por el contrario, en el capítulo anterior (como se mencionó ampliamente), él insiste en que los cristianos, estando “muertos al pecado,” ya no deben vivir en él. Es evidente, entonces, que aquí el apóstol habla de una condición que había experimentado anteriormente, o que él personifica (por el bien de sus lectores) la condición de alguien que aún no ha alcanzado la madurez, lo cual es común en las Escrituras.

Ahora bien, es evidente que Pablo no habla aquí de su condición presente, porque antes en este capítulo, dice: (versículo 5) “Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte;” y (versículo 9) “Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí.” Y luego dice (versículo 14), “Porque sabemos que la ley es espiritual; más yo soy carnal, vendido al pecado.” Pero ¿cómo vamos a creer que el apóstol Pablo era un hombre carnal al momento de escribir su epístola? ¿No nos informa claramente cómo él no fue dejado en esta condición, sino que en verdad experimentó la libertad de ella? Porque después de exclamar, “¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?” él contesta alegremente su propia pregunta, diciendo, “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro,”⁴⁰ y luego afirma que “la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús” lo había “librado de la ley del pecado y de la muerte,” para que “la justicia

37 Literalmente, el modo potencial expresa algo como: “No hay hombre que *no tenga la posibilidad* de pecar;” y “En mi corazón he guardado tus dichos, para que *tenga la posibilidad de* no pecar contra ti.”

38 Romanos 7:19

39 Romanos 7:24

40 Romanos 7:25

de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”⁴¹

Objeción: En cuarto lugar, ellos objetan basados en las faltas y pecados de algunos santos eminentes, como Noé, David, etc.

Respuesta: Esto no prueba en lo absoluto el caso de nuestros oponentes; porque la cuestión no es si los hombres buenos no pueden caer en pecado (lo cual no negamos), sino si es imposible para ellos no pecar. Además, que estos hombres hayan pecado en ciertas ocasiones, no significa que nunca dejaron de pecar, o que nunca experimentaron tiempos de verdadera libertad del pecado.

Objeción: Finalmente, objetan basados en la oración de nuestro Señor, donde les enseñó a Sus discípulos a decir: “perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.”⁴²

Respuesta: Nosotros no negamos que “todos hemos pecado, y estamos destituidos de la gloria de Dios,”⁴³ y que, por lo tanto, todos necesitan rogar que sus pecados pasados sean borrados, y que ellos sean preservados diariamente de pecar. Pero si alguno se atreve a decir que tener la esperanza de ser libres de pecado, y creer que esto es posible, anula la oración por el perdón del pecado, entonces, aplicando la misma regla, se concluiría que debemos “perseverar en el pecado para que la gracia abunde;”⁴⁴ porque mientras más pecado comentan los hombres, mayor será la ocasión de pedir perdón de pecado. Pero el apóstol, en su respuesta a esta misma controversia, ha refutado suficientemente estas tonterías con las que pretenden defender el pecado, diciendo: “En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?”⁴⁵

Para concluir—bienaventurados son los que creen en Aquel que tiene tanto el poder como el deseo de redimir de todo pecado, a todos los que vienen a Él con un verdadero arrepentimiento, y que no resuelven (como lo hacen nuestros adversarios) ser los siervos del diablo durante toda su vida, sino que siguen adelante diariamente, dejando la injusticia, olvidando aquellas cosas que quedan atrás y “prosiguiendo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”⁴⁶ Tales como estos encontrarán que su fe y confianza no han sido en vano, y a su debido tiempo serán hechos vencedores por medio de Aquel en quien han creído; y así, como vencedores, serán establecidos como “columnas en el templo de Dios,” de tal modo que “nunca más saldrán de allí.”⁴⁷

41 Romanos 8:2-4

42 Mateo 6:12

43 Romanos 3:23

44 Romanos 6:1

45 Romanos 6:2

46 Filipenses 3:14

47 Apocalipsis 3:12